

BIBLIOTECA DEL

TERROR



EL CASTILLO DE LOS CARPATOS

Jules Verne


EDICIONES 10 EPL

se

En las profundidades de Transilvania, en una comunidad aislada y supersticiosa, la inesperada aparición de humo en la torre de un castillo abandonado sugiere una presencia diabólica. Un valiente guardabosques y un médico algo cobarde se aventuran a explorar el castillo y son rechazados por fuerzas extrañas y pavorosas. Por su parte, un joven conde valaco que ha perdido a su amada, la célebre cantante Stilla, que murió en el escenario, cree oír su voz en las inmediaciones del recinto. Verne combina en esta curiosísima novela el racionalismo, el humor sardónico y la crítica de la superstición y la leyenda con una paradójica, casi surrealista exaltación del *amour fou*.



Jules Verne

El castillo de los Cárpatos

Biblioteca del Terror - 10

ePub r1.5

Titivillus 04.08.16

Título original: *Le Château des Carpathes*

Jules Verne, 1892

Traducción: Esther Benítez

Ilustraciones: Emma Cohen

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



BIBLIOTECA DEL
TERROR



**EL CASTILLO
DE LOS CARPATOS**

Jules Verne

Traducción de Esther Benítez
Cubierta: «Collage» original de Emma Cohen

EDICIONES EPUBLIBRE

PRÓLOGO^[1]



ace ya más de cien años, en 1862 exactamente, Jules Verne, un hombre de confusa personalidad, iniciado ya en varias de las bellas artes sin éxitos ni fracaso dignos de mención, al borde de los cuarenta, extraordinariamente corpulento, de mirada a tono con el perfil duramente recortado de sus facciones, ágil de movimientos, abierto a veces en una sonrisa silenciosa, entregaba a un prestigioso editor parisiense, Hetzel, el manuscrito de una novela que le llevaría a compartir los laureles de los genios literarios del siglo XIX. Se trataba de *Cinco semanas en globo*. La publicación de dicha obra tuvo lugar en diciembre de ese mismo año. El aire levantado por la novela traspasa las fronteras de Francia para filtrarse hasta los rincones más alejados de Europa. Un contrato con la casa Hetzel para publicar en exclusiva sus obras durante veinte años, permitirán a Jules Verne una completa dedicación a la literatura. En ese mismo año de 1862 ha de aparecer también el *Viaje al centro de la tierra*, confirmación de sus extraordinarias y peculiares dotes de narrador de aventuras, corroboración inmediata de su anterior éxito editorial. El *Magasin d'Education et de Récréation*, dependiente también de Hetzel, le cuenta desde entonces entre sus colaboradores asiduos. En las columnas de esta revista, desde su primer número (20 de marzo de 1864) aparecen las entregas de las *Aventuras del Capitán Hutteras*. La publicación, en 1865, de *De la Tierra a la Luna* (curiosamente subtítulo *Trayecto directo en 91 horas y 20 minutos*)

culmina el período de tres años de su consagración pública, período, por lo demás, en el que la fecundidad se conjuga con una calidad media quizá posteriormente irrepetible.

Jules Verne había nacido en Nantes, el 8 de febrero de 1828, primer hijo del matrimonio entre Pierre Verne y Sofía Alióte de la Fûye, magistrado de Provins el primero, y descendiente de una acomodada familia de armadores y navegante de Nantes la segunda. A los once años, de los que los últimos cinco habían sido de estudio, Jules Verne embarca escapado hacia las Indias. Cuando su padre le recupera en la primera escala del buque, antes de abandonar siquiera la costa francesa, el pequeño Jules se justifica diciendo que necesitaba ir a las Indias para volver con un collar de auténtico coral, promesa formulada ante su prima Carolina Tronson. Tras el disgusto, que conmocionó a buena parte de la ciudad, el pequeño Verne ha de prometer: «No viajaré más que en sueños...».

En el Instituto de Nantes, cursando las especialidades de Letras, se encamina hacia los estudios de Derecho. Así lo disponía la tradición familiar.

París se ofrece en principio complicado e ininteligible para este provinciano enamorado (su prima Carolina se casa en 1847, con gran desesperación de Jules Verne), y procura reducir allí sus estancias al tiempo indispensable para los exámenes. Sin embargo, a medida que se familiariza con el ambiente, entre el ir y venir del París mítico de mediados de siglo, la inquieta mirada del joven Verne atisba las posibilidades que ofrece una ciudad con aquella vida cultural e intelectual. Sin cumplir aún los veintiún años obtiene permiso de su padre para acabar los estudios en París. El 12 de noviembre de 1848 se instala definitivamente en la capital en compañía de un compañero de Nantes, estudiante también, Eduardo Bonamy.

Los años que siguen, hasta 1850, se reparten entre el teatro (género por el que se había despertado una pasión en Verne que perdurará a lo largo de toda su vida), la picaresca estudiantil, la afirmación y reafirmación de sus aficiones literarias (se sabe que tuvo que ayunar tres días para comprarse las obras de teatro de W. Shakespeare) y la preparación de su tesis de licenciatura. Acaba finalmente obteniendo su título de licenciado en Derecho, y de acuerdo con los planes familiares tendría que volver a Nantes y

abrir allí bufete con ayuda de su padre. Pero para entonces ha esbozado y estrenado varias obras de teatro, y ha intimado con los jóvenes escritores que siempre deambularon por París. Asiste invariablemente a los estrenos. Se inicia en el difícil arte de la novela y, sin pena ni gloria, hace sus primeras armas, directamente asistido por Dumas padre, con quien le unió una especial amistad (las primeras obras de teatro a que nos hemos referido más arriba están inspiradas en las novelas históricas de Dumas).

La subsistencia no es fácil; Jules Verne tiene que dar clases particulares para ganarse la vida y escribir algunos artículos de divulgación científica para semanarios ilustrados. En 1852 publica, en «Le Musée des Familles» —la revista que publicaba buena parte de sus artículos de divulgación científica—, su primera narración larga: *Martín Paz*, novela histórica muy del gusto de la época, en la que la rivalidad étnica entre españoles, indios y mestizos del Perú se mezcla con una intriga sentimental digna de los no menos famosos folletines entonces en boga. A sus veinticuatro años, el escritor se caracteriza ya por esa apertura histórico-geográfica que hará de él uno de los visionarios de su época.

El 20 de abril de 1853 estrena una opereta en un acto, con libreto suyo y de Michel Carré, música de otro amigo suyo, Arístides Hignard. Las cuarenta representaciones de la opereta en el Théâtre Lyrique colocan al trío autor en los linderos del éxito y de la popularidad. Se trata sólo del umbral de la fama, y no será traspasado hasta más tarde.

Los tres años siguientes, es decir, el período que culmina con su matrimonio con Honnorine-Anne-Hebe Morel, son años en los que, sin abandonar nunca el teatro y el género lírico, va cobrando importancia la novela como medio expresivo. Su matrimonio, en enero de 1857, le introduce, a través de su suegro y con la ayuda de su padre, en la Bolsa de París como agente de cambio. Trabajo este al que se entrega con calma y sólo en la medida de lo necesario. Las lecturas siguen constituyendo para él alimento indispensable. Antes de su definitivo, como ya sabemos, contacto con el editor Hetzel, volverá a probar alguna vez con el teatro. El contrato firmado con el editor le permitirá después abandonar sus actividades como agente de cambio en la Bolsa de París para dedicarse de lleno a la redacción de sus novelas.

Desde entonces, y hasta 1888, viajar y escribir serán sus únicas ocupaciones. Hasta esa fecha su obra habrá de completarse con más de ochenta novelas (recordemos de entre ellas: *Los hijos del Capitán Grant*, de 1867; *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de 1869; *La vuelta al mundo en ochenta días*, de 1873; *La isla misteriosa*, de 1874; *Miguel Strogoff*, de 1876; *Dos años de vacaciones*, de 1888) y varias obras de divulgación científica de gran envergadura (*Geografía ilustrada de Francia y sus Colonias*, de 1868; *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros*, de 1878; *Cristóbal Colón*, de 1883), amén de algún que otro inédito para teatro.

Su economía, notablemente mejorada a raíz de los primeros éxitos, le permite viajar casi constantemente. La actividad de viajar suele simultanearse ahora con la redacción de sus novelas. Su primer yate, el *Saint-Michel*, no es ni más ni menos que una chalupa de pesca remozada, que va arriba y abajo por el Sena y se acerca, con el buen tiempo y el agua quieta, hasta el Canal de la Mancha. De estos pequeños viajes nacerán en su cabeza otros más fantásticos y extraordinarios. En abril de 1867, junto a su hermano Paul, embarca en el *Great-Estearn*, buque encargado de tender el cable telefónico transoceánico. Apenas de vuelta a París, se encierra en el camarote preparado del *Saint-Michel*, fondeado en el Sena, para dar suelta a todas las fantasías concebidas en la inmensidad del Atlántico. Nace así una de sus obras maestras: *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

Al *Saint-Michel*, indeciso ante los bravos vientos que vienen del Mar del Norte, le sucede un auténtico yate, el *Saint-Michel II*, y a éste, todavía, un *Saint-Michel III*, capaz ya de llevarle desde Amiens, su residencia de entonces, cuna de la familia de su mujer, a Noruega, Irlanda, Escocia, al Báltico, etc.

En 1888 Jules Verne celebra su sesenta cumpleaños y decide afincarse definitivamente en Amiens. Su cuerpo es menos ágil y su afán de viajes se ha calmado. Pero su temperamento naturalmente dinámico y emprendedor no le permite la inactividad. Su carácter abierto y progresista le lleva directamente a participar en la política, si bien a nivel modesto. Resulta elegido en el Consejo Municipal de Amiens, formando filas entre los grupos más radicales. Abandona sus viajes y casi definitivamente la literatura para dedicarse a sus preocupaciones municipales. Aun publicando mucho

menos, no deja de escribir y, sobre todo, no deja de leer. Los últimos años de su vida nos proporcionan varios testimonios escritos de su admiración por las *Aventuras de Arturo Gordon Pym*, de Edgar A. Poe. Aventuras que el mismo Verne continuaría por su cuenta. Antes de morir, el 24 de marzo de 1905, en su casa de Amiens, publicará todavía una docena de obras de tono menor.

En el siglo de Zola, de Flaubert, de Tolstoi, de Dostoyevsky, de Stendhal y de George Eliot, la figura de Jules Verne se nos aparece en una dimensión completamente nueva. Incomparable encantador de serpientes, Jules Verne nos traslada a un mundo exclusivamente suyo, calificado por la peculiar relación que existe en su obra entre la ficción y la realidad.

Algunos de sus críticos y biógrafos, por no decir la mayor parte de ellos, han sentado un tópico que se ha ido repitiendo de biografía en biografía y comentario en comentario de nuestro personaje. Raro entre todos ellos el que no acaba atribuyendo a Jules Verne el calificativo de adelantado del siglo xx (con base, fundamentalmente, en su fantástica capacidad para concebir ingenios mecánicos que hoy constituyen el nivel de sentido común de la moderna tecnología).

Sin embargo, a nosotros nos parece que dicha calificación de adelantado es fruto de un razonamiento excesivamente simplista. En realidad, Jules Verne, apenas traspasamos la capa más superficial de su obra, es decir, apenas nos despojamos de toda la retórica que ha solido acompañar a casi todo lo que de él se ha escrito, se nos aparece como un arquetipo del siglo xix, perfectamente encajado en dicho siglo e identificado con lo más perdurable de las inquietudes que caracterizaron la época que le cupo en suerte.

Su confianza en el progreso de las ciencias no es fruto de una visionaria imaginación, sino mera constatación del proceso real que se operaba en el seno de la ciencia durante el último cuarto del siglo xix. En cualquier caso, la descripción de las máquinas que aparecen en su obra resultan hoy aparatos de tramoyista en comparación con las realmente existentes. Lo interesante, desde nuestro punto de vista, lo que definitivamente le caracteriza no es que «invente» el submarino o el cohete interespacial, sino que inserte todo ello (la tecnología, la mecánica, la botánica, la

bioquímica, la física, etc.) en sus narraciones, fraguando así una nueva cotidianidad. Jules Verne es un hombre y una mentalidad típica del siglo XIX, desde luego, y de lo mejor de lo que en definitiva nos ha legado el siglo XIX. No se trata, por lo tanto, de minimizarle. La confianza racionalista, a la que aludíamos más arriba, en el progreso científico, no sólo en lo que a sus implicaciones tecnológicas se refiere, sino también esperanza referida a una nueva y serena —racional— visión del universo (de la que tan buena muestra constituye este *Castillo de los Cárpatos* que el lector tiene entre manos), la directísima relación entre tecnología y vida cotidiana establecida a lo largo de su obra, es fruto, no de su despegue de la época, sino de una finísima sensibilidad para captar el *humus* de su tiempo. Sensibilidad que compartieron todos los mejores del XIX, en combate contra el adocenamiento, el oscurantismo y el conocimiento aristocrático, para facilitar, precisamente, el paso a ese mundo nuevo, promesa de la razón y de la ciencia.

El Castillo de los Cárpatos fue escrita en 1892, en la época correspondiente a su consagración plena como narrador de aventuras, y después de haber leído buena parte de la obra de Poe. El lector podrá observar cómo aparecen en la narración, con carácter fundamental, algunos elementos que, o bien no habían aparecido anteriormente o, todo lo más, habían constituido elementos accidentales en la totalidad de su obra. Nos referimos ahora a los elementos o ingredientes narrativos que forman parte de lo que hoy llamamos literatura de suspense o literatura de terror. (En cuanto a sus accidentales apariciones en anteriores obras, cabe señalar *La isla misteriosa*, escrita en 1874.)

La amplia obra de Verne cabalga toda ella sobre un muro que separa la simple épica, la aventura, por un lado, de la introspección y la literatura de terror; la lírica del misterio, por otro. A veces (este *a veces* quiere decir en una obra, en una época o, incluso, en algún capítulo de alguna obra) lo encontramos vencido de una parte de ese muro, a veces de otra. En orden a trazar una línea de comportamiento general, cabría decir que esa introspección psicológica, esa lírica del misterio, se hace más y más patente a medida que Verne madura en su obra. Línea general confirmada por la ya mencionada admiración por la obra de Poe, en quien esa lírica

ha encontrado, por el momento, su máxima expresión. (El que Poe dejara inconcluso su *Gordon Pym* hay que atribuirlo, precisamente, al «problema» contrario o contrapartida de Verne: Poe fue cada vez más incapaz para hilar una narración de aventuras al margen de sus sueños y de sus visiones, fue incapaz de concebir el término o el propósito de un viaje —el Polo de *Gordon Pym*— en forma inmediata y terrestre; la transformación en nebulosa metáfora, sugerente visión del alma en trance, de todo lo concreto, le impedía manejar los elementos necesarios para culminar la narración en su forma «tradicional» o, cuando menos, tradicionalmente vendible).

El *Castillo de los Cárpatos*, desde este punto de vista, presenta algunos elementos de esa lírica dignos de la mejor tradición, elementos de todas formas, muy controlados y exclusivamente funcionales con respecto a la *coda* racionalista y aclaratoria que cierra la obra. El mismo Verne parece avisarnos en la primera línea de su libro: «*Cette histoire n'est pas fantastique, elle n'est que romanesque*».

Esta limitación autoimpuesta es, en definitiva, lo que le diferenciará de otros cultivadores de literatura fantástica. (No sólo de Poe, como venimos comentando, sino de alguien más afín a sus mismas preocupaciones, tal como H. G. Wells, con quien, como es sabido, mantuvo también agrias polémicas literarias y «científicas»). Así, pues, esos elementos controlados de los que hablábamos más arriba aparecen con fuerza propia, como negándose a ser encuadrados en los estrechos límites del racionalismo decimonónico de Verne, en algunos pasajes de la novela; por ejemplo, el periplo del audaz Franz Telek por el castillo, o la noche de Nic Deck y su acompañante (ese *escéptico* acompañante, que no acaba de creer en Dios, pero que tanto miedo le tiene al diablo) junto a la muralla; la misma visión de Telek y sus pseudoalucinaciones impregnan la narración de algo que no acabaría de encajar en el espíritu y el ánimo de Verne si no fuera sujeto por las bridas científicas que tan diestramente maneja.

En esa autolimitación, que es al mismo tiempo máximo alcance permitido al racionalismo del XIX y barrera para llegar a la lírica de nuestro siglo, estriba precisamente la grandeza y la miseria de Jules Verne, su éxito y su fracaso. Sus posibilidades y sus imposibilidades. Su debilidad como «visionario» y su fortaleza como hombre de su

tiempo.

Los castillos de Poe nos son minuciosamente descritos. Sin embargo, esa minuciosidad, *precisamente*, imposibilitaría a cualquier arquitecto la reconstrucción de su planta. Por el contrario, los detalles de Verne, el humeante castillo de los Cárpatos de Jules Verne, tiene unas dimensiones tan concretas que podríamos reconstruirlo en los márgenes de un viejo periódico. (A este respecto es importante mencionar el hecho de que ilustres matemáticos y astrónomos comprobaron los cálculos que tan frecuentemente ilustran las disquisiciones de Verne. Y se dice que ninguno de ellos pudo encontrar una parábola mal calculada o una posición inexacta en el mapa. A esta minuciosidad nos referimos ahora y, en definitiva, creemos obedece al mismo impulso aquella y esta exactitud).

La absoluta racionalización de toda la trama, la «didascalia» o explicación final, se corresponde, podríamos afirmar, a la concepción del mundo suscrita y definida por Jules Verne. El racionalismo que la ciencia impone a finales del XIX, fija, en el estandarte de su vanguardia, un lema que puede ser aquí transcrito de la siguiente manera: «Toda realidad se explica a partir de sí misma». En la buena lógica de este espíritu, la narración de Verne, a pesar de la intromisión de aquellos elementos que no le son propios, no puede dejar cabos sueltos y fenómenos inexplicados. El lector tendrá satisfacción a todas sus —con «malas artes»— despertadas curiosidades, cumplida respuesta a cada uno de los interrogantes suscitados a lo largo y ancho de la narración.

I



sta historia no es fantástica, es sólo novelesca. ¿Hay que

deducir que no es verdadera, dada su falta de verosimilitud? Sería un error. Vivimos en una época en la que todo ocurre; casi se tiene derecho a decir que todo ha ocurrido. Si nuestro relato no es verosímil hoy, puede serlo mañana, gracias a los recursos científicos de que dispone el futuro, y nadie se atrevería a incluirla entre las leyendas. Además, nadie cree ya en las leyendas al final de este práctico y positivo siglo XIX, ni en Bretaña, la comarca de los esquivos *korrigans*, ni en Escocia, la tierra de los *brownies* y los gnomos, ni en Noruega, la patria de los *ases*, de los elfos, de los silfos y de las valquirias, ni siquiera en Transilvania, donde el marco de los Cárpatos se presta de forma tan natural a cualquier evocación psicagógica. Sin embargo, conviene observar que la región transilvana está aún muy apegada a las supersticiones de las primeras edades.

Esas provincias de la extrema Europa fueron descritas por el señor de Gérando y visitadas por Eliseo Reclus. Ninguno de ellos mencionó la curiosa historia en que se basa esta novela. ¿Acaso no llegó a su conocimiento? Quizá sí, pero no quisieron darle crédito. Es muy de lamentar, pues la hubieran contado, el uno con la precisión de un analista, el otro con esa poesía instintiva que impregna sus relaciones de viaje.

Puesto que ni uno ni otro lo hicieron, voy a tratar de hacerlo yo

en su lugar.

El 29 de mayo de aquel año, un pastor vigilaba su rebaño en el lindero de una verde meseta, al pie del Retyezatz, el cual domina un fértil valle, poblado de árboles de troncos rectos, enriquecido con hermosos cultivos. Esa meseta elevada, descubierta, sin abrigo, es barrida durante el invierno por las galernas, que son los vientos del noroeste, como podría afeitarla una navaja de barbero. Entonces dicen, en la región, que se arregla la barba, y a veces muy a fondo.

El pastor no tenía nada de arcádico en su vestimenta ni de bucólico en su actitud. No era Dafnis, Aminta, Títiro, Licidas o Melibeo. El Lignon no murmuraba a sus pies, calzados con gruesos zuecos de madera; era el Zsily valaco, cuyas aguas frescas y pastorales merecerían discurrir a través de lo meandros de la novela *La Astrea*.

Frik, Frik del pueblo de Werst —así se llamaba el rústico pastor —, tan descuidado de su persona como sus animales, capaz de alojarse en la sórdida zahúrda, construida a la entrada del pueblo, donde sus corderos y sus cerdos vivían en una repugnante guarrería —única palabra, tomada de la lengua antigua, que conviene a los pijoños apriscos del condado.

El *immanum pecus* pacía, pues, guiado por el mencionado Frik —*immanior ipse*—. Tumbado en un otero de mullida hierba, dormía con un solo ojo y velaba con el otro, con una gran pipa en la boca, silbando a veces a sus perros cuando alguna oveja se alejaba del pasto, o lanzando un agudo silbido que repetían los ecos múltiples de la montaña.

Eran las cuatro de la tarde. El sol comenzaba a declinar. Algunas cimas, cuyas bases se ahogaban en una bruma flotante, se iluminaban hacia el este. Por el sudoeste, dos hendiduras de la cadena montañosa dejaban pasar un oblicuo haz de rayos, como un chorro de luz que se filtra por una puerta entreabierta.

Ese sistema orográfico pertenecía a la porción más salvaje de Transilvania, conocida con la denominación de condado de Klausenburg o Koloszvar.

Transilvania, «l'Erdely» en magiar, es decir, «el país de los bosques», es un curioso fragmento del imperio austriaco. Está limitada por Hungría, al Norte; Valaquia, al Sur; Moldavia, al Oeste. Se extiende por sesenta mil kilómetros cuadrados, o sea, seis

millones de hectáreas —más o menos, una novena parte de Francia —, y es una especie de Suiza, aunque doble de grande que el dominio helvético, sin estar más poblada. Con sus mesetas dedicadas al cultivo, sus exuberantes pastos, sus valles caprichosamente dibujados, sus altivas cimas, Transilvania, recorrida por las ramificaciones de origen plutónico de los Cárpatos, está surcada por numerosas corrientes de agua que van a engrosar el Theis y el soberbio Danubio, cuyas Puertas de Hierro, unas millas más al sur^[2], cierran el desfiladero de la cadena de los Balkanes sobre la frontera de Hungría y del imperio otomano.

Tal es este antiguo país de los dacios, conquistado por Trajano en el siglo I de la era cristiana. La independencia de que gozaba bajo Juan Zapoly y sus sucesores, hasta 1699, terminó con Leopoldo I, que la anexionó a Austria. Mas a pesar de su distinta constitución política, el país siguió siendo morada común de diversas razas, que se codean sin fundirse: valacos o rumanos, húngaros, gitanos, szeklers, de origen moldavo, o también sajones, a los que el tiempo y las circunstancias acabaron «magiarizando», en beneficio de la unidad transilvana.

¿A qué tipo pertenecía el pastor Frik? ¿Era un descendiente degenerado de los antiguos dacios? Sería muy difícil pronunciarse a este respecto, viendo su cabellera en desorden, su cara tiznada, su barba enmarañada, sus cejas espesas como dos cepillos de rojizas crines, sus ojos garzos, entre el verde y el azul, cuyo húmedo lagrimal estaba rodeado por un círculo senil. Tendría unos sesenta y cinco años —o por lo menos eso parecía—. Pero era alto, seco, erguido bajo su sayo amarillento, menos peludo que su pecho, y a más de un pintor le hubiera gustado reflejar su silueta cuando, tocado con un sombrero de esparto, un verdadero tapón de paja, se apoyaba sobre su curvado bastón, inmóvil como una roca.

En el momento en que los rayos penetraban a través de la hendidura del oeste, Frik se volvió; después, cerrando a medias la mano, se la acercó a la cara como un antejo —de la misma manera que haría una bocina para que lo oyeran a los lejos— y miró con gran atención.

En el horizonte iluminado, a más de una milla, aunque muy disminuidas por la lejanía, se perfilaban las formas de una fortaleza. El viejo castillo ocupaba, sobre una cima aislada del desfiladero de

Vulkan, la parte superior de una meseta llamada de Orgall. Con aquella luz deslumbrante, su relieve se destacaba crudamente, con esa nitidez que presentan las vistas estereoscópicas. Sin embargo, el ojo del pastor debía poseer un gran poder visual para distinguir algún detalle en aquella masa lejana.

De pronto exclamó, meneando la cabeza:

—¡Viejo castillo!... ¡Viejo castillo!... ¡Ya puedes afirmarte sobre tus cimientos!... Tres años más y habrás dejado de existir, pues tu haya sólo tiene tres ramas...

Esta haya, plantada en el extremo de uno de los bastiones del castillo, se destacaba en negro sobre el fondo del cielo como un fino recorte de papel, y sólo Frik habría podido verla a aquella distancia. En cuanto a la explicación de las palabras del pastor, provocadas por una leyenda referente al castillo, la daremos a su debido tiempo.

—Sí —repitió—, tres ramas... Ayer había cuatro, pero la cuarta cayó esta noche... Sólo queda su muñón... Y no cuento más que tres en la horquilla... Sólo tres, vieja fortaleza... ¡Sólo tres!...

Quando se piensa en el aspecto ideal de un pastor, la imaginación lo convierte en un ser soñador y contemplativo; charla con los planetas, conversa con las estrellas, lee en el cielo. En realidad, suele ser una bestia ignorante y tosca. Sin embargo, la credulidad pública le atribuye con frecuencia dones sobrenaturales: posee maleficios; según su humor, conjura a la suerte o aoja a las gentes y a los animales, lo cual es todo uno, en este caso; vende polvos simpáticos; se le compran filtros y fórmulas. ¿Acaso no puede hacer que los surcos queden estériles, tirándoles piedras encantadas, y que las ovejas pierdan su fecundidad, mirándolas con el ojo izquierdo? Estas supersticiones pertenecen a todas las épocas y a todos los países.

Incluso en las campiñas más civilizadas jamás se pasa ante un pastor sin dirigirle una frase amistosa, un saludo significativo, dándole el nombre de «pastor», que tanto le agrada. Un sombrerazo permite eludir malignas influencias, y en los caminos de Transilvania se prodiga igual que en todas partes.

Frik estaba considerado como un brujo, como un evocador de apariciones fantásticas. Según unos, los vampiros y los trasgos le obedecían; según otros, podía encontrársele, en el cuarto

menguante, en las noches sombrías, encaramado en la compuerta de un molino, charlando con los lobos o soñando con las estrellas.

Frik dejaba correr esos rumores y se beneficiaba con ellos. Vendía hechizos y amuletos. Pero hay que observar que él era tan crédulo como su clientela y, aunque no creyera en sus propios sortilegios, por lo menos daba crédito a las leyendas que circulaban por el país.

No es de extrañar, pues, que hubiera deducido ese pronóstico referente a la próxima desaparición de la vieja fortaleza, puesto que el haya sólo tenía tres ramas, ni que tuviera prisa por llevar la noticia a Werst.

Tras haber reunido a su rebaño gritando a pleno pulmón a través de una larga boquilla de madera blanca, Frik cogió el camino del pueblo. Sus perros lo seguían acosando a los animales —dos semi-grifones bastardos, ariscos y feroces, que parecían más adecuados para devorar corderos que para guardarlos—. Había unos cien corderos y ovejas, entre ellos una docena de añojos, y el resto eran animales tercencos y sobre-primados, o sea, de cuatro y de seis dientes.

Este rebaño pertenecía al juez de Werst, el *biró* Koltz, que pagaba al ayuntamiento un importante derecho de pastoreo y apreciaba mucho a su pastor, Frik, pues sabía que era hábil para el esquileo y muy entendido en el tratamiento de las enfermedades, ránulas, batraco, huélfago, lombrices, hidropesía, basquilla, morriña, despeaduras, roña y otras afecciones de origen pecuario.

El rebaño marchaba en una masa compacta, con el guión delante y cerca de él la oveja madre, que hacían tintinear sus esquilas en medio de los balidos.

Al salir de los pastos, Frik tomó un ancho sendero que bordeaba extensos campos. En ellos ondulaban las magníficas espigas de un trigo ya muy crecido, de paja muy larga; allí se extendían algunas plantaciones del «kukurutz», el maíz de la región. El camino conducía a la linde de un bosque de pinos y abetos, de interior fresco y sombrío. Más abajo, el Zsily paseaba su curso luminoso, filtrado por los guijarros del fondo, sobre el que flotaban los tarugos de madera cortados por las serrerías de río arriba.

Perros y corderos se detuvieron en la orilla derecha del río y empezaron a beber ávidamente al ras del ribazo, removiendo la

maraña de juncos.

Werst estaba a tres tiros de fusil, tras un espeso saucedal, formado por verdaderos árboles y no por esos ejemplares achaparrados y desmochados que despliegan sus frondas a poca distancia de las raíces. Este saucedal se extendía hasta los declives del desfiladero de Vulkan, cuyo pueblo, que lleva el mismo nombre, ocupa un saliente de la vertiente meridional de los macizos de Plesa.

El campo estaba desierto a esas horas. Sólo al caer la noche las gentes de los cultivos regresaban a sus hogares, y Frik no había podido intercambiar, por el camino, el tradicional saludo. Su rebaño había saciado su sed y estaba a punto de meterse entre los repliegues del valle cuando apareció un hombre en un recodo del Zsily, unos cincuenta pasos río abajo.

—¡Eh, amigo! —le gritó al pastor.

Era uno de esos forasteros que recorren las ferias del condado. Se les encuentra en las ciudades, en los pueblos, incluso en las más humildes aldeas. Para ellos no es un problema hacerse entender: hablan todas las lenguas. ¿Este era italiano, sajón o valaco? Nadie habría podido decirlo; pero era judío; judío polaco, alto, flaco, de nariz arqueada, barbita en punta, frente abombada y ojos muy vivos.

Este buhonero vendía lentes, termómetros, barómetros y pequeños relojes. Lo que no iba encerrado en el fardo sujeto con fuertes tirantes que llevaba a la espalda, le colgaba del cuello o de la cintura; un verdadero muestrario ambulante.

Probablemente, el judío sentía el respeto y quizá el saludable temor que inspiran los pastores, de modo que saludó a Frik con la mano. Después, en rumano, esa lengua formada de latín y de eslavo, dijo, con acento extranjero:

—¿Qué, amigo? ¿Marchan las cosas como usted desea?

—Sí..., según el tiempo —respondió Frik.

—Entonces le irán bien hoy, porque hace bueno.

—Y me irán mal mañana, pues lloverá.

—¿Lloverá? —se asombró el buhonero—. ¿Es que en este país llueve sin que haya nubes?

—Las nubes vendrán esta noche... de allá abajo... Del mal lado de la montaña.

—¿Y en qué lo nota usted?

—Por la lana de mis corderos, que está áspera y seca como una piel curtida.

—Entonces, mal asunto para los que recorren los caminos...

—Y bueno para los que se hayan quedado a la puerta de su casa.

—Para eso habría que tener una casa, pastor.

—¿Tiene usted hijos? —dijo Frik.

—No.

—¿Está usted casado?

—No.

Frik preguntaba esto porque, en la región, es costumbre preguntarlo a quien se encuentra. Después, continuó:

—¿De dónde viene, buhonero?

—De Hermanstadt.

Hermanstadt es uno de los principales pueblos de Transilvania. Al salir de él se encuentra el valle del Zsily húngaro, que baja hasta el pueblo de Petrozsény.

—Y ¿adonde va?

—A Kolozsvár.

Para llegar a Kolozsvár basta con subir en dirección al valle del Maros; después, por Karlsburg, siguiendo las primeras estribaciones de los montes de Bihar, se llega a la capital del condado. Un camino de una veintena de millas^[3], a lo sumo.

En realidad, estos vendedores de termómetros, barómetros y carracas evocan siempre la idea de seres aparte, con un aspecto que parece salido de un cuento de Hoffman. Eso es debido a su oficio. Venden el tiempo en todas sus formas, el que transcurre, el que hace, el que hará, como otros buhoneros venden cestos, lanas o algodones. Se diría que son los viajeros de la Casa Saturno y Cía., de la marca *Reloj de arena de oro*. Y, sin duda, ese fue el efecto que el judío le produjo a Frik, el cual miró con asombro aquel muestrario de objetos, nuevos para él, cuyo destino no conocía.

—¡Eh!, buhonero —preguntó alargando el brazo—, ¿para qué sirve ese baratillo que se entrechoca en su cinturón como los huesos de un viejo ahorcado?

—Son cosas de valor —contestó el forastero—; cosas útiles para todos.

—¿Para todos? —exclamó Frik, guiñando un ojo—. ¿Incluso

para los pastores?

—Incluso para los pastores.

—¿Y ese chisme?

—Este chisme —contestó el judío, haciendo saltar entre sus manos un termómetro— le dice si hace calor o frío.

—¡Eh, amigo! Yo sé muy bien cuándo sudo bajo mi sayo o tiritito bajo mi hopalanda.

Evidentemente, con esto le bastaba al pastor, que no se preocupaba ni poco ni mucho por las razones de la ciencia.

—¿Y esa gran carraca con su aguja? —continuó, señalando un barómetro aneroide.

—No es una carraca. Es un instrumento que le dice si mañana hará buen tiempo o lloverá...

—¿De veras?

—De veras.

—¡Bueno! —replicó Frik—. No me interesaría aunque sólo costara un *kreutzer*. ¿Es que no sé el tiempo con veinticuatro horas de adelanto, sólo al ver cómo las nubes se arrastran sobre la montaña o corren por encima de los picos más altos? Mire, ¿ve esa ligera bruma que parece surgir del suelo? Pues bien, ya se lo dije, es agua para mañana.

En realidad, el pastor Frik, gran observador del tiempo, podía prescindir de un barómetro.

—No le pregunto si necesita un reloj... —continuó el buhonero.

—¿Un reloj?... Tengo uno que marcha solo y que se balancea sobre mi cabeza. Es el sol, allá arriba. Mire, amigo, cuando se detiene en la punta del Roduk, es mediodía, y cuando mira a través del agujero de Egelt, son las seis. Mis corderos lo saben tan bien como yo, y mis perros, lo mismo que mis corderos. De modo que guárdese sus carracas.

—¡Vamos! —dijo el buhonero—. Si no tuviera más clientes que los pastores, a duras penas haría fortuna. ¿No necesita usted nada...?

—Nada de nada.

Por otra parte, toda esta mercancía de bajo precio era de fabricación mediocre. Los barómetros no se ponían de acuerdo sobre el tiempo variable o estable; las agujas de los relojes marcaban horas demasiado largas o minutos demasiado cortos; en

fin, puras chapucerías. El pastor quizá lo sospechaba y no estaba muy inclinado a ofrecerse como comprador. Sin embargo, en el momento en que iba a recoger su cayado, sacudió una especie de tubo, colgado del tirante del buhonero, diciendo:

—¿Para qué sirve ese tubo que lleva ahí?

—Ese tubo no es un tubo.

—¿Qué es entonces? ¿Una bocacha?

El pastor llamaba así a una especie de vieja pistola de cañón ancho.

—No —dijo el judío—. Es un antejojo.

Era uno de esos anteojos comunes, que aumentan cinco o seis veces los objetos, o los acercan, lo cual produce el mismo resultado.

Frik había descolgado el instrumento, lo miraba, lo manejaba, le daba vueltas de cabo a rabo, deslizaba los cilindros uno sobre otro.

Después, meneando la cabeza, dijo:

—¿Un antejojo?

—Sí, pastor, algo estupendo, que le aumenta la vista de lo lindo.

—¡Oh!, tengo buenos ojos, amigo. Cuando el tiempo está despejado, distingo las últimas rocas hasta la cabeza del Retyezat, y los últimos árboles del fondo de los desfiladeros de Vulkan.

—¿Sin guiñar?

—Sin guiñar. Gracias al rocío, cuando duermo toda la noche al raso. Eso deja muy limpia la pupila.

—¿Qué?... ¿El rocío? —respondió el buhonero—. Yo diría más bien que deja ciegos...

—Pero no a los pastores.

—¡Está bien! Pero, si usted tiene buenos ojos, los míos son aún mejores cuando los pongo en el extremo de mi antejojo.

—Habría que verlo.

—Véalo; aplique el ojo...

—¿Yo?

—Pruebe.

—¿No me costará nada? —preguntó Frik, desconfiado por naturaleza.

—Nada, a menos que usted decida comprarme el artefacto.

Tranquilizado a este respecto, Frik cogió el antejojo, cuyos tubos ajustó el buhonero. Después, cerrando el ojo izquierdo, aplicó el ocular a su ojo derecho.

Ante todo, miró en dirección al desfiladero de Vulkan, subiendo hacia el Plesa. Una vez hecho esto, bajó el instrumento y lo apuntó sobre el pueblo de Werst.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo—. Es cierto... Llega más lejos que mis ojos... Ahí está el camino real... Reconozco a las gentes... Mira, Nic Deck, el guardabosques, que vuelve de su ronda, con el morral a la espalda y el fusil al hombro...

—¿No se lo decía yo? —observó el buhonero.

—¡Sí..., sí...; claro que es Nic! —continuó el pastor—. Y ¿quién es la muchacha que sale de casa de maese Koltz, con falda roja y corpiño negro, como para ir a su encuentro?

—Fíjese bien, pastor. Usted reconocerá a la muchacha tan bien como al joven...

—¡Ah! Sí... Es Miriota... ¡La guapa Miriota!... ¡Ah! ¡Los enamorados...! ¡Los enamorados...! ¡Esta vez tienen que aguantarse, porque están al extremo de mi tubo y no me pierdo ninguno de sus melindres!

—¿Qué dice usted de mi máquina?

—¡Ah! ¡Ah!... ¡Que hace ver a lo lejos!

Por el hecho de que Frik no hubiera mirado nunca antes con un antejo, el pueblo de Werst merecía verse situado entre los más atrasados del condado de Klausenburg. Y así era, como pronto se verá.

—Vamos, pastor —continuó el forastero—, siga mirando..., y más lejos de Werst... El pueblo está demasiado cerca... Mire allá, mucho más allá, le digo.

—¿Y no me costará más?

—Nada más.

—¡Bueno!... ¡Buscaré por el lado del Zsily húngaro! Sí, ahí está el campanario de Livadzel... Lo reconozco por su cruz, a la que le falta un brazo... Y más allá, en el valle, entre los abetos, distingo el campanario de Petrozseny, con su gallo de hojalata, que tiene el pico abierto como si fuera a llamar a sus pollitas... Y allá abajo, aquella torre que asoma entre los árboles... Debe ser la torre de Petrilla... Pero, ahora que se me ocurre, buhonero, espere un poco, ya que sigue siendo el mismo precio...

—El mismo, pastor.

Frik se había vuelto hacia la meseta de Orgall; después, con el

extremo del anteojo, siguió el telón de los bosques sombríos de las pendientes del Plesa, y el campo del objetivo encuadró la lejana silueta de la fortaleza.

—¡Sí! —exclamó—. La cuarta rama está en el suelo... ¡Lo había visto bien!... Y nadie irá a recogerla para hacer una hermosa fogata por San Juan... No, nadie..., ¡ni siquiera yo!... Sería arriesgar el cuerpo y el alma... Pero no hay que preocuparse... Habrá alguien que la echará, esta noche, en medio del fuego de su infierno... ¡El *Chort*!

El *Chort*, así se llama al diablo cuando se le evoca en las conversaciones de la región.

Quizá el judío iba a pedir una explicación de esas palabras, incomprensibles para quien no fuera del pueblo de Werst o de sus alrededores, cuando Frik exclamó, con una voz donde se mezclaban el espanto y la sorpresa:

—¿Qué es esa bruma que escapa de la torre del homenaje?... ¿Es una bruma?... ¡No!... Se diría humo... ¡No es posible!... Hace años y años que no humean las chimeneas de la fortaleza...

—Si usted ve humo allá, pastor, es que hay humo.

—¡No, buhonero..., no! El cristal de su máquina está empañado.

—Límpielo.

—Y cuando lo limpie...

Frik apartó el anteojo y, tras haber frotado el vidrio con su manga, volvió a llevárselo a los ojos.

Realmente había humo en la cima de la torre. Subía recto, en el aire tranquilo, y su penacho se confundía con los altos vapores.

Frik, inmóvil, enmudeció. Toda su atención se concentraba sobre la fortaleza, hasta la que empezaba a llegar la sombra que ascendía por la meseta de Orgall.

De pronto, bajó el anteojo y, llevándose la mano a las alforjas que colgaban sobre su sayo, preguntó:

—¿Cuánto vale su tubo?

—Florín y medio^[4] —contestó el buhonero.

Y hubiera cedido el anteojo incluso por un florín, a poco que Frik regateara. Pero el pastor no se inmutó. Dominado visiblemente por un estupor tan repentino como inexplicable, metió la mano en el fondo de sus alforjas y sacó el dinero.

—¿Compra el anteojo para usted? —preguntó el buhonero.

—No..., para mi amo, el juez Koltz.

—Entonces, él le devolverá...

—Sí, los dos florines que me cuesta...

—¿Cómo?... ¿Los dos florines?

—¡Ah! ¡Sin duda!... Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes, pastor.

Y Frik, silbando a sus perros y arreando su rebaño, se alejó rápidamente en dirección a Werst.

El judío, al verlo marcharse, sacudió la cabeza, como si hubiera tenido ante sus ojos a un loco.

—Si lo hubiera sabido —murmuró—, le habría vendido más caro el antejo.

Después, una vez que se ajustó su muestrario a la cintura y a los hombros, tomó la dirección de Karlsburg, bajando por la orilla derecha del Zsily.

¿Adónde iba? No importa mucho. Sólo ha pasado una vez por este relato y no lo volveremos a ver.

II



rátese de rocas amontonadas por la naturaleza en las épocas

geológicas, después de las últimas convulsiones del suelo, o de construcciones debidas a la mano del hombre, sobre las que ha pasado el soplo del tiempo, el aspecto es muy parecido, cuando se observa desde unas millas de distancia. Lo que es piedra bruta y lo que ha sido piedra labrada se confunde fácilmente. Desde lejos, el mismo color, los mismos perfiles, la misma desviación de las líneas en la perspectiva, la misma uniformidad de tono, bajo la pátina grisácea de los siglos.

Así ocurría con la fortaleza —también llamada castillo— de los Cárpatos. No era posible reconocer sus formas inciertas sobre la meseta de Orgall, que corona a la derecha del desfiladero de Vulkan. No se destaca en relieve sobre el fondo de las montañas. Quizá lo que se toma por una torre no sea más que un monte pedregoso. Quien lo mira cree distinguir las almenas de una muralla donde quizá no hay más que una cresta rocosa. El conjunto es vago, flotante, incierto. También, de dar crédito a diversos turistas, el castillo de los Cárpatos sólo existe en la imaginación de las gentes del condado.

Evidentemente, el medio más sencillo para asegurarse de ello sería contratar a un guía de Vulkan o de Werst, subir el desfiladero, remontar la cima, visitar el conjunto de las construcciones. Sólo que aún es más difícil encontrar un guía que el camino que lleva a la

fortaleza. En esta región de los dos Zsily, nadie accedería a llevar a un viajero, fuera cual fuera la remuneración, al castillo de los Cárpatos.

Sea como sea, he aquí lo que habría podido distinguirse de esa antigua mansión en el campo de un anteojo más potente y mejor centrado que el instrumento de pacotilla que compró el pastor Frik por cuenta de maese Koltz:

A ochocientos o novecientos pies por detrás del desfiladero de Vulkan, un recinto de color de barro, revestido por una espesura de plantas trepadoras, que se redondea sobre una periferia de cuatrocientas o quinientas toesas, siguiendo los desniveles de la meseta; en cada extremo, dos bastiones en ángulo; el de la derecha, donde crecía la famosa haya, estaba aún coronado por una estrecha atalaya o garita de tejado puntiagudo; a la izquierda, unos lienzos de muralla con contrafuertes calados sostenían el campanario de una capilla, cuya campana rajada voltea en las intensas borrascas, con gran espanto de las gentes de la comarca; en el centro, por último, coronada por su plataforma almenada, una maciza torre del homenaje, con tres filas de ventanas emplomadas y cuyo primer piso está rodeado por una terraza circular; en la plataforma, un largo pie metálico, adornado con la virola feudal, una especie de veleta soldada por la herrumbre a la que un último golpe de galerna había inmovilizado en el sudeste.

En cuanto a lo que encerraba este recinto, cortado en muchos puntos, si existía algún edificio habitable, si un puente levadizo o una poterna permitían entrar en él, nadie lo sabía desde hacía muchos años. En realidad, aunque el castillo de los Cárpatos estaba mejor conservado de lo que su aspecto dejaba adivinar, un contagioso espanto, mezclado con superstición, lo protegía mejor de lo que hubieran podido hacerlo sus basiliscos, sus pedreros, sus bombardas, sus culebrinas, sus moyanas y otros ingenios artilleros de los siglos pasados.

Y, sin embargo, el castillo de los Cárpatos merecía ser visitado por turistas y anticuarios. Su situación, en la cima de la meseta de Orgall, es excepcionalmente hermosa. Desde la plataforma superior de la torre, la vista se dilata hasta el último límite de las montañas. Por detrás ondula la alta cadena, tan caprichosamente ramificada, que marca la frontera de Valaquia. Por delante se excava el sinuoso

desfiladero de Vulkan, único camino practicable entre las provincias limítrofes. Más allá del valle de los dos Zsily, se alzan los pueblos de Livadzel, Lonyai, Petrozseny, Petrilla, agrupados junto a los orificios de los pozos que sirven para la explotación de esta rica cuenca hullera. Después, en el último plano, un admirable encabalgamiento de cimas, con bosques en la base y flancos verdeantes, áridas en la cumbre, que dominan las abruptas alturas del Retyezat y del Paring^[5]. Por último, tras el valle del Hatszeg y la corriente del Maros, aparecen los lejanos perfiles, ahogados en la bruma, de los Alpes de la Transilvania central.

Al fondo de este embudo, la depresión del suelo formaba antaño un lago, en el que desembocaban los dos Zsily, antes de haber encontrado un paso a través de la cadena. Ahora, esta depresión no es más que un depósito de carbón, con sus ventajas y sus inconvenientes; las altas chimeneas de ladrillo se mezclan con las ramas de los álamos, de los abetos y de las hayas; las humaredas negruzcas vician el aire, saturado antaño por el perfume de los árboles frutales y las flores. Sin embargo, en la época en que transcurre esta historia, aunque la industria sujeta con mano de hierro este distrito minero, aún no ha perdido nada del carácter salvaje que debe a la naturaleza.

El castillo de los Cárpatos data de los siglos XII o XIII. En aquella época, bajo la dominación de los jefes —o *voivodas*—, monasterios, iglesias, palacios y castillos se fortificaban con tanto cuidado como los pueblos y aldeas. Señores y campesinos tenían que defenderse de toda clase de agresiones. Esta situación explica el aspecto de construcción feudal, dispuesta a defenderse, que le dan al castillo sus murallas, sus bastiones y su torre del homenaje. ¿Qué arquitecto lo edificó en esta meseta, a esta altura? No se sabe, y el nombre del audaz artista es desconocido, a menos que sea el rumano Manoli, tan gloriosamente cantado por las leyendas valacas, que construyó en Curtea de Arges el célebre castillo de Rodolfo el Negro.

Si hay dudas sobre el arquitecto, no las hay sobre la familia que poseía esta fortaleza. Los barones de Gortz eran los señores de la región desde tiempo inmemorial. Se vieron mezclados en todas las guerras que ensangrentaron las provincias transilvanas; lucharon contra los húngaros, los sajones, los szeklers; su nombre figura en las «cantigas», las *doinas*, donde se perpetúa el recuerdo de aquellos

desastrosos períodos; tenían por divisa el famoso proverbio valaco *Da pe maorte*. «¡Da hasta la muerte!», y dieron, derramaron su sangre por la causa de la independencia; esa sangre que les venía de los romanos, sus antepasados.

Es de todos sabido que tantos esfuerzos, tanta abnegación y tantos sacrificios sólo consiguieron reducir a la más indigna opresión a los descendientes de esta valiente raza. Ya no tiene una existencia política. Tres botas la han aplastado. Pero los valacos de Transilvania no pierden la esperanza de sacudirse el yugo. El futuro les pertenece, y, con una confianza inquebrantable, repiten unas palabras donde concentran todas sus aspiraciones: «Román on péré!», «el rumano no podrá perecer».

A mediados del siglo XIX, el último representante de los señores de Gortz era el barón Rodolfo. Nacido en el castillo de los Cárpatos, había visto a su familia extinguirse a su alrededor en los primeros tiempos de su juventud. A los veintidós años se encontró solo en el mundo. Todos los suyos habían ido cayendo año tras año, igual que las ramas de la haya secular a la que la superstición popular ligaba la propia existencia de la fortaleza. Sin padres, sin amigos incluso, ¿qué podía hacer el barón Rodolfo para ocupar los ocios de la monótona soledad que la muerte había dejado en torno suyo? ¿Cuáles eran sus gustos, sus instintos, sus aptitudes? No se le conocía ninguno, a no ser una irresistible pasión por la música y, sobre todo, por el canto de los grandes artistas de la época. Entonces abandonando el castillo, desapareció un día. Y, según se supo posteriormente, consagraba su fortuna, bastante considerable, por otra parte, a recorrer los principales centros líricos de Europa, los teatros de Alemania, de Francia, de Italia, donde podía satisfacer sus insaciables fantasías de aficionado. ¿Era un excéntrico, por no decir un maniático? La extravagancia de su existencia permitía suponerlo así.

Sin embargo, el recuerdo de su tierra había quedado profundamente grabado en el corazón del joven barón de Gortz. No había olvidado su patria transilvana durante sus lejanas peregrinaciones. Y regresó para tomar parte en una de las sangrientas rebeliones de los campesinos rumanos contra la opresión húngara.

Los descendientes de los antiguos dacios fueron vencidos y su

territorio se repartió entre los vencedores.

A consecuencia de esta derrota, el barón Rodolfo abandonó definitivamente el castillo de los Cárpatos, algunas partes del cual ya estaban en ruinas. La muerte no tardó en privar a la fortaleza de sus últimos servidores y quedó totalmente abandonada. En cuanto al barón de Gortz, corrió el rumor de que se había unido patrióticamente al famoso Rosza Sandor, un antiguo salteador de caminos al que la guerra de independencia había convertido en un héroe de drama. Afortunadamente para él, Rodolfo de Gortz se había separado de la banda del comprometedor *betyar* después del final de la lucha, y obró prudentemente, pues el antiguo bandido, convertido de nuevo en jefe de ladrones, acabó cayendo en manos de la policía, que se contentó con encerrarlo en la prisión de Szamos-Uyvar.

Sin embargo, entre las gentes del condado se admitió otra versión: a saber, que el barón Rodolfo había muerto durante una escaramuza de Rosza Sandor con los aduaneros de la frontera. No era cierto, aunque el barón de Gortz no hubiera vuelto a aparecer por la fortaleza desde esa época y nadie dudara ya de su muerte. Pero la prudencia aconseja aceptar con grandes reservas las habladurías de esta crédula población.

Castillo abandonado, castillo obsesivo, castillo extravagante. Las vivas y ardientes imaginaciones lo poblaron pronto de fantasmas, los aparecidos se mostraban en él, los espíritus regresaban a altas horas de la noche. Así son aún las cosas en ciertas comarcas supersticiosas de Europa, y Transilvania puede ocupar el primer lugar entre ellas.

Por lo demás, ¿cómo hubiera podido romper con las creencias en lo sobrenatural este pueblo de Werst? El pope y el maestro, éste encargado de la educación de los niños, aquél dirigiendo la religión de los fieles, enseñaban esas fábulas abiertamente, pues creían en ellas a pies juntillas. Afirmaban, «con apoyo de pruebas», que los duendes recorren la campiña, que los vampiros, llamados estriges porque lanzan gritos de lechuza, beben sangre humana, que los *staffii* andan errantes por las ruinas y se vuelven maléficos si se olvida llevarles comida y bebida cada noche. Hay unas hadas *babes*, con las que hay que evitar encontrarse el martes o el viernes, los dos peores días de la semana. ¡Y ay de quien se aventure en la

espesura de los bosques del condado, bosques gigantescos donde se esconden los *balauri*, esos dragones gigantescos cuyas mandíbulas se abren hasta tocar las nubes, los *zmei* de alas desmesuradas, que raptan a las jóvenes de sangre real e incluso a las de menos alto linaje, con tal de que sean hermosas! He aquí un considerable número de temibles monstruos, al parecer. ¿Cuál es el genio bueno que les opone la imaginación popular? La *serpi di casa*, la serpiente del hogar doméstico, que vive familiarmente al fondo del lar, y cuya saludable influencia compra el campesino alimentándola con su mejor leche.

Ahora bien, si alguna vez existió un castillo preparado para servir de refugio a esta mitología rumana, sin duda era el de los Cárpatos. En una meseta aislada, inaccesible salvo por la izquierda del desfiladero de Vulkan, no cabía la menor duda de que albergaba dragones, hadas, vampiros, y quizá también algunos aparecidos de la familia de los barones de Gortz. De ahí una pésima reputación, muy justificada, según se decía. En cuanto a atreverse a visitarlo, a nadie se le hubiera ocurrido. Difundía a su alrededor un espanto contagioso, de la misma manera que un pantano insalubre difunde miasmas pestilentes. El simple hecho de acercarse a un cuarto de milla hubiera significado arriesgar la vida en este mundo y la salvación en el otro. Esto se aprendía normalmente en la escuela del maestro Hermod.

Sin embargo, esta situación finalizaría cuando no quedara ni una piedra de la vieja fortaleza de los Gortz. Y aquí es donde intervenía la leyenda.

Según los más autorizados notables de Werst, la existencia del castillo estaba ligada a la de una vieja haya, cuyo ramaje ondeaba en el bastión de esquina, situado a la derecha de la muralla.

Desde la partida de Rodolfo de Gortz —las gentes del pueblo, y en especial el pastor Frik, lo habían observado—, esta haya perdía cada año una de sus ramas principales. Se contaban dieciocho el día en que se vio por última vez al barón Rodolfo en la plataforma de la torre, y ahora el árbol ya sólo tenía tres. Pues bien, cada rama tronchada era un año menos de existencia de la fortaleza. La caída de la última entrañaría su aniquilación definitiva. Y entonces se buscaría en vano en la meseta de Orgall los restos del castillo de los Cárpatos.

En realidad, se trataba sólo de una de esas leyendas que nacen en las imaginaciones rumanas. Ante todo, ¿era exacto que la vieja haya perdía cada año una rama? No estaba probado, aunque Frik no dudaba en asegurarlo, y él no la perdía de vista mientras su rebaño pacía en los pastos del Zsily. Y aunque Frik no era muy de fiar, desde el último campesino hasta el primer magistrado de Werst creían todos, sin asomo de dudas, que el castillo tenía sólo tres años de vida, puesto que ya sólo se contaban tres ramas en el «haya tutelar».

El pastor se había apresurado a encaminarse hacia el pueblo para llevar la gran noticia, cuando se produjo el incidente del antejo.

¡Gran noticia, muy grande, en efecto! Ha aparecido un humo en la cima de la torre... Lo que sus ojos no hubieran podido ver, Frik lo distinguió claramente con el instrumento del buhonero... No es un vapor, es un humo que va a perderse entre las nubes... Sin embargo, el castillo está abandonado... Desde hace mucho tiempo nadie ha franqueado su poterna, que está cerrada, sin duda, ni el puente levadizo, que seguramente está alzado. Si está habitado, sólo puede tratarse de seres sobrenaturales... Pero ¿con qué objeto harían fuego los espíritus en una de las piezas de la torre?... ¿Es una chimenea de una habitación? ¿Es el fuego de una cocina?... Eso era realmente inexplicable.

Frik empujaba a sus animales hacia el establo. Obedientes a su voz, los perros acosaban al rebaño sobre el camino en cuesta, cuyo polvo se aplastaba con la humedad de la tarde.

Algunos campesinos, rezagados en los cultivos, lo saludaron al pasar, y casi no contestó a su cortesía. Ello sembró una verdadera inquietud, pues, si se quiere evitar el maleficio, no basta con saludar al pastor, es preciso que éste devuelva el saludo. Pero Frik parecía poco inclinado a hacerlo, con los ojos huraños, su singular actitud, sus ademanes desordenados. Si los lobos o los osos le hubieran robado la mitad de sus corderos, no habría estado tan descompuesto. ¿De qué mala noticia es portador?

El primero que la supo fue el juez Koltz. En cuanto lo distinguió a lo lejos, Frik le gritó:

—¡Hay fuego en el castillo, mi amo!

—¿Qué dices, Frik?

—Digo lo que pasa.

—¿Es que te has vuelto loco?

En efecto, ¿cómo podía producirse un incendio en aquel viejo montón de piedras? Era como admitir que el Negoï, la cima más alta de los Cárpatos, se veía devorado por las llamas. No hubiera sido una hipótesis más absurda.

—¿Pretendes, Frik, pretendes que el castillo se quema?... — repitió maese Koltz.

—Si no se quema, echa humo.

—Será algún vapor...

—No, es humo... Venga a verlo.

Y ambos se dirigieron al centro de la calle mayor del pueblo, al borde de una terraza que dominaba los barrancos del desfiladero, desde la que se podía distinguir el castillo.

Una vez allí, Frik tendió el anteojo a maese Koltz.

Evidentemente, el juez no conocía el uso del instrumento.

—¿Qué es eso? —dijo.

—Una máquina que le he comprado por dos florines, amo, y que vale más de cuatro.

—¿A quién se la compraste?

—A un buhonero.

—Y ¿para qué sirve?

—Póngaselo en el ojo, mire hacia el castillo y ya lo verá.

El juez apuntó el anteojo en dirección al castillo y lo examinó atentamente.

¡Sí! Un humo salía de una de las chimeneas de la torre. En ese momento, desviado por la brisa, trepaba por el flanco de la montaña.

—¡Humo! —repitió maese Koltz, estupefacto.

Mientras tanto, se habían reunido con ellos Miriota y el guardabosques Nic Deck, que acababan de regresar a casa.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó el joven cogiendo el anteojo.

—Para ver a lo lejos —contestó el pastor.

—¿Está de broma, Frik?

—Bromeo tan poco, guardabosques, que hace apenas una hora he podido reconocerle, mientras bajaba por la carretera de Werst, a usted y también a...

No concluyó su frase, Miriota se ruborizó, bajando sus lindos

ojos. Aunque, en realidad, no está prohibido que una joven honesta salga al encuentro de su prometido...

Ella y él, uno tras otro, cogieron el famoso anteojó y lo dirigieron hacia la fortaleza.

Entre tanto, media docena de vecinos habían llegado a la terraza y, enterados del hecho, utilizaron también el instrumento.

—¡Humo! ¡Humo en el castillo! —dijo uno.

—Quizá haya caído un rayo en la torre... —observó otro.

—¿Es que ha tronado? —preguntó maese Koltz, dirigiéndose a Frik.

—Ni un rayo desde hace ocho días —contestó el pastor.

Y aquellas buenas gentes se quedaron más asustadas que si les hubieran dicho que acababa de abrirse un cráter en la cumbre del Retyezat para dejar paso a los vapores subterráneos.

III



El pueblo de Werst tiene tan escasa importancia que la mayoría de los mapas ni siquiera indican su situación. En el terreno administrativo, está incluso por debajo de su vecino, llamado Vulkan, por el nombre de la porción de ese macizo del Plesa en el que ambos se encaraman de forma pintoresca.

En nuestros días, la explotación de la cuenca minera ha dado un considerable movimiento de negocios a los pueblos de Petrozseny, de Livadzel y otros, a unas millas de distancia. Ni Vulkan ni Werst obtuvieron la menor ventaja de esta proximidad de un gran centro industrial; esos pueblos son igual que eran hace cincuenta años e igual que serán sin duda dentro de medio siglo; y, según Elíseo Reclus, más de la mitad de la población de Vulkan se compone sólo «de empleados encargados de vigilar la frontera, aduaneros, gendarmes, funcionarios del fisco y enfermeros de la cuarentena». Si se suprimen los gendarmes y los funcionarios del fisco y se añade una proporción algo mayor de agricultores, tendremos la población de Werst, unos cuatrocientos o quinientos habitantes.

Este pueblo es sólo una calle, nada más que una larga calle cuya brusca pendiente dificulta la subida y la bajada. Sirve de camino natural entre la frontera valaca y la transilvana. Por allí pasan los rebaños de bueyes, de corderos, los traficantes de carne fresca, de frutos y cereales, los escasos viajeros que se aventuran por el desfiladero en vez de tomar el ferrocarril de Koloszar y el valle del

Maros.

Es verdad que la naturaleza ha dotado generosamente a la cuenca que se hunde entre los montes de Bihar, el Retyezat y el Paring. Rica por su fértil suelo lo es también por la fortuna hundida en sus entrañas: minas de sal gema en Thorda, con un rendimiento anual de más de veinte mil toneladas; el monte Parajd, que mide siete kilómetros de circunferencia en su cúpula, está formado únicamente por cloruro de sodio; minas de Torotzko, que producen plomo, galena, mercurio, y sobre todo hierro, cuyos yacimientos son explotados desde el siglo x; minas de Vayda Hunyad, con sus minerales que se transforman en acero de excelente calidad; minas de hulla, de fácil explotación en las primeras capas de estos valles lacustres, en el distrito de Hatszeg, en Livadzel, en Petrozseny, vasta bolsa cuyo contenido se estima en doscientos cincuenta millones de toneladas; por último, minas de oro, en el pueblo de Offenbanya, en Topanfalva, la región de los lavadores de oro, donde miríadas de molinos muy sencillos trabajan las arenas del Verés-Patak, el «Pactolo transilvano», y exportan cada año dos millones de francos delpreciado metal.

Parece un distrito favorecido por la naturaleza, pero toda esta riqueza no contribuye en absoluto al bienestar de su población. En todo caso, si los centros más importantes —Torotzko, Petrozseny, Lonyai— poseen algunas instalaciones adecuadas para la comodidad de la industria moderna, si esos pueblos tienen construcciones regulares, sometidas a la uniformidad del cordel y de la escuadra, almacenes, hangares, verdaderas ciudades obreras, si están dotados de cierto número de moradas con balcones y verandas, no se podría buscar nada de eso en el pueblo de Vulkan ni en el de Werst.

Unas sesenta casas bien contadas, irregularmente dispuestas a lo largo de la única calle, con un caprichoso techo cuya parhilera sobresale de las paredes de tierra apisonada, con fachada hacia el jardín, un granero abohardillado en el primer piso, un hórreo deteriorado como anexo, un establo puesto de través, cubierto de mantillo, aquí y allá un pozo coronado por un hierro saliente del que cuelga una herrada, dos o tres charcos que «se escapan» durante las tormentas, arroyuelos cuyos bordes retorcidos indican su curso, así es el pueblo de Werst, edificado a ambos lados de la calle, entre

los oblicuos taludes del desfiladero. Pero todo esto es fresco y atrayente: hay flores en puertas y ventanas, cortinas de verdor que tapizan los muros, hierbas desgredadas que se mezclan con el oro viejo del bálago, álamos, olmos, hayas, abetos, arces, que trepan por encima de las casas «todo lo que pueden trepar». Más allá se escalonan las alturas intermedias de la cadena y, en el último plano, la cima de los montes, azulados por la distancia se confunde con el azul del cielo.

En Werst no se habla alemán ni húngaro, como tampoco en toda esta zona de Transilvania: se habla rumano, incluso las familias gitanas, establecidas, en lugar de acampadas, en los diversos pueblos del condado. Estos extranjeros toman la lengua del país, así como su religión. Los de Werst forman una especie de pequeño clan, bajo la autoridad de un voivoda, con sus cabañas, sus «barakas», de techo puntiagudo, sus legiones de niños, muy diferentes por las costumbres y la existencia regular de los de sus congéneres errantes de Europa. Incluso siguen el rito griego, adaptándose a la religión de los cristianos entre los que se han instalado. En efecto, el jefe religioso de Werst es un pope, que reside en Vulkan y que atiende a los dos pueblos, separados sólo por media milla.

La civilización es como el aire o el agua. Dondequiera que se le abre un paso —aunque sólo sea una grieta—, penetra y modifica las costumbres de un país. Pero, hay que reconocerlo, hasta entonces no se había producido la menor grieta en esta porción meridional de los Cárpatos. Eliseo Reclus ha podido decir que Vulkan «es el último puesto de la civilización en el valle del Zsily valaco», por lo que no es de extrañar que Werst fuera uno de los pueblos más atrasados del condado de Koloszar. ¿Cómo podría ser de otro modo un lugar donde todos nacen, crecen y mueren sin abandonarlo nunca?

Y, sin embargo, se dirá, en Werst hay un maestro de escuela y un juez... Sí, sin duda. Pero el maestro Hermod sólo es capaz de enseñar lo que sabe, es decir, a leer un poco, a escribir un poco, a contar un poco. Su instrucción personal no va más allá. En materia de ciencia, de historia, de geografía, de literatura, sólo conoce los cantos populares y las leyendas de la región. Es un erudito sobre temas fantásticos, y los pocos alumnos del pueblo sacan mucho provecho de sus lecciones.

En cuanto al juez, habrá que explicarse sobre esta calificación que se le daba al primer magistrado de Werst.

El *biró*, maese Koltz, era un hombrecillo de cincuenta y cinco o sesenta años, de origen rumano, de cabellos cortos entrecanos, bigote aún negro, ojos más dulces que vivos. Sólido como un montañés, llevaba un gran fieltro en la cabeza, un ancho cinturón de historiada hebilla sobre el vientre, chaleco largo, pantalón corto y abombachado metido en altas botas de cuero. Más alcalde que juez, aunque sus funciones lo obligaban a intervenir en los múltiples problemas entre vecinos, se ocupaba sobre todo de administrar su pueblo de forma autoritaria, no sin algunas ventajas para su bolsa. En efecto, todas las transacciones, compras o ventas, tenían un recargo en su propio provecho, por no hablar de la tasa de peaje que los extranjeros, turistas o traficantes se apresuraban a meter en su bolsillo.

Esta situación lucrativa le había valido a maese Koltz una posición acomodada. Aunque la mayoría de los campesinos del condado estaban comidos por la usura, que no tardaría en convertir a los prestamistas judíos en los verdaderos propietarios del suelo, el *biró* había sabido escapar a su rapacidad. Su hacienda, libre de hipotecas, de «intabulaciones», como se dice en la comarca, no debía nada a nadie. Poseía diversos pastos, buenas dehesas para sus rebaños, cultivos bastante cuidados, aunque era refractario a emplear nuevos métodos, viñas que halagaban su vanidad cuando se paseaba a lo largo de las cepas cargadas de racimos y cuya cosecha vendía fructuosamente, a excepción, y en proporción bastante notable, de lo que necesitaba para su consumo particular.

Por supuesto, la casa de maese Koltz es la más hermosa casa del pueblo, en la esquina de la terraza atravesada por la larga calle en cuesta. Una casa de piedra, desde luego, con su fachada que daba al jardín, su puerta entre la tercera y la cuarta ventana, festones de verdor que adornan con sus ramitas el canalón, dos grandes hayas cuyo tronco se ramifica por encima del techo. Detrás de la casa, un hermoso huerto con sus verduras alineadas como en un tablero de ajedrez y sus hileras de frutales que sobresalen por el talud del desfiladero. En el interior de la casa hay bonitos cuartos muy limpios, unos de comer y otros de dormir, con sus muebles pintarrajeados, mesas, camas, bancos y taburetes, sus aparadores

donde brillan vasijas y platos, vigas de madera en el techo, de las que cuelgan jarros encintados y telas de vivos colores, sus pesados cofres recubiertos de fundas y colchas, que sirven de baúles y armarios; además, en las blancas paredes, los retratos violentamente coloreados de los patriotas rumanos —entre otros, el popular héroe del siglo xv, el voivoda Vay-da-Hunyad.

Una encantadora morada, que sería demasiado grande para un hombre solo. Pero maese Koltz no estaba solo. Viudo desde hacía unos diez años, tenía una hija, la hermosa Miriota, muy admirada desde Werst hasta Vulkan, e incluso más lejos. Habría podido llamarse con uno de esos extraños nombres paganos, Florica, Daina, Dauritia, que merecen el favor de las familias valacas. ¡No! Se llamaba Miriota, es decir, «ovejita». Pero la ovejita había crecido. Ahora era una graciosa joven de veinte años, rubia de ojos castaños, mirada muy dulce, de rasgos encantadores y agradable presencia. En verdad, había muchas razones para que pareciera seductora, con su blusa bordada en rojo en el cuello, los puños y los hombros; su falda ajustada por un cinturón con cierre de plata, su *catrinza*, un doble delantal de rayas rojas y azules, anudado al talle; sus botitas de cuero amarillo, un ligero pañuelo en la cabeza, con sus largos cabellos cuya trenza estaba adornada por una cinta o un dije de metal.

¡Sí, una guapa joven Miriota Koltz! Y, además —lo cual no viene mal—, rica, para este pueblo perdido en el fondo de los Cárpatos. ¿Buena ama de casa?... Sin duda, ya que dirige con inteligencia la casa de su padre. ¿Instruida?... ¡Caramba!, en la escuela del maestro Hermod ha aprendido a leer, a escribir, a calcular; y calcula, escribe y lee correctamente, pero no ha ido más lejos —y con razón—. En desquite, nadie la supera en todo lo que se refiere a las fábulas y sagas transilvanas. Sabe tanto como su maestro. Conoce la leyenda de Leany-Ko, la Roca de la Virgen, donde una joven princesa un poco fantástica escapa a la persecución de los tártaros; la leyenda de la gruta del Dragón, en el valle de la «Subida del Rey»; la leyenda de la fortaleza de Deva, construida «en tiempos de las Hadas»; la leyenda de la Detunata, la «herida por el rayo», esa célebre montaña basáltica, parecida a un gigantesco violín de piedra, donde el diablo toca durante las noches de tormenta; la leyenda del Retyezatz, con su cima afeitada por una bruja; la leyenda

del desfiladero de Thorta, hendido por un gran golpe de la espada de San Ladislao. Añadiremos que Miriota daba crédito a todas estas ficciones, pero no por ello dejaba de ser una joven amable y encantadora.

Muchos jóvenes de la región la encontraban de su agrado, incluso sin acordarse demasiado de que era la única heredera del *biró*, de maese Koltz, el primer magistrado de Werst. Pero sería inútil cortejarla, pues estaba prometida a Nicolás Deck.

Un espléndido tipo de rumano este Nicolás, o, mejor dicho, Nic Deck: veinticinco años, alto, de constitución vigorosa, cabeza orgullosamente erguida, cabellos negros tocados con el *kolpak* blanco, mirada franca, actitud desenvuelta bajo su chaqueta de piel de cordero bordada en las costuras, bien plantado sobre sus finas piernas, piernas de ciervo, con aire resuelto en sus gestos y su forma de andar. Era guardabosques de profesión, es decir, casi tan militar como civil. Como poseía algunos cultivos en los alrededores de Werst, le gustaba al padre, y como se presentaba como un muchacho amable y de altiva presencia, no desagradaba a la hija, que nadie se atrevía a disputarle, ni siquiera a mirar muy de cerca. Por añadidura, a nadie se le ocurría hacerlo.

La boda de Nic Deck y de Miriota Koltz debía celebrarse — faltaban unos quince días— a mediados del mes siguiente. Con esta ocasión, el pueblo estaría de fiesta. Maese Koltz haría las cosas adecuadamente. No era avaro; aunque le gustaba ganar dinero, no se negaba a gastarlo con este motivo. Después, finalizada la ceremonia, Nic Deck se establecería en la mansión familiar, que sería suya tras la muerte del *biró*, y cuando Miriota lo sintiera cerca de ella quizá dejaría de tener miedo al oír el crujido de una puerta o el rechinar de un mueble durante las largas noches de invierno, miedo de que apareciera algún fantasma escapado de sus leyendas favoritas.

Para completar la lista de los notables de Werst, conviene citar dos más, y no de los menos importantes: el maestro y el médico.

El maestro Hermod era un hombre grueso, con gafas, de cincuenta y cinco años, que siempre llevaba entre los dientes el tubo curvado de su pipa con cazoleta de porcelana, de cabellos escasos y enmarañados, sobre un cráneo plano, de cara lampiña con un tic en la mejilla izquierda. Su gran entretenimiento era tallar las

plumas de sus alumnos, a los que prohibía el uso de plumas de hierro —por principio—. ¡Qué bien afilaba las puntas con su viejo cortaplumas, muy cortante! ¡Con qué precisión, guiñando el ojo, daba el toque final para aguzar la punta! Ante todo, una buena escritura; a eso tendían todos sus esfuerzos, a eso debía orientar a sus alumnos un maestro celoso de su misión. La instrucción venía en segundo lugar, ¡y ya sabemos lo que enseñaba el maestro Hermod, lo que aprendían las generaciones de niños y niñas en los bancos de su escuela!

Y ahora llega el turno del médico Patak.

Pero ¿cómo? ¿Había un médico en Werst y el pueblo aún creía en cosas sobrenaturales?

Sí, pero es necesario aclarar el título que tomaba el médico Patak, de la misma manera que hicimos con el título del juez Koltz.

Patak, un hombrecillo de vientre prominente, gordo y bajo, de cuarenta y cinco años, ejercía de modo ostensible una medicina elemental en Werst y sus alrededores. Con su aplomo imperturbable, su facundia asombrosa, no inspiraba menos confianza que el pastor Frik, lo cual es mucho decir. Vendía consultas y drogas, pero tan inofensivas que no empeoraban las pupas de sus clientes que se hubieran curado por sí solos. Además, se goza de buena salud en el desfiladero de Vulkan; el aire es de primera calidad, las enfermedades epidémicas son desconocidas y si uno se muere es porque hay que morir, incluso en este lugar privilegiado de Transilvania. En cuanto al doctor Patak —sí, se le llamaba «doctor»—, aunque fuera aceptado como tal, no tenía ninguna instrucción, ni de medicina, ni de farmacia, ni de nada. Era, simplemente, un exenfermero de la cuarentena, cuyo papel consistía en vigilar a los viajeros retenidos en la frontera para el certificado de sanidad. Nada más. Esto, al parecer, bastaba para la población de Werst, poco exigente. Hay que agregar —nada sorprendente— que el doctor Patak era un hombre despreocupado, como conviene a quien se ocupa de cuidar a sus semejantes. Y no admitía ninguna de las supersticiones que corren por la región de los Cárpatos, ni siquiera las que concernían al castillo. Se reía de ellas, bromeaba. Y, cuando alguien decía delante de él que nadie se había atrevido a acercarse al castillo desde tiempo inmemorial, repetía a quien quería oírle:

—¡No tendríais que desafiarme para que vaya a visitar vuestra vieja casucha!

Pero, como no lo desafiaban, como incluso se guardaban mucho de desafiarlo, el doctor Patak nunca había ido y, gracias a la credulidad, el castillo de los Cárpatos seguía envuelto en un impenetrable misterio.

IV



La noticia traída por el pastor se difundió en pocos minutos por el pueblo. Maese Koltz, con su valioso anteojó, acababa de regresar a su casa, seguido por Nic Deck y por Mariota. En aquel momento sólo quedaba en la terraza Frik, rodeado por unos veinte hombres, mujeres y niños, a los que se habían agregado algunos gitanos, que se mostraban tan conmovidos como la población de Werst. Rodeaban a Frik, le hacían preguntas, y el pastor contestaba con la soberbia importancia de un hombre que ha visto algo realmente extraordinario.

—Sí —repetía—. El castillo humeaba, aún humea, y seguirá humeando mientras quede piedra sobre piedra.

—Pero ¿quién ha podido encender ese fuego? —preguntó una anciana, con las manos juntas.

—El *Chort* —contestó Frik, dándole al diablo el nombre que tiene la región—. Y ése es un pillo que prefiere mantener el fuego a apagarlo.

Tras esta réplica, cada uno trató de distinguir el humo en la cima de la torre. Al final, la mayoría afirmaron que lo divisaban perfectamente, aunque era perfectamente invisible a esa distancia.

El efecto producido por el singular fenómeno superó todo lo imaginable. Es necesario insistir sobre este punto. El lector ha de ponerse en idéntica disposición de ánimo que las gentes de Werst, y entonces no le extrañarán los hechos que se relatarán

posteriormente. No le pido que crea en lo sobrenatural, pero sí que recuerde que aquella ignorante población creía sin reservas. ¡A la desconfianza inspirada por el castillo de los Cárpatos cuando se le creía desierto, iba a unirse ahora el espanto, pues parecía habitado, y por qué seres, Dios mío!

Había en Werst un lugar de reunión, frecuentado por los bebedores, e incluso por los que, sin beber, querían charlar de sus asuntos una vez transcurrida la jornada —estos últimos en muy pequeño número, claro—. Este local, abierto para todos, era la principal posada —o, mejor dicho, la única— del pueblo.

¿Quién era el propietario de la posada? Un judío llamado Jonás, un buen hombre de unos sesenta años, de atractiva fisonomía, muy semita, con sus ojos negros, su nariz curva, sus labios alargados, su pelo liso y su barbita tradicional. Obsequioso y atento, prestaba de buen grado pequeñas sumas a unos y a otros, sin mostrarse muy exigente en las garantías ni demasiado usurero en los intereses, aunque sí pretendía que le pagaran en las fechas aceptadas por el prestatario. ¡Pluguiera al cielo que todos los judíos establecidos en Transilvania fueran tan complacientes como el posadero de Werst!

Desgraciadamente, este excelente Jonás es una excepción. Sus correligionarios de culto, sus colegas de profesión —pues todos son taberneros, venden bebidas y comestibles— practican el oficio de prestamista con una rudeza inquietante para el futuro del país rumano. Se verá cómo el suelo pasa poco a poco de la raza indígena a la extranjera. Al no serles devueltos sus adelantos, los judíos se convertirán en propietarios de los hermosos cultivos hipotecados, en su beneficio, y si la Tierra Prometida no está ya en Judea, quizá figure un día en los mapas de la geografía transilvana.

La posada del *Rey Matías* —así se llamaba— ocupaba uno de los ángulos de la terraza que atraviesa la calle mayor de Werst, frente a la casa del *biró*. Era un viejo edificio, medio de piedra, medio de madera, muy remendado en algunos sitios, pero ampliamente cubierto de verdor y de tentadora apariencia. Se componía sólo de un piso bajo, con puerta de cristales que daba a la terraza. En su interior, se entraba primero a una gran sala, amueblada con mesas para los vasos y taburetes para los bebedores, con un aparador de roble apolillado donde resplandecían los platos, jarros y botellas, y con un mostrador de madera ennegrecida, tras el cual Jonás

permanecía a disposición de su clientela.

Veamos, ahora, la luz que tenía la sala: dos ventanas en la fachada, que daban a la terraza, y otras dos ventanas enfrente, en la pared del fondo. Una de estas últimas, velada por una espesa cortina de plantas trepadoras o colgantes que la obstruían por fuera, apenas dejaba pasar un poco de claridad. La otra, cuando se abría, permitía que la asombrada mirada se extendiera por todo el valle inferior del Vulkan. A pocos pies del alféizar discurrían las aguas tumultuosas del torrente de Nyad. Por un lado, este torrente descendía por la pendiente del desfiladero, tras haber nacido en las alturas de la meseta de Orgall, coronada por las edificaciones del castillo; por el otro, abundantemente surtido por los arroyos de la montaña, incluso durante el verano, se desplomaba con estruendo hacia el lecho del Zsily valaco, que lo absorbía a su paso.

A la derecha, contiguos a la gran sala, una media docena de cuartitos servían para alojar a los raros viajeros que antes de pasar la frontera deseaban descansar en el *Rey Matías*. Tenían asegurada una buena acogida, a precios moderados, con un tabernero atento y servicial, siempre provisto de buen tabaco, que iba a buscar a los mejores *trafiks* de los alrededores. En cuanto al propio Jonás, su dormitorio estaba en una estrecha buhardilla, cuyo estrambótico tragaluz, agujereando el techo de bálago, daba a la terraza.

En esta posada se celebró una reunión de las mejores cabezas de Werst —la misma tarde de ese 29 de mayo—: Maese Koltz, el maestro Hermod, el guardabosques Nic Deck, una docena de los principales habitantes del pueblo y también el pastor Frik, que no era el menos importante de todos estos personajes. El doctor Patak faltaba en esta reunión de notables. Solicitado a toda prisa por uno de sus viejos clientes, que sólo lo esperaba a él para pasar al otro mundo, se había comprometido a venir en cuanto el difunto ya no necesitara sus cuidados.

Mientras se esperaba al ex enfermero, se conversaba sobre el grave acontecimiento del orden del día, pero no se charlaba sin comer y sin beber. A unos, Jonás les ofrecía esa especie de gachas o de pastel de maíz conocido con el nombre de *mamaliga*, que no es desagradable cuando se remoja con leche recién ordeñada. A otros, les presentaba vasitos de esos licores fuertes que los gznates rumanos trasiegan como si de agua pura se tratara: el alcohol de

schnaps, que sólo cuesta unos céntimos, y, sobre todo, el *rakiu*, un fortísimo aguardiente de ciruelas cuyo consumo es enorme en la región de los Cárpatos.

Hay que mencionar que el tabernero Jonás —era una costumbre de la posada— sólo servía «en mesa», es decir, a las gentes sentadas, pues había observado que los consumidores ante una mesa gastan mucho más que los consumidores de pie.

Ahora bien, esa tarde los negocios prometían marchar muy bien, pues los clientes se disputaban los taburetes. Y Jonás iba de una mesa a otra, con la jarra en la mano, llenando los vasos que se vaciaban sin cuento.

Eran las ocho y media de la tarde. Se peroraba desde la puesta del sol, sin conseguir llegar a un acuerdo sobre lo que convenía hacer. Pero todas aquellas buenas gentes coincidían en una cosa: si el castillo de los Cárpatos estaba habitado por desconocidos, era tan peligroso para el pueblo de Werst como un polvorín a la entrada de una ciudad.

—¡Es muy grave! —dijo entonces maese Koltz.

—¡Gravísimo! —repitió el maestro, entre dos chupadas a su inseparable pipa.

—¡Gravísimo! —repitió la concurrencia.

—Lo que está muy claro —dijo Jonás— es que la mala reputación del castillo ya ha perjudicado bastante a la región...

—Y, ahora, ¡lo que faltaba! —exclamó el maestro Hermod.

—Los extranjeros venían de tarde en tarde —replicó maese Koltz, con un suspiro.

—Y, ahora, ya no vendrán nunca —añadió Jonás, suspirando al unísono con el *biró*.

—¡Y hay muchos habitantes que piensan en irse! —hizo observar uno de los bebedores.

—Yo, el primero —contestó un campesino de los alrededores—. Me marcharé en cuanto haya vendido mis viñas...

—¡Para las que no andaré muy sobrado de compradores, buen hombre! —replicó el tabernero.

Se ve a qué punto había llegado la conversación de estos dignos notables. En medio de los terrores personales que les inspiraba el castillo de los Cárpatos, surgía el sentimiento de sus intereses, tan lamentablemente afectados. No más viajeros, y Jonás sufría en los

ingresos de su posada. No más extranjeros, y maese Koltz lo padecía en la percepción del peaje, cuya cifra disminuía gradualmente. No más compradores para las tierras de la colina de Vulkan, y los propietarios no podían conseguir venderlas, ni siquiera a bajo precio. Esto duraba desde hacía años y la situación, ya penosa, amenazaba con agravarse aún más.

En efecto, si eso ocurría cuando los espíritus del castillo se mantenían tranquilos y no se dejaban ver jamás, ¿qué sería ahora que manifestaban su presencia con actos materiales?

El pastor Frik creyó que su deber era decir, con voz vacilante:

—Quizá habría que...

—¿Qué? —preguntó maese Koltz.

—Ir a ver, mi amo.

Todos se miraron, después bajaron los ojos, y la frase quedó sin respuesta.

Jonás, dirigiéndose a maese Koltz, tomó de nuevo la palabra.

—Su pastor —dijo con voz firme— acaba de indicar lo único que se puede hacer.

—Ir al castillo...

—Sí, amigos míos —respondió el posadero—. Si por la chimenea de la torre sale humo, es que hacen fuego, y si se hace fuego es que alguna mano lo ha encendido.

—Una mano... ¡A menos que sea una garra! —replicó el anciano campesino, sacudiendo la cabeza.

—Mano o garra —dijo el tabernero—, da igual. Hay que saber lo que significa eso. Es la primera vez que sale humo de una de las chimeneas del castillo desde que se fue el barón de Gortz...

—Sin embargo, podría ser que ya haya habido humo sin que nadie lo advirtiera —sugirió maese Koltz.

—¡Eso no lo admitiré jamás! —exclamó con viveza el maestro Hermod.

—Es perfectamente admisible, por el contrario —hizo observar el *biró*—, ya que no teníamos anteojos para comprobar lo que pasaba en la fortaleza.

La observación era exacta. El fenómeno podía haberse producido hacía tiempo y habérsele escapado incluso al pastor Frik, por buenos que fueran sus ojos. Sea como sea, reciente o no el fenómeno, era indudable que el castillo de los Cárpatos estaba

ocupado actualmente por seres humanos. Y ese hecho constituía una vecindad muy inquietante para los habitantes de Vulkan y de Werst.

El maestro Hermod creyó su deber aportar una objeción en apoyo de sus creencias:

—¿Seres humanos, amigos míos?... Permítanme que no lo crea... ¿Por qué unos seres humanos habrían pensado en refugiarse en el castillo? ¿Con qué intención? ¿Cómo llegaron a él?

—¿Y qué es lo que quiere que sean esos intrusos? —exclamó maese Koltz.

—Seres sobrenaturales —contestó el maestro Hermod, con una voz imponente—. ¿Por qué no van a ser espíritus, trasgos, duendes, quizá incluso algunas de esas peligrosas *lamias* que se presentan bajo la forma de hermosas mujeres?...

Durante esta enumeración, todas las miradas se dirigían a la puerta, a las ventanas, a la chimenea de la gran sala del *Rey Matías*. Y, de verdad, todos se preguntaban si no iban a ver aparecer a uno u otro de estos fantasmas, evocados por el maestro de escuela.

—Sin embargo, mis buenos amigos —se atrevió a decir Jonás—, si esos seres son genios, no me explico por qué han encendido fuego, pues no tienen que cocinar...

—¿Y sus brujerías? —contestó el pastor—. ¿Se olvida usted de que para las brujerías se necesita fuego?

—¡Evidentemente! —añadió el maestro con un tono que no admitía réplica.

Esta sentencia fue aceptada sin discusión y, en opinión de todos, no cabía la menor duda de que se trataba de seres sobrenaturales, y no seres humanos, que habían elegido el castillo de los Cárpatos como escenario de sus intrigas.

Hasta ese momento, Nic Deck no había tomado parte en la conversación. El guardabosques se contentaba con escuchar atentamente lo que decían unos y otros. La vieja fortaleza, con sus muros misteriosos, su antiguo origen, su apariencia feudal, siempre le había inspirado tanta curiosidad como respeto. E incluso más de una vez había manifestado deseos de cruzar sus murallas, ya que era muy valiente, aunque tan crédulo como cualquier otro habitante de Werst.

Puede imaginarse que Miriota lo había disuadido con

obstinación de semejante proyecto. ¡Que tuviera esas ideas cuando era libre de obrar a su gusto, bien! Pero un novio ya no se pertenece a sí mismo, y arriesgarse a tales aventuras sería cosa de loco, o de indiferente. Y, sin embargo, pese a sus plegarias, la joven seguía temiendo que el guardabosques pusiera en práctica su proyecto. Lo que la tranquilizaba un poco era que Nic Deck no había declarado solemnemente que iría al castillo, pues en tal caso nadie habría podido retenerlo, ni siquiera ella. Se trataba de un muchacho tenaz y decidido —ella lo sabía—, que nunca se volvía atrás de una palabra dada. Lo dicho, hecho. Y Miriota estaría en ascuas si pudiera sospechar las reflexiones que el joven se hacía en ese momento.

Sin embargo, Nic Deck guardaba silencio, y la proposición del pastor no fue recogida por nadie. ¿Quién se atrevería a visitar ahora el castillo de los Cárpatos, a no ser que hubiera perdido la cabeza?... Todos encontraban las mejores razones para no hacerlo... El *biró* ya no estaba en edad de aventurarse por caminos tan malos... El maestro tenía que guardar su escuela... Jonás, que vigilar su posada... Frik, que apacentar sus corderos, y los otros aldeanos debían ocuparse de su ganado y sus cosechas.

¡No! Nadie consentiría en hacerlo, repitiéndose para sus adentros: «El que tenga la audacia de ir al castillo, quizá no regrese nunca».

En ese instante, se abrió bruscamente la puerta de la posada, entre el espanto de la concurrencia.

Era sólo el doctor Patak, y hubiera sido muy difícil tomarlo por una de esas encantadoras lamias de las que había hablado el maestro Hermod.

Su cliente había muerto —lo que honraba su perspicacia médica, ya que no su talento— y el doctor Patak acudía a la reunión del *Rey Matías*.

—¡Por fin llegó! —exclamó maese Koltz.

El doctor Patak se apresuró a distribuir apretones de mano a todos, como si distribuyera drogas, y exclamó, con un tono bastante irónico:

—¿Qué, amigos? ¿Siguen ocupándose de la fortaleza..., de la fortaleza del *Chort*?... ¡Oh! ¡Qué miedosos!... Si el viejo castillo quiere humear, déjenle que humee... ¿Es que nuestro sabio Hermod

no echa humo durante el día?... Realmente, toda la región está helada de espanto... ¡Sólo oí hablar de eso durante mis visitas!... ¿Los aparecidos han hecho fuego allá?... ¿Por qué no? A lo mejor tienen un catarro cerebral... Parece que en el mes de mayo hiela aún en las estancias de la torre... ¡A menos que se entretengan en cocer pan para el otro mundo!... Bueno, habrá que alimentarse también allá arriba, si es cierto que se resucita... Quizá sean los panaderos del cielo, que han venido a hacer una hornada...

Y, para acabar, soltó con increíble jactancia una serie de bromas, que no fueron recibidas con mucho agrado por las gentes de Werst.

Lo dejaron hablar, y por fin el *biró* le preguntó:

—¿De modo, doctor, que usted no concede ninguna importancia a lo que ocurre en la fortaleza?

—Ninguna, maese Koltz.

—¿No ha dicho usted que estaría dispuesto a ir allá... si lo desafiaban a hacerlo?

—¿Yo? —contestó el ex enfermero, dejando traslucir cierto fastidio al ver que le recordaban sus palabras.

—Veamos... ¿No lo ha dicho y repetido? —continuó el magistrado, insistiendo.

—Lo he dicho..., sin duda... Y, realmente..., si se trata sólo de repetirlo...

—Se trata de hacerlo —dijo Hermod.

—¿De hacerlo?

—Sí... Y, en lugar de desafiarlo..., nos contentamos con rogárselo —añadió maese Koltz.

—Ustedes comprenderán..., amigos míos..., ciertamente..., que semejante proposición...

—Pues, bien, ya que usted vacila —exclamó el tabernero—, no se lo rogamos... ¡Le desafiamos!

—¿Me desafían a ir?

—¡Sí, doctor!

—Jonás, va usted demasiado lejos —dijo el *biró*—. No es preciso desafiar a Patak... Sabemos que es hombre de palabra... Y lo que ha dicho, lo hará, lo hará... aunque sólo fuera por hacer un favor al pueblo y a toda la región.

—¿Cómo? ¿Es en serio?... ¿Quieren que vaya al castillo de los Cárpatos? —contestó el doctor, cuya faz rubicunda se había puesto

muy pálida.

—Tendrá que hacerlo —respondió categóricamente maese Koltz.

—Por favor..., amigos míos... Por favor... Seamos razonables...

—Ya está razonado todo —contestó Jonás.

—Seamos justos... ¿De qué me serviría ir allá?... ¿Y qué iba a encontrar?... Algunas buenas gentes que se han refugiado en el castillo... y que no molestan a nadie...

—Muy bien —replicó el maestro Hermod—. Si son buenas gentes, usted no tiene nada que temer y será una excelente ocasión para ofrecerles sus servicios.

—Si los necesitaran —contestó el doctor Patak—, si me mandaran llamar, no vacilaría..., pueden creerme..., en ir al castillo. Pero no me desplazo sin ser invitado ni hago visitas gratis.

—Se le pagará la molestia —dijo maese Koltz—, a tanto la hora.

—¿Y quién me pagará...?

—Yo... Nosotros... ¡Al precio que quiera! —contestaron la mayoría de los clientes de Jonás.

Visiblemente, a despecho de sus constantes fanfarronadas, el doctor era tan miedoso, por lo menos, como sus paisanos de Werst. Y así, tras haberse presentado como un descreído, tras haberse burlado de las leyendas de la región, se encontraba en un apuro si negaba el favor que se le pedía. Sin embargo, no podía convenirle de ninguna manera ir al castillo de los Cárpatos, aunque le remuneraran su desplazamiento. Trató, pues, de aducir que esa visita no tendría el menor resultado, que el pueblo se cubriría de ridículo al delegarlo para explorar la fortaleza... Sus argumentos cayeron en el vacío.

—Veamos, doctor. Me parece que usted no arriesga nada —continuó el maestro Hermod—, ya que no cree en los espíritus...

—No..., no creo...

—Ahora bien, si no son espíritus que regresan al castillo, son seres humanos que se han instalado allí, y usted entablará conocimiento con ellos.

El razonamiento del maestro no carecía de lógica; era difícil replicar a él.

—De acuerdo, Hermod —contestó el doctor Patak—, pero pueden retenerme en la fortaleza...

—Entonces, eso significa que lo recibirán bien —replicó Jonás.

—Sin duda. Sin embargo, si se prolongara mi ausencia y alguien me necesitara en el pueblo...

—Estamos todos de maravilla —contestó maese Koltz—. No hay un solo enfermo en Werst desde que su último cliente cogió billete para el otro mundo.

—Hable francamente... ¿Está usted decidido a partir? —preguntó el posadero.

—¡A fe mía que no! —replicó el doctor—. ¡Oh! No se trata de miedo... Saben perfectamente que no doy crédito a todas esas brujerías... La verdad es que eso me parece absurdo y, se lo repito, ridículo... Porque ha salido humo de la chimenea del castillo... Un humo que quizá no sea humo... Decididamente... ¡No! No iré al castillo de los Cárpatos...

—¡Iré yo!

Era el guardabosques Nic Deck, que acababa de meterse en la conversación lanzando esas dos palabras.

—¿Tú?... ¿Nic? —exclamó maese Koltz.

—Yo..., pero a condición de que Patak me acompañe.

Esto lo dijo dirigiéndose al doctor, que saltó de inmediato, para librarse del apuro.

—¡Que te crees tú eso, guardabosques! —replicó.

—¿Acompañarte yo?...

—Ciertamente, sería un agradable paseo... los dos... si tuviera alguna utilidad... y si pudiéramos arriesgarnos... Vamos, Nic, sabes perfectamente que ni siquiera hay un camino para ir al castillo... No podríamos llegar allá...

—He dicho que iría al castillo —contestó Nic Deck— y, como lo he dicho, iré.

—Pero ¡yo!... ¡Yo no lo he dicho! —exclamó el doctor, debatiéndose como si alguien lo agarrara por el cuello.

—Sí... Usted lo ha dicho —replicó Jonás.

—¡Sí!... ¡Sí!... —repitió, como un solo hombre, la concurrencia.

El ex enfermero, presionado por unos y otros, no sabía cómo escapar. ¡Ah! ¡Cómo lamentaba haberse comprometido tan imprudentemente con sus fanfarronadas! Nunca se hubiera imaginado que las tomarían en serio ni que lo obligarían a cumplirlas en persona... Ahora ya no podía rehusarse, sin convertirse en el hazmerreír de Werst, y toda la región del Vulkan

lo ridiculizaría despiadadamente. Se decidió, pues, a poner al mal tiempo buena cara.

—Bueno..., ya que así lo desean —dijo—, acompañaré a Nic... ¡Aunque será inútil!

—Muy bien, doctor Patak... ¡Muy bien! —exclamaron todos los bebedores del *Rey Matías*.

—¿Cuándo partiremos, guardabosques? —preguntó el doctor Patak, afectando una indiferencia que sólo conseguía disfrazar su miedo.

—Mañana por la mañana —contestó Nic Deck.

Estas últimas palabras fueron seguidas por un largo silencio. Ello indicaba cuán real era la emoción de maese Koltz y de los otros. Los vasos estaban vacíos; las jarras, también, pero nadie se levantaba; nadie pensaba en salir de la gran sala, aunque era tarde, ni en regresar a sus casas. Y Jonás pensó que era una buena oportunidad para servir una segunda ronda de *schnaps* y de *rakiu*...

De repente, se dejó oír con toda claridad, en medio del silencio general, una voz. He aquí las palabras que pronunció lentamente:

¡Nicolás Deck, no vayas mañana al castillo!... No vayas... ¡o te ocurrirá una desgracia!

¿Quién se había expresado así?... ¿De dónde venía esa voz que nadie conocía y que parecía salida de una boca invisible?... Sólo podía ser la voz de un aparecido, una voz sobrenatural, una voz de ultratumba...

El espanto llegó al colmo. Nadie se atrevía a mirarse, nadie osaba pronunciar una palabra...

El más valiente —evidentemente, Nic Deck— quiso entonces saber a qué atenerse. Es verdad que estas palabras habían sido articuladas en la misma sala. Y, ante todo, el guardabosques tuvo el valor de acercarse al aparador y abrirlo...

Nadie.

Registró las habitaciones del piso bajo que daban a la sala...

Nadie.

Abrió la puerta de la posada, salió a la calle, recorrió la terraza hasta la calle mayor de Werst...

Nadie.

Unos instantes después, maese Koltz, el maestro Hermod, el doctor Patak, Nic Deck, el pastor Frik y los demás salían de la

posada, dejando solo al tabernero Jonás, que se apresuró a cerrar su puerta con doble vuelta de llave.

Aquella noche, los habitantes de Werst se atrincheraron sólidamente en sus casas, como si los amenazara una aparición fantástica...

El terror reinaba en el pueblo.

V

Al día siguiente, Nic Deck y el doctor Patak se prepararon

para salir hacia las nueve de la mañana. La intención del guardabosques era subir el desfiladero de Vulkan para dirigirse hacia el sospechoso castillo por el camino más corto.

Después del fenómeno del humo de la torre, después del fenómeno de la voz que se oyó en la sala del *Rey Matías*, no es nada extraño que toda la población estuviera aterrada. Algunos gitanos hablaban ya de abandonar la región. En las familias sólo se hablaba de eso, y en voz baja, incluso. A nadie se le ocurría dudar de la intervención del diablo, del *Chort*, en aquella frase tan amenazadora para el joven guardabosques. En la posada de Jonás había quince personas dignas de crédito que habían oído las extrañas palabras. Pretender que sus sentidos los habían engañado era insostenible. No cabía la menor duda al respecto: Nic Deck había recibido el aviso de que le ocurriría una desgracia si se empeñaba en explorar el castillo de los Cárpatos.

Y, sin embargo, el joven guardabosques se disponía a salir de Werst sin que nadie le obligara a ello. En efecto, por beneficioso que fuera para maese Koltz aclarar el misterio del castillo, por mucho interés que tuviera el pueblo en saber lo que pasaba allí, se habían hecho gestiones para obtener que Nic Deck se volviera atrás de sus palabras. Miriota le había suplicado que no se obstinase en la aventura. Antes de la advertencia de la voz, ya era muy grave.

Después de dicha advertencia, era insensato. Y Nic Deck, en vísperas de la boda, quería arriesgar su vida en semejante intento... Su prometida, que se arrastraba a sus pies, no conseguía retenerlo.

Ni los reproches de sus amigos ni el llanto de Mariota pudieron influir sobre el guardabosques. Por otra parte, eso no sorprendió a nadie. Era bien conocido su carácter indomable, su tenacidad, incluso su cabezonería. Había dicho que iría al castillo de los Cárpatos y nada podría impedirselo, ni siquiera la amenaza que se le había dirigido directamente. ¡Sí! Iría al castillo aunque no volviera nunca.

Cuando llegó la hora de la partida, Nic Deck estrechó por última vez a Miriota sobre su corazón, mientras la pobre niña se santiguaba con el pulgar, el índice y el corazón, según la costumbre rumana, que es un homenaje a la Santísima Trinidad.

¿Y el doctor Patak?... Bueno, el doctor Patak, forzado a acompañar al guardabosques, había tratado de eludirlo, pero sin éxito. ¡Dijo todo lo que se podía decir!... ¡Puso todas las objeciones imaginables!... Se escudaba tras la orden expresa de no ir al castillo que había oído con toda claridad...

—Esa amenaza sólo se refiere a mí —se había limitado a contestar Nic Deck.

—Y si te ocurriera una desgracia, guardabosques —había contestado el doctor Patak—, ¿es que yo iba a salir bien librado?

—Bien o mal librado, usted prometió ir conmigo al castillo, ¡y desde luego que vendrá, ya que yo voy!

Comprendiendo que nada le impediría cumplir su promesa, las gentes de Werst dieron la razón al guardabosques sobre este punto. Más valía que Nic Deck no se arriesgara solo en esta aventura. Y así, el despechado doctor se resignó, con el ánimo lleno de espanto, pues comprendía que ya no podía retroceder, que eso hubiera significado comprometer su posición en el pueblo, que lo avergonzarían después de sus habituales fanfarronadas. La verdad es que estaba decidido a aprovechar el menor obstáculo que se les presentara en su camino para obligar a su compañero a volver sobre sus pasos.

Nic Deck y el doctor Patak partieron, pues, y maese Koltz, el maestro Hermod, Frik y Jonás los acompañaron hasta el recodo de la carretera, donde se detuvieron.

Desde dicho lugar, maese Koltz apuntó por última vez su anteojo —no lo dejaba un instante— en dirección al castillo. De la chimenea de la torre no salía ni un hilo de humo, y hubiera sido muy fácil distinguirlo contra el horizonte purísimo, en aquella hermosa mañana primaveral. ¿Había que deducir que los huéspedes, naturales o sobrenaturales, del castillo se habían retirado al ver que el guardabosques no hacía caso de sus amenazas? Algunos lo pensaron así, y ésta era una razón decisiva para proseguir el asunto hasta el final.

Se estrecharon las manos y Nic Deck, arrastrando al doctor, desapareció tras un recodo del desfiladero.

El joven guardabosques llevaba su uniforme de ronda: gorro galoneado con ancha visera, chaqueta ajustada a la cintura con el cuchillo envainado colgando del cinturón, pantalones abultados, botas claveteadas, cartuchera, un largo fusil a la espalda. Tenía una reputación, muy justificada, de ser un hábil tirador, y como, a falta de aparecidos, podían encontrarse con merodeadores de la frontera, o, a falta de merodeadores, con algún oso mal intencionado, era simple prudencia estar en condiciones de defenderse.

El doctor, por su parte, se había armado con una vieja pistola de chispa, que fallaba tres disparos de cada cinco. También llevaba una pequeña hacha que le había entregado su compañero para el caso probable de que tuvieran que abrirse paso a través de los tupidos bosques del Plesa. Tocado con el ancho sombrero de los campesinos, bien abotonado bajo su gruesa capa de viaje, iba calzado con botas de grandes clavos, aunque todo ese pesado equipo no le impediría escapar si se presentaba la ocasión.

Nic Deck y él se habían provisto también de algunas provisiones contenidas en sus alforjas, con el fin de poder prolongar la exploración si era necesario.

Tras haber doblado el recodo de la carretera, Nic Deck y el doctor Patak marcharon varios cientos de pasos a lo largo del Nyad, remontando su orilla derecha. El camino que corre a través de los barrancos del macizo los hubiera alejado demasiado hacia el oeste. Habría sido mucho más ventajoso continuar costearo el lecho del torrente, lo cual reduciría la distancia en un tercio, pues el Nyad tiene su fuente entre los repliegues de la meseta de Orgall. Pero el cauce, embarrancado y obstruido por enormes rocas, aunque era

practicable al principio, después no permitía el paso de los transeúntes. De manera que era preciso cortar oblicuamente hacia la izquierda, para volver hacia el castillo cuando hubieran atravesado la zona inferior de los bosques del Plesa.

Por otra parte, sólo por ese sitio podía llegarse a la fortaleza. En la época en que habitaba en ella el conde Rodolfo de Gortz, la comunicación entre el pueblo de Werst, el desfiladero de Vulkan y el valle del Zsily valaco se hacía por un estrecho camino construido en esa dirección. Pero, invadido hacia veinte años por la vegetación, obstruido por una inextricable maraña de malezas, en vano se buscaría la huella de una senda o de una vereda.

En el momento de abandonar el lecho, profundamente encajonado, del Nyad, lleno de un agua retumbante, Nic Deck se detuvo para orientarse. Ya no se veía el castillo. Sólo volvería a verse una vez atravesado el telón de los bosques que se desplegaban por los declives de la montaña, disposición común a todo el sistema orográfico de los Cárpatos. Era difícil, pues, orientarse, a falta de indicaciones. Sólo podía uno guiarse por la posición del sol, cuyos rayos rozaban entonces las lejanas crestas del sudeste.

—¡Ya ves, guardabosques —dijo el doctor—, ya ves! Ni siquiera hay un camino... O, mejor dicho, ya no queda ni rastro...

—Lo habrá —contestó Nic Deck.

—Es muy fácil decirlo, Nic.

—Y fácil de hacer, Patak.

—¿De modo que sigues decidido...?

El guardabosques se contentó con responder con un signo afirmativo y se encaminó entre los árboles.

En ese momento, el doctor experimentó una enorme necesidad de retroceder; pero su compañero, que acababa de volverse, le lanzó una mirada tan decidida que el cobardón no consideró adecuado quedarse rezagado.

El doctor Patak alimentaba una última esperanza: y es que Nic Deck no tardaría en extraviarse en medio del laberinto de aquel bosque, por donde nunca había venido durante su servicio. Pero no contaba con el maravilloso olfato, con el instinto profesional, con esa actitud «animal», por así llamarla, que permite orientarse por los menores indicios, la proyección de las ramas en tal o cual dirección, la desnivelación del suelo, el tono de las cortezas, los

variados matices de los musgos según estén expuestos al viento del sur o al del norte. Nic Deck era demasiado hábil en su oficio, lo ejercía con una sagacidad muy superior a la normal y no podía perderse, ni siquiera en lugares que desconocía. Hubiera sido un digno rival de un Ojo de Halcón o de un Chingachgook en el país de Fenimore Cooper.

Y, sin embargo, la travesía de esta zona de árboles iba a ofrecer verdaderas dificultades. Olmos, hayas, algunos de esos arces que se llaman «falsos plátanos», soberbios robles ocupaban los primeros planos, hasta llegar a la zona de los abedules, los pinos y los abetos, que se amontonaban en las cimas superiores, a la izquierda de la colina. Eran árboles magníficos, con troncos poderosos, ramas cargadas de savia nueva, espeso follaje, que se entretejían unos con otros para formar una cima de verdor que los rayos del sol no conseguían atravesar.

Sin embargo, hubiera sido relativamente fácil pasar encorvándose bajo las ramas. Pero ¡cuántos obstáculos en el suelo, y cuánto trabajo haría falta para desbrozarlo, para limpiarlo de ortigas y zarzas, para protegerse de las miles de espinas que el menor roce les arranca!

Nic Deck no se preocupaba por eso y, además, con tal de ganar tiempo atravesando el bosque, no le inquietaban algunos arañazos. Es cierto que la marcha tenía que ser lenta en esas condiciones, lo cual agravaba las cosas, pues Nic Deck y el doctor Patak tenían interés en llegar al castillo por la tarde. Habría aún bastante luz para que pudieran visitarlo, lo cual les permitiría regresar a Werst antes de caer la noche.

Así, con el hacha en la mano, el guardabosques trabajaba abriéndose camino en medio de aquellos profundos espinares, erizados de bayonetas vegetales, donde el pie encontraba un terreno desigual, escabroso, atestado de raíces o de tocones, con los que tropezaba, cuando no se hundía en una húmeda capa de hojas muertas que el viento nunca había barrido. Miríadas de vainas estallaban como fulminantes, con gran espanto del doctor, que se sobresaltaba ante los petardeos, mirando a izquierda y derecha, volviéndose asustado cuando algún sarmiento se enganchaba en su chaqueta, como una garra que hubiera querido retenerlo. ¡No! El pobre hombre no estaba nada tranquilo. Pero, ahora, ya no se

atreví a regresar solo y se esforzaba por no distanciarse de su intratable compañero.

A veces, en el bosque, se producían caprichosos claros. Penetraba un torrente de luz. Parejas de cigüeñas negras, al ver turbada su soledad, escapaban de las ramas altas y huían moviendo mucho las alas. La travesía de estos claros hacía que la marcha fuera aún más fatigosa. En efecto, allí se habían amontonado, como en un enorme juego de palillos, los árboles derribados por el huracán o que se habían caído de viejos, como si el hacha del leñador les hubiera asestado un golpe mortal. Allí yacían enormes troncos, corroídos por la podredumbre, que nunca un utensilio transformaría en tarugos, que ninguna carreta llevaría jamás hasta el lecho del Zsily valaco. Ante esos obstáculos, difíciles de franquear, a veces imposibles de rodear, Nic Deck y su compañero tenían mucho que hacer. Si el joven guardabosques, ágil, ligero, vigoroso, conseguía superarlos, el doctor Patak, con sus piernas cortas, su vientre prominente, agotado, sin aire en los pulmones, no podía evitar las caídas, que obligaban a Nic a acudir en su ayuda.

—¡Ya verás, Nic, cómo acabaré rompiéndome algo! —repetía.

—Usted podrá arreglarlo.

—Vamos, guardabosques, sé razonable... ¡No hay que empeñarse en lo imposible!

¡Bah! Nic ya proseguía su marcha, y el doctor, al no conseguir nada, se apresuraba a alcanzarlo.

La dirección seguida hasta entonces ¿era la adecuada para llegar frente a la fortaleza? Era muy difícil saberlo. Sin embargo, como el sol no dejaba de subir, se podía alcanzar el límite del bosque, al que llegaron a las tres de la tarde.

Más allá, hasta la meseta de Orgall, se extendía el telón de los árboles verdes, que raleaban a medida que la vertiente del macizo ganaba en altura.

En aquel lugar, el Nyad reaparecía en medio de las rocas, ya sea porque se había torcido hacia el noroeste, ya porque Nic se hubiera desviado hacia él. Esto dio al joven guardabosques la certeza de que iban por buen camino, pues el arroyo parecía surgir de las entrañas de la meseta de Orgall.

Nic Deck no pudo negarle al doctor una hora de descanso al borde del torrente. Por otra parte, el estómago reclamaba su parte

tan imperiosamente como las piernas. Las alforjas iban bien provistas, el *rakiu* llenaba el gaznate del doctor y el de Nic Deck. Además, un agua límpida y fresca, filtrada por los guijarros del fondo, corría a pocos pasos. ¿Qué más se podía desear? Se habían derrochado esfuerzos y había que reparar las fuerzas.

Desde la partida, el doctor no había tenido tiempo de charlar con Nic Deck, que siempre le precedía. Pero se resarcía cuando ambos estuvieron sentados en el ribazo del Nyad. Si uno era poco locuaz, el otro era muy charlatán. Sabiéndolo, no es de extrañar que las preguntas fueran muy prolijas y las respuestas, brevísimas.

—Hablemos un poco, guardabosques, y hablemos en serio —dijo el doctor.

—Le escucho —respondió Nic Deck.

—Pienso que si hemos parado en este lugar es para recuperar fuerzas.

—Nada más exacto.

—Antes de regresar a Werst...

—No..., antes de ir al castillo.

—Vamos, Nic, hace ya seis horas que estamos andando y aún no hemos recorrido la mitad del camino...

—Lo que prueba que no hay tiempo que perder.

—Pero será de noche cuando lleguemos al castillo; y me imagino, guardabosques, que no estarás tan loco como para arriesgarte sin ver nada, habrá que esperar que haya luz...

—Esperaremos.

—¿De modo que no quieres renunciar a ese proyecto, que no tiene pies ni cabeza?

—No.

—¿Cómo? Estamos extenuados, necesitamos una buena mesa en una buena sala, y una buena cama en una buena habitación, ¿y piensas en pasar la noche al aire libre?

—Sí, siempre que algún obstáculo nos impida franquear el muro del castillo.

—¿Y si no hay tal obstáculo?

—Iremos a dormir en las estancias de la torre.

—¡Las estancias de la torre! —exclamó el doctor Patak—. ¿Crees, guardabosques, que accederé a quedarme toda una noche dentro de esa maldita fortaleza?

—Sin duda, a menos que prefiera quedarse solo fuera.

—¡Solo, guardabosques!... Eso no es lo conveniente... Y si debemos separarnos, prefiero que sea en este lugar, para regresar al pueblo...

—Lo conveniente, doctor Patak, es que usted me seguiría hasta donde yo fuera...

—¡De día, sí!... ¡Pero no de noche!

—Bueno, puede marcharse... Y trate de no perderse en la maleza.

Perderse, eso era lo que inquietaba al doctor. Abandonado a sí mismo, sin tener el hábito de caminar por las interminables revueltas de los bosques del Plesa, se sentía incapaz de regresar a Werst. Además, no acababa de agradecerle la perspectiva de estar solo cuando cayera la noche —una noche muy negra, quizá—, de bajar por las pendientes del monte con el riesgo de caer al fondo de un barranco. Con tal de no escalar la muralla, cuando el sol se hubiera puesto, si el guardabosques se empeñaba en hacerlo, más valía seguirlo hasta el pie del recinto. Pero el doctor quiso intentar un último esfuerzo para detener a su compañero.

—Sabes perfectamente, mi querido Nic, que no permitiría nunca que te separases de mí... Puesto que insistes en ir al castillo, no te dejaré que vayas solo.

—Muy bien dicho, doctor Patak, y creo que debería limitarse a eso.

—No, otra cosa, Nic. Prométeme que, si es de noche cuando lleguemos, no tratarás de entrar en el castillo.

—Lo que le prometo, doctor, es hacer lo imposible para entrar, es no retroceder un paso hasta no haber descubierto lo que ocurre.

—¡Lo que ocurre, guardabosques! —exclamó el doctor Patak, encogiéndose de hombros—. ¿Qué quieres que ocurra?

—No lo sé, y como estoy decidido a saberlo, lo sabré.

—¡Pero aún tenemos que llegar a ese castillo del diablo! —replicó el doctor, al que ya no le quedaban más argumentos—. Ahora bien, a juzgar por las dificultades que se nos han presentado hasta aquí, y por el tiempo que nos ha costado la travesía del Plesa, el día acabará antes de que lleguemos a verlo...

—No lo creo —respondió Nic Deck—. En las alturas del macizo, los abetos están menos enmarañados que la espesura de los olmos,

los arces y las hayas.

—¡Pero será difícil avanzar por el terreno!

—Qué importa eso, no será impracticable.

—¡Pero me han dicho que encontraríamos osos en las proximidades de la meseta de Orgall!

—Tengo mi fusil, y usted su pistola para defenderse, doctor.

—Pero ¡si cae la noche, podríamos perdernos en la oscuridad!

—No, porque tenemos ahora un guía que, según espero, no nos abandonará.

—¿Un guía? —exclamó el doctor.

Y se levantó bruscamente, lanzando una mirada inquieta a su alrededor.

—Sí —contestó Nic—, y ese guía es el torrente Nyad. Bastará con subir su orilla derecha para llegar a la propia cresta de la meseta, donde tiene su fuente. Creo, pues, que antes de dos horas estaremos ante la puerta del castillo, si reanudamos en seguida la marcha.

—¡En dos horas! ¡Con tal de que no sea en seis!

—Vamos, ¿está preparado?

—¡Ya, Nic, ya!... Pero si nuestra parada sólo ha durado unos minutos...

—Unos minutos que forman más de media hora. Por última vez, ¿está preparado?

—¡Preparado!... Las piernas me pesan como si fueran de plomo... ¡Sabes perfectamente que no tengo tus pantorrillas de guardabosques, Nic!... Mis pies están hinchados, y es cruel obligarme a seguirte...

—¡Acabará enfadándome, Patak! Le dejo en libertad de irse... ¡Buen viaje!

Y Nic Deck se levantó.

—¡Por el amor de Dios, guardabosques! —exclamó el doctor Patak—. ¡Escucha un momento!

—¡Escuchar sus tonterías!

—Vamos, ya que es tan tarde, ¿por qué no quedarnos en este sitio? ¿Por qué no acampar al amparo de estos árboles?... Mañana, de madrugada, nos marcharíamos, y tendríamos toda la mañana para llegar a la meseta...

—Doctor, le repito que tengo la intención de pasar la noche en

el castillo —contestó Nic Deck.

—¡No! —exclamó el doctor—. ¡No!... ¡No lo harás, Nic!... ¡Te lo impediré!

—¿Usted?

—Me aferraré a ti... Te arrastraré... Te pegaré, si es preciso...

El infortunado Patak ya no sabía lo que decía.

En cuanto a Nic Deck, ni siquiera le contestó, y tras ponerse el fusil en bandolera, dio unos pasos hacia la orilla del Nyad.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó lastimeramente el doctor—. ¡Qué diablo de hombre!... ¡Un minuto!... Tengo las piernas rígidas..., mis articulaciones no funcionan.

Pero no tardaron en funcionar, pues el ex enfermero tuvo que trotar con sus piernecitas para reunirse con el guardabosques, que ni siquiera se volvía.

Eran las cuatro. Los rayos del sol rozaban la cresta del Plesa, que no tardaría en ocultarlos, e iluminaban con haces oblicuos las altas ramas del bosque de abetos. Nic Deck tenía mucha razón al apresurarse, pues el bosque queda en sombras tan pronto como el sol declina.

¡Curioso y extraño aspecto el de estos bosques donde se agrupan las rústicas esencias alpinas! En lugar de árboles retorcidos, alabeados, arrugados, se yerguen troncos rectos, distanciados, desnudos hasta cincuenta o sesenta pies por encima de sus raíces, troncos sin nudosidades, que despliegan, como un techo, su persistente verdor. En su base no hay maleza ni hierbas trepadoras. Largas raíces se arrastran por el suelo, parecidas a serpientes ateridas por el frío. La tierra está alfombrada con un musgo amarillento y corto, lleno de ramitas secas y sembrado de piñas que crujen bajos los pies. Hay un talud muy pendiente, surcado por rocas cristalinas, cuyas vivas aristas atraviesan el cuero más grueso. Durante un cuarto de milla, el paso entre los abetos fue muy duro. Para escalar los bloques de piedra hacía falta una agilidad de piernas, un vigor de pantorrillas, una seguridad en los miembros que el doctor Patak no poseía. Nic Deck no hubiera empleado más de una hora de haber estado solo, pero le costó tres con el impedimento de su compañero, deteniéndose a esperarlo ayudándole a subir a alguna roca demasiado alta para sus piernecitas. El doctor sólo tenía un temor, temor espantoso:

encontrarse solo en medio de aquellas sombrías soledades.

Sin embargo, aunque la pendiente era más penosa, los árboles empezaban a ralear en la cima del Plesa. Sólo formaban ya bosquetes aislados, de exiguas dimensiones. Entre esos bosquetes, se distinguía la línea de las montañas, que se dibujaban en lontananza y cuya silueta aún emergía de los vapores de la tarde.

El torrente del Nyad, que el guardabosques costeara hasta entonces, reducido a un arroyo, debía nacer a poca distancia. A unos cientos de pies por encima de los últimos repliegues del terreno, se redondeaba la meseta de Orgall, coronada por las construcciones del castillo.

Nic Deck llegó por fin a la meseta, tras un último esfuerzo que redujo al doctor al estado de una masa inerte. El pobre hombre no tenía fuerzas para arrastrarse veinte pasos más, y cayó como el buey que se derriba bajo la maza del carnicero.

Nic Deck apenas acusaba la fatiga de la ruda ascensión. En pie, inmóvil, devoraba con la vista el castillo de los Cárpatos, al que jamás se había acercado.

Ante sus ojos aparecía un recinto almenado, defendido por un profundo foso y cuyo único puente levadizo estaba alzado contra una poterna, enmarcada por un cordón de piedras.

Alrededor del recinto, en la superficie de la mesetas de Orgall, todo era silencio y abandono.

Un resto de luz permitía abarcar el conjunto del castillo, que se difuminaba confusamente en medio de las sombras de la noche. Nadie aparecía en el parapeto de la muralla, nadie en la plataforma superior de la torre, ni en la terraza circular del primer piso. Ni un hilo de humo se enrollaba en torno a la extravagante veleta, comida por una herrumbre secular.

—Bueno, guardabosques —preguntó el doctor Patak—, ¿convendrás en que es imposible franquear ese foso, bajar ese puente levadizo, abrir esa poterna?

Nic Deck no contestó. Se daba cuenta de que sería preciso hacer un alto ante los muros del castillo. Con esa oscuridad, ¿cómo podría bajar al fondo del foso y subir a lo largo de la escarpa para penetrar en el recinto? Evidentemente, la prudencia aconsejaba esperar a la madrugada, para actuar a plena luz.

Eso fue lo que se decidió, con gran pesar del guardabosques,

pero con enorme satisfacción del doctor.

VI

Una delicada media luna, fina como una hoz de plata, había

casi desaparecido tras la puesta del sol. Unas nubes, llegadas del oeste, apagaron después los últimos resplandores del crepúsculo. La sombra invadió poco a poco el lugar, subiendo desde las zonas más bajas. El circo de montañas se llenó de tinieblas y las formas del castillo desaparecieron en seguida bajo el manto de la noche.

Si la noche amenazaba con ser muy oscura, nada indicaba que fuera a verse turbada por algún meteoro atmosférico, tempestad, lluvia o huracán. Era una suerte para Nic Deck y su compañero, que iba a acampar al raso.

No existía ningún bosquecillo de árboles en la árida meseta de Orgall. Aquí y allá, algunos arbustos a ras del suelo que no ofrecían el menor amparo contra el frío nocturno. Rocas, sí; todas las que se quisieran, medio hundidas en el suelo unas, en pleno equilibrio otras; a las que hubiera bastado un empujón para hacerlas rodar hasta el bosque de abetos.

En realidad, la única planta que crecía con profusión sobre el suelo pedregoso era un grueso cardo llamado «espino ruso», cuyas semillas —según Elíseo Reclus— fueron traídas en las crines de los caballos moscovitas, «presente de gozosa conquista que los rusos hicieron a los transilvanos».

Ahora se trataba de acomodarse en un lugar cualquiera para esperar el día y protegerse del descenso de la temperatura, bastante

considerable en aquellas alturas.

—No tenemos más que escoger... ¡para estar mal! —murmuró el doctor Patak.

—¡Quéjese, pues! —contestó Nic.

—¡Claro que me quejo! ¡Qué sitio tan agradable! ¡Como para atrapar un buen catarro o algún reumatismo del que no sabré curarme!

La confesión del ex enfermero de la cuarentena era sincera. ¡Ah!, ¡cómo echaba de menos su cómoda casita de Werst, con su habitación bien cerrada y su cama bien cubierta de edredones y colchas!

Entre los bloques diseminados por la meseta de Orgall había que elegir uno cuya orientación ofreciera un resguardo contra la brisa del suroeste, que empezaba a soplar. Eso hizo Nic Deck, y pronto el doctor se reunió en él detrás de una ancha roca, tan lisa como una tabla en su parte superior.

Esta roca era uno de esos bancos de piedra, hundido entre escabiosas y saxífragas, que suelen encontrarse en los cruces de camino de las provincias valacas. El viajero, al tiempo que se sienta en ellos, puede saciar su sed con el agua que contiene una jarra depositada allí, que las gentes del campo renuevan todos los días. Cuando el castillo estaba habitado por el barón Rodolfo de Gortz, el banco tenía un recipiente que los servidores de la familia se ocupaban de mantener siempre lleno. Pero ahora estaba sucio, tapizado de musgos verdosos, y el menor choque lo hubiera reducido a polvo.

En el extremo del banco se alzaba un fuste de granito, resto de una vieja luz, cuyos brazos estaban representados en el palo vertical por una ranura medio borrada. En su calidad de incrédulo, el doctor Patak no podía admitir que esta cruz lo protegiera de apariciones sobrenaturales. Y, sin embargo, por una anomalía común a gran número de gentes despreocupadas, no estaba muy lejos de creer en el diablo. Ahora bien, en su opinión, el *Chort* no debía de andar lejos; él era quien visitaba el castillo; y ni la poterna cerrada, ni el puente levadizo alzado, ni la muralla cortada a pico, ni el profundo foso, le impedirían salir de él, a poco que se le ocurriera retorcerles el cuello a ambos.

Y cuando el doctor pensaba que tenía que pasar toda una noche

en semejantes condiciones, se estremecía de terror. ¡No! Era exigir demasiado de una criatura humana, y ni los caracteres más enérgicos habrían podido resistirlo.

Después, se le ocurrió una idea tardía; una idea en la que no había reparado al salir de Werst. Era martes por la noche, y ese día las gentes del condado evitan salir después de la puesta del sol. El martes, ya se sabe, es día de maleficios. De acuerdo con las tradiciones, si se aventuraban a salir, se expondrían a encontrar algún genio maléfico. Y, así, el martes nadie circula por las carreteras ni por los caminos después de la puesta del sol. ¡Y he aquí que el doctor Patak no sólo se encontraba lejos de su casa, sino en las cercanías de un castillo encantado, y a dos o tres millas del pueblo! Y allí tendría que esperar el alba... ¡si es que llegaba! ¡La verdad es que estaban tentando al diablo!

Mientras se abandonaba a estas ideas, el doctor vio que el guardabosques sacaba tranquilamente de sus alforjas un trozo de carne fiambre, tras haberse echado un buen trago gazzate abajo. Lo mejor que podía hacer, pensó, era imitarlo; y así lo hizo. Un muslo de ganso, un buen pedazo de pan, todo ello regado con *rakiu*, no necesitaba menos para reparar sus fuerzas. Pero aunque consiguió calmar su hambre no ocurrió lo mismo con su miedo.

—Y, ahora, durmamos —dijo Nic Week, en cuanto dejó sus alforjas al pie de la roca.

—¡Dormir, guardabosques!

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, muy fácil decirlo..., pero me temo que ésta acabará mal.

Nic Deck no tenía ganas de conversación y no contestó. Acostumbrado, por su oficio, a dormir en medio de los bosques, se reclinó lo mejor que pudo contra el banco de piedra y no tardó en sumirse en un profundo sueño. De manera que al doctor sólo le cupo refunfuñar entre dientes cuando oyó la respiración de su compañero, que escapaba a intervalos regulares.

Por su parte, le fue imposible adormecer sus sentidos del oído y la vista, ni siquiera unos minutos. Pese a la fatiga, no dejaba de mirar, no dejaba de escuchar. Su cerebro era presa de esas extravagantes visiones que nacen del insomnio. ¿Qué trataba de distinguir entre las espesas sombras? Todo y nada, las formas

imprecisas de los objetos que lo rodeaban, las nubes desmelenadas a través del cielo, la masa casi imperceptible del castillo. Después, las rocas de la meseta de Orgall le parecían moverse en una zarabanda infernal. ¡Y si se desprendieran de su base, rodaran por la pendiente, arrollaran a los dos imprudentes, los aplastaran contra la puerta del castillo, cuya entrada les estaba prohibida!

El infortunado doctor se había levantado, escuchaba los ruidos que se propagan por la superficie de las altas mesetas, esos murmullos inquietantes que parecen a la vez susurros, gemidos y suspiros. Oía, también, las nictápoles que rozaban las rocas con un frenético aletazo, las lechuzas que volaban en sus paseos nocturnos, dos o tres parejas de esos fúnebres autillos cuyo silbo resonaba como una queja. Entonces sus músculos se contraían y su cuerpo temblaba, bañado por un sudor glacial.

Así transcurrieron las horas, muy largas, hasta medianoche. Si el doctor Patak hubiera podido charlar, cambiar de vez en cuando una frase, dar libre curso a sus recriminaciones, se habría sentido menos atemorizado. Pero Nic Deck dormía, y dormía con un sueño profundo.

Medianoche. Era la hora más terrible de todas, la hora de las apariciones, la hora de los maleficios.

¿Qué ocurriría?

El doctor acababa, de levantarse, preguntándose si estaba despierto o se hallaba bajo la influencia de una pesadilla.

En efecto, allá arriba, creyó ver —¡no!, ¡vio realmente!— formas extrañas, iluminadas por una claridad espectral, que pasaban de un horizonte a otro, subían, bajaban, descendían con las nubes. Se hubiera dicho que eran especies monstruosas, dragones con cola de serpiente, hipogrifos de anchas alas, *krakens* gigantescos, vampiros enormes que se desplomaban sobre él para atraparlo entre sus garras o tragarlo con sus mandíbulas.

Después, le pareció que todo se movía en la meseta de Orgall; las rocas, los árboles que se alzaban en los bordes. Y unos sonidos, dados con breves intervalos, llegaron a sus oídos con toda claridad.

—¡La campana! —murmuró—. ¡La campana del castillo!

¡Sí! Era la campana de la vieja capilla, y no la de la iglesia de Vulkan, cuyo sonido hubiera arrastrado el viento en sentido contrario.

Y los tañidos se hicieron más precipitados... La mano que la mueve no toca a muerto. ¡No! Es un rebato cuyos sonidos jadeantes despiertan los ecos de la frontera transilvana.

Al oír esas lúgubres vibraciones, el doctor Patak se vio asaltado por un temblor convulsivo, por una insuperable angustia, por un espanto irresistible, que hizo correr por su cuerpo horribles estremecimientos.

El guardabosques había sido arrancado de su sueño por los terroríficos toques de la campana. Se levantó mientras el doctor Patak parecía como ensimismado.

Nic Deck aguza el oído y sus ojos tratan de penetrar en las espesas tinieblas que recubren el castillo.

—¡Esa campana!... ¡Esa campana! —repite el doctor Patak—. ¡La toca el *Chort*!

Decididamente, el pobre doctor, más asustado que nunca, cree en el diablo.

El guardabosques, inmóvil, no le contestó.

De pronto, se desencadenaron en tumultuosas ondas unos rugidos parecidos a los que lanzan las sirenas de los barcos al entrar en el puerto. En un amplio radio, la atmósfera quedó repleta de sus sonidos ensordecedores.

Después, de la torre central brotó una claridad, una claridad intensa, de la que salían resplandores vivísimos, luces cegadoras. ¿Qué foco produce esa poderosa luz, cuyas irradiaciones se pasean en largas sábanas por la superficie de la meseta de Orgall? ¿De qué hoguera se escapa esa fuente fotogénica, que parece abarcar las rocas, al mismo tiempo que las baña con una extraña lividez?

—¡Nic!... ¡Nic!... —gritó el doctor—. ¡Mírame!... ¿Parezco un cadáver, como tú?

En efecto, el guardabosques y él han tomado un aspecto cadavérico; sus caras han perdido el color, sus ojos están apagados, con las órbitas vacías, las mejillas verdosas tienen un tono pardusco, el pelo parece ese musgo que crece, según las leyendas, en el cráneo de los ahorcados...

Nic Deck está estupefacto ante lo que ve y lo que oye. El doctor Patak, llegado al último grado del espanto, tiene los músculos contraídos, el pelo erizado, la pupila dilatada, el cuerpo entumecido con una rigidez tetánica. Como dice el poeta de las *Contemplaciones*,

«¡respira espanto!».

Un minuto —un minuto a lo sumo— duró este horrible fenómeno. Después, la extraña luz se debilitó gradualmente, los rugidos se apagaron y la meseta de Orgall volvió a caer en el silencio y la oscuridad.

Ni uno ni otro trataron de volver a dormir; el doctor, abrumado por el estupor; el guardabosques, de pie junto al banco de piedra, en espera del alba.

¿En qué pensaba Nic Deck ante estas cosas, tan evidentemente sobrenaturales a sus ojos? ¿No habían conseguido quebrantar su resolución? ¿Se empeñaría en proseguir esta temeraria aventura? Es cierto que había dicho que penetraría en la fortaleza, que exploraría la torre... Pero ¿no bastaba con haber llegado hasta el infranqueable recinto, con haber desafiado la cólera de los genios y provocado este desorden de los elementos? ¿Lo acusarían de no haber mantenido su promesa si regresaba al pueblo sin haber llevado su locura hasta aventurarse en el diabólico castillo?

De repente, el doctor se precipita sobre él, le agarra la mano, trata de arrastrarlo, repitiendo con voz sorda:

—¡Vámonos!... ¡Vámonos!

—¡No! —contesta Nic Deck.

Y, a su vez, retiene al doctor Patak, que se derrumba después de este último esfuerzo.

Por fin acabó la noche, y su estado de ánimo era tal que ni el guardabosques ni el doctor fueron conscientes del tiempo que pasó hasta la salida del sol. Nada quedó en su memoria de las horas que precedieron a los primeros resplandores del día.

En ese instante, una línea rosada se dibujó sobre la arista del Paring, en el horizonte del este, del otro lado del valle de los dos Szilys. Una leve blancura se esparció por el cénit sobre el fondo de un cielo rayado como la piel de una cebra.

Nic Deck se volvió hacia el castillo. Vio cómo sus formas se acentuaban poco a poco, cómo la torre emergía de los vapores nocturnos, y después, en el bastión de la esquina, cómo se recortaba el haya, cuyas hojas susurraban con la brisa de levante.

Nada había cambiado en el aspecto ordinario del castillo. La campana estaba inmóvil como la vieja veleta feudal. Ningún humo empenachaba las chimeneas de la torre, cuyas ventanas enrejadas

estaban cerradas a cal y canto.

Por encima de la plataforma, unos pájaros volaban, lanzando agudos chillidos.

Nic Deck volvió la mirada a la entrada principal del castillo. El puente levadizo, levantado, cerraba la poterna entre los dos pilares de piedra con las armas de los barones de Gortz.

¿Estaba decidido el guardabosques a llevar hasta el fin esta aventurada expedición? Sí, y su resolución no se había debilitado con los acontecimientos de la noche. Lo dicho, hecho; era su lema, según sabemos. Ni la voz misteriosa que lo había amenazado personalmente en la gran sala del *Rey Matías*, ni los inexplicables fenómenos de sonido y luz que acababa de presenciar le impedirían franquear la muralla del castillo. Le bastaría una hora para recorrer las galerías y visitar la torre; y después, cumplida su promesa, se encaminaría a Werst, adonde podría llegar antes de mediodía.

En cuanto al doctor Patak, no era más que una máquina inerte, sin fuerzas para resistirse, ni siquiera para desear nada. Iría a donde lo empujaran. Si caía, le sería imposible levantarse. El espanto de la noche lo había reducido al más completo alelamiento y no hizo la menor observación cuando el guardabosques, señalando hacia el castillo, le dijo:

—¡Vamos!

Y, sin embargo, la luz era total y el doctor habría podido regresar a Werst sin temor a extraviarse en los bosques del Plesa. Pero no hay que agradecerle que se quedara con Nic Deck. Si no abandonó a su compañero para volver al pueblo es porque ya no era consciente de la situación, porque ya sólo era un cuerpo sin alma. Así, cuando el guardabosques lo arrastró hacia el talud de la contraescarpa, se dejó llevar.

¿Se podía penetrar en el castillo por otro sitio que no fuera la poterna? Eso era lo que Nick Deck quería comprobar ante todo.

La muralla no presentaba la menor brecha, el menor hueco, la menor grieta que pudiera permitir el acceso al interior del recinto. Incluso resultaba sorprendente que unas murallas tan viejas estuvieran tan bien conservadas, lo que había que atribuir a su espesor. Ascender hasta la línea de almenas que la coronaban parecía impracticable, puesto que dominaban el foso desde una altura de cuarenta pies. Resultaba, pues, que Nic Deck tenía que

enfrentarse con obstáculos insuperables una vez que había conseguido llegar al castillo de los Cárpatos.

Felizmente —o desgraciadamente para él— existía encima de la poterna una especie de tronera o, mejor dicho, una abertura donde antaño asomaba el cañón de una culebrina. Utilizando una de las cadenas del puente levadizo, que caía hasta el suelo, no le sería difícil a un hombre ágil y vigoroso izarse hasta esa abertura. Su anchura bastaba para permitir el paso y, a menos que estuviera obstruida por una reja en el interior, Nic Deck conseguiría, sin duda, introducirse en el patio de la fortaleza.

El guardabosques comprendió, a la primera ojeada, que no podía proceder de otro modo; por eso, seguido por el inconsciente doctor, bajó por una empinada pendiente la cara interna de la contraescarpa.

Pronto los dos llegaron al fondo del foso, sembrado de piedras entre la maleza de plantas silvestres. No se sabía muy bien dónde se posaba el pie, ni si habría miríadas de animales venenosos bajo las hierbas de la húmeda hondonada.

En el centro del foso, paralelo a la muralla, estaba excavado el lecho de la antigua zanja, casi enteramente seca y que se podía franquear de un buen salto.

Nic Deck, que no había perdido nada de su energía física y moral, actuaba con sangre fría, mientras el doctor lo seguía maquinalmente, como un animal arrastrado por una cuerda.

Tras haber atravesado la zanja, el guardabosques siguió la base de la muralla unos veinte pasos y se detuvo bajo la poterna, en el sitio donde colgaba el extremo de la cadena. Ayudándose con pies y manos podría llegar con facilidad al cordón de piedra que sobresalía por debajo de la abertura.

Evidentemente, Nic Deck no pretendía obligar al doctor Patak a que intentara con él la escalada. Un hombrecillo tan pesado no habría podido hacerlo. Se limitó, pues, a sacudirlo vigorosamente para que lo entendiera y le recomendó que se quedara, sin moverse, en el fondo del foso.

Después, Nic Deck empezó a trepar a lo largo de la cadena, un verdadero juego para sus músculos de montañés.

Pero cuando el doctor se vio solo recuperó en cierto sentido la sensación de peligro. Comprendió, miró, divisó a su compañero

colgado a unos doce pies del suelo, y entonces gritó, con voz estrangulada por el miedo:

—¡Detente..., Nic! ¡Detente!

El guardabosques no le hizo caso.

—Ven... Ven..., ¡o yo me voy! —gimió el doctor, que ya se estaba recuperando.

—¡Vete! —contestó Nic Deck.

El doctor Patak, en el paroxismo del espanto, quiso regresar a la pendiente de la contraescarpa, para subir hasta la cima de la meseta de Orgall y emprender a todo correr el camino de Werst.

¡Oh prodigio, ante el que se borraban los que lo turbaran la noche anterior! No puede moverse... Sus pies están atrapados como si los hubieran aferrado las bocas de un torno... ¿Puede desplazarlos uno tras otro?... ¡No!... Se adhieren al suelo por los tacones y las suelas de las botas... ¿El doctor se ha dejado atrapar en una trampa?... Está demasiado asustado para reconocerlo... Más bien parece que lo retienen los clavos de su calzado.

Sea como sea, el pobre hombre está inmovilizado en ese lugar... Clavado al suelo... Sin fuerzas para gritar, se retuerce desesperadamente las manos... Se diría que quiere escapar a los brazos de una tarasca cuyo garrón emergiera de las entrañas de la tierra...

Mientras tanto, Nic Deck había llegado a la altura de la poterna y acababa de poner la mano en uno de los herrajes donde se encajaban los goznes del puente levadizo...

Lanzó un grito de dolor. Después, echándose hacia atrás como herido por un rayo, se deslizó a lo largo de la cadena, a la que un postrer instinto le había hecho aferrarse, y rodó hasta el fondo del foso.

—¡Ya dijo la voz que me ocurriría una desgracia! —murmuró; y perdió el conocimiento.

VII

Cómo describir la ansiedad de que era presa el pueblo de

Werst desde la marcha del joven guardabosques y del doctor Patak? No había cesado de aumentar con el paso de las horas, que parecían interminables.

Maese Koltz, el posadero Jonás, el maestro Hermod y algunos otros permanecían constantemente en la terraza. Cada uno de ellos se obstinaba en observar la lejana masa del castillo, mirando si reaparecía alguna voluta encima de la torre. Ni el menor rastro de humo, como se comprobó por medio del antejo, invariablemente apuntado en esa dirección. La verdad es que los dos florines gastados en la adquisición del aparato eran un dinero que había tenido un magnífico empleo. Nunca el *biró* —muy interesado y siempre preocupado por su bolsa— había lamentado menos una compra tan a propósito.

A las doce y media, cuando el pastor Frik regresó de los pastos, fue interrogado ávidamente. ¿Había algo nuevo, extraordinario, sobrenatural?

Frik respondió que acababa de recorrer el valle del Zsily valaco sin ver nada sospechoso.

Después de comer, hacia las dos, todos volvieron a sus puestos de observación. A nadie se le había ocurrido quedarse en su casa, y, sobre todo, nadie pensaba en volver a poner los pies en el *Rey Matías*, donde se dejaban oír voces conminatorias. ¡Que las paredes

tengan oídos, pase; es una locución corriente en el lenguaje usual...; pero que tengan boca!...

Así, el digno tabernero podía temerse que su taberna fuera puesta en cuarentena, y la cosa no dejaba de preocuparle en gran medida. ¿Se vería obligado a echar el cierre, a beberse sus propios fondos, a falta de clientes? Sin embargo, con objeto de tranquilizar a la población de Werst, había procedido a una prolongada investigación del *Rey Matías*, registrando las habitaciones, incluso bajo las camas, inspeccionando los baúles y el aparador, explorando minuciosamente los rincones y recovecos de la gran sala, de la cueva y del granero, donde un bromista de mal gusto habría podido organizar esta mixtificación. ¡Nada!... Y tampoco nada en la fachada que daba al Nyad. Las ventanas eran demasiado altas para que fuera posible elevarse hasta su hueco, sobre una muralla cortada en pico cuya base se hundía en el curso impetuoso del torrente. ¡No importa! El miedo no razona y pasaría mucho tiempo, sin duda, antes de que los huéspedes habituales de Jonás devolvieran su confianza al posadero, a su *schnaps* y a su *rakiu*.

—¿Mucho tiempo?... Estaba en un error, y ya se verá cómo este enojoso pronóstico no iba a cumplirse.

En efecto, unos días después, a consecuencia de una circunstancia imprevista, los notables del pueblo reanudarían sus conferencias cotidianas, mezcladas con buenos vasos, ante las mesas del *Rey Matías*.

Pero hay que volver al joven guardabosques y a su compañero, el doctor Patak.

Recordemos que, antes de salir de Werst, Nic Deck había prometido a la desconsolada Miriota no entretenerse en su visita al castillo de los Cárpatos. Si no le ocurría una desgracia, si las amenazas fulminadas contra él no se realizaban, pensaba estar de regreso a primera hora de la noche. Lo esperan, pues, ¡y con cuánta impaciencia! Además, ni la joven, ni su padre, ni el maestro de escuela podían prever que las dificultades del camino impedirían al guardabosques llegar a la cima de la meseta de Orgall antes de la caída de la noche.

De ahí se deriva que la inquietud, ya muy viva durante el día, superó todas las medidas cuando dieron las ocho en el campanario de Vulkan, que se oía con toda claridad en el pueblo de Werst. ¿Qué

había pasado para que Nic Deck y el doctor no reaparecieran, tras un día de ausencia? Nadie pensaba en volver a su morada antes de que estuvieran de regreso. A cada instante se imaginaban verlos asomar por el recodo de la carretera del desfiladero.

Maese Koltz y su hija se habían acercado al final de la calle, al sitio donde el pastor estaba de guardia. Muchas veces creyeron ver unas sombras que se dibujaban a lo lejos, a través de los claros de los árboles... ¡Pura ilusión! El desfiladero estaba desierto, como de costumbre, pues era muy raro que las gentes de la frontera se aventuraran por él durante la noche. Y, además, era martes —el martes de los genios maléficos— y ese día los transilvanos no recorren de buena gana la campiña después de la puesta del sol. Nic Deck tenía que estar loco al elegir semejante día para visitar el castillo. Lo cierto es que el joven guardabosques no había pensado en ello, ni nadie en el pueblo.

Pero Miriota reflexionaba ahora sobre este detalle. ¡Y qué espantosas imágenes se le presentaban! Con la imaginación había seguido a su prometido hora tras hora, a través de los espesos bosques del Plesa, mientras subía hacia la meseta de Orgall... Ahora, llegada la noche, le parecía verlo en el recinto, tratando de escapar de los espíritus que frecuentaban el castillo de los Cárpatos... Era un juguete de sus maleficios... Era víctima de su venganza... Estaba encarcelado en el fondo de alguna celda subterránea... Quizá muerto...

¡Pobre muchacha! ¡Cuánto hubiera dado por lanzarse tras las huellas de Nic Deck! Y, ya que no podía hacerlo, al menos hubiera querido esperarlo toda la noche en aquel lugar. Pero su padre la obligó a regresar y, dejando al pastor de vigilancia, ambos volvieron a su casa.

En cuanto estuvo sola en su habitación, Miriota se abandonó sin reserva a sus lágrimas. Amaba con toda su alma al valiente Nic, con un amor tanto más agradecido cuanto que el joven guardabosques no la había buscado en las extravagantes condiciones en que ordinariamente se deciden las bodas en esta campiña transilvana.

Cada año, por las fiestas de San Pedro, se inicia la «feria de los novios». Ese día se reúnen todas las jóvenes del condado. Han venido con las más hermosas carretas, tiradas por los mejores caballos; han traído su dote, es decir, trajes hilados, cosidos y

bordados a mano, guardados en cofres de brillantes colores; las acompañan sus familiares, amigos y vecinos. Y entonces llegan los jóvenes, ataviados con trajes soberbios, ceñidos con bandas de seda. Recorren la feria, pavoneándose; escogen la muchacha que les gusta; le entregan un anillo y un pañuelo, en señal de esponsales, y la boda se celebra al regreso de la fiesta.

Nicolás Deck no había encontrado a Miriota en uno de esos mercados. Su conocimiento no se debió al azar. Ambos se trataban desde la infancia, se amaban desde que habían llegado a la edad de amar. El joven guardabosques no había ido a buscar a una feria a la que sería su esposa, y Miriota se lo agradecía mucho. ¡Ah! ¿Por qué Nic Deck tenía un carácter tan resuelto, tan tenaz, tan obstinado? ¿Por qué se empeñaba en mantener una promesa imprudente? ¡La amaba, sin embargo, la amaba, y ella no había tenido bastante influencia para impedirle encaminarse hacia el maldito castillo!

¡Qué noche pasó la triste Miriota entre angustias y llantos! No había querido acostarse. Asomada a su ventana, con la mirada clavada en la carretera en cuesta, le parecía oír una voz que murmuraba:

«¡Nicolás Deck no ha hecho caso de las amenazas!... ¡Miriota ya no tiene novio!».

Error de sus sentidos turbados. Ninguna voz se propagaba en el silencio de la noche. El inexplicable fenómeno de la sala del *Rey Matías* no se reproducía en casa de maese Koltz.

Al día siguiente, de madrugada, la población de Werst ya estaba en pie. Desde la terraza hasta el recodo del desfiladero subían y bajaban por la calle mayor —unos para pedir noticias, otros para darlas—. Se decía que el pastor Frik acababa de alejarse a una milla del pueblo, pero no a través de los bosques del Plesa, sino siguiendo su límite, y que tenía sus motivos para hacerlo.

Había que esperarlo, y, con objeto de comunicarse más rápidamente con él, maese Koltz, Miriota y Jonás se dirigieron al final del pueblo.

Una media hora después aparecía Frik a unos cientos de pesos, en lo alto de la carretera.

Como no parecía apresurar su marcha se dedujo que era mala señal.

—¡Eh, Frik! ¿Qué sabes?... ¿De qué te has enterado? —le

preguntó maese Koltz en cuanto el pastor se reunió con ellos.

—No vi nada..., no me enteré de nada... —contestó Frik.

—¡Nada! —murmuró la joven, con los ojos llenos de lágrimas.

—Al salir el sol —continuó el pastor— distinguí a dos hombres a una milla de aquí. Creí que era Nic Deck, acompañado por el doctor... ¡Pero no era él!

—¿Sabes quiénes son esos hombres? —preguntó Jonás.

—Dos viajeros extranjeros que acaban de atravesar la frontera valaca.

—¿Les has hablado? —Sí.

—¿Vienen hacia el pueblo?

—No, se encaminan hacia el Retyezat, a cuya cima quieren llegar.

—¿Son dos turistas?

—Tienen todo el aspecto, maese Koltz.

—Y esta noche, al atravesar el desfiladero de Vulkan, ¿no han visto nada por la parte del castillo?...

—No..., ya que aún se encontraban al otro lado de la frontera —contestó Frik.

—¿De modo que no tienes ninguna noticia de Nic Deck?

—Ninguna.

—¡Dios mío! —suspiró la pobre Miriota.

—Por lo demás, dentro de unos días podrán ustedes interrogar a esos viajeros —añadió Frik—, pues piensan detenerse en Werst antes de partir hacia Koloszar.

«¡Con tal de que no les hablen mal de mi posada!», pensó Jonás, inconsolable. «Serían capaces de no querer alojarse en ella».

Hacía treinta y seis horas que el excelente posadero estaba atormentado por el temor de que ningún viajero se atrevería de ahora en adelante a comer o dormir en el *Rey Matías*.

En resumidas cuentas, las preguntas y respuestas intercambiadas entre el pastor y su amo no habían aclarado nada la situación. Y ya que ni el joven guardabosques ni el doctor Patak habían reaparecido a las ocho de la mañana, ¿podía esperarse que volvieran nunca?... ¡Nadie puede acercarse impunemente al castillo de los Cárpatos!

Destrozada por las emociones de esa noche de insomnio, Miriota ya no se sostenía en pie. Desfalleciente, casi no podía andar. Su

padre tuvo que llevarla a casa. Allí sus lágrimas se redoblaron... Llamaba a Nic con voz desgarradora... Quería salir para reunirse con él... Daba mucha pena, y había motivo para temer que cayera enferma.

Sin embargo, era necesario y urgente tomar una decisión. Había que acudir en ayuda del guardabosques y del doctor sin perder un instante. Poco importaba que se corrieran graves peligros, exponiéndose a las represalias de los seres, humanos o sobrenaturales, que ocupaban el castillo. Lo esencial era saber qué había ocurrido con Nic Deck y el doctor. Sus amigos y los demás habitantes del pueblo tenían el deber de hacerlo. Los más valientes no se negarían a lanzarse entre los bosques del Plesa para subir al castillo de los Cárpatos.

Decidido esto, tras innumerables discusiones y gestiones, resultó que los más valientes eran tres: maese Koltz, el pastor Frik y el posadero Jonás —ni uno más—. En cuanto al maestro Hermod, se había resentido repentinamente de un dolor de gota en la pierna y había tenido que tumbarse en dos sillas en el aula de su escuela.

Hacia las nueve, maese Koltz y sus compañeros, prudentemente armados hasta los dientes, se encaminaron hacia el desfiladero del Vulkan. Después, en el mismo sitio donde Nic Deck se había desviado, abandonaron el camino para hundirse en el espeso macizo.

Se decían, no sin razón, que si el joven guardabosques y el doctor estaban en camino para regresar al pueblo, tomarían la misma ruta que habían seguido a través del Plesa. Y sería fácil reconocer sus huellas, lo cual comprobaron en cuanto los tres hubieron franqueado el lindero de los árboles.

Los dejaremos marchar para referir el trastorno que se produjo en Werst en cuanto se perdieron de vista. Si antes había parecido indispensable que las gentes de buena voluntad salieran al encuentro de Nic Deck y de Patak, ahora, cuando habían partido, se pensaba que era una imprudencia que no tenía nombre. ¡Qué bonito resultado cuando la primera catástrofe fuera acompañada por una segunda! Nadie dudaba ya de que el guardabosques y Patak habían sido víctimas de su tentativa, y, entonces, ¿de qué serviría que maese Koltz, Frik y Jonás se expusieran a ser víctimas de su generosidad? ¡Se adelantaría mucho cuando la joven tuviera que

llorar a su padre como lloraba a su novio, cuando los amigos del pastor y del posadero tuvieran que reprocharse su pérdida!

La desolación era general en Werst, y no tenía aspecto de cejar en seguida. Admitiendo que no les ocurriera una desgracia, no se podía contar con el regreso de maese Koltz y sus dos compañeros antes de que la noche envolviera las alturas circundantes.

¡Cuál fue, pues, la sorpresa cuando los distinguieron hacia las dos de la tarde en lo alto del camino! Miriota, avisada de inmediato, corrió apresuradamente a su encuentro.

No eran tres, sino cuatro, y el cuarto resultó el doctor.

—¡Nic!... ¡Mi pobre Nic!... —exclamó la joven—. ¿No viene Nic?

Sí... Nic Deck venía tendido en unas angarillas de ramas, que Jonás y el pastor llevaban penosamente.

Miriota se precipitó hacia su prometido, se inclinó sobre él, lo tomó entre sus brazos.

—¡Está muerto!... —gritó—. ¡Está muerto!

—No..., no está muerto —contestó el doctor Patak—, pero merecería estarlo... y yo también.

La verdad es que el joven guardabosques había perdido el conocimiento. Con los miembros rígidos y el rostro exangüe, su respiración casi no alzaba su pecho. En cuanto al doctor, aunque su cara no estaba tan descolorida como la de su compañero, eso se debía a que la marcha le había devuelto su tono habitual, de ladrillo rojizo.

La voz de Miriota, tan tierna y desgarradora, no pudo arrancar a Nic Deck del embotamiento en que había caído. Cuando lo llevaron al pueblo y lo dejaron en la habitación de maese Koltz, aún no había pronunciado ni una sola palabra. Sin embargo, instantes después se abrieron sus ojos y, cuando divisó a la joven inclinada a su cabecera, una sonrisa vagó por sus labios; pero cuando intentó levantarse, no lo consiguió. Una parte de su cuerpo estaba paralizada, como si tuviera hemiplejía. Sin embargo, queriendo tranquilizar a Miriota, dijo con una voz débil:

—No será nada..., ¡no será nada!

—¡Nic!... ¡Mi pobre Nic! —repitió la joven.

—Un poco de fatiga solamente, querida Miriota, y un poco de emoción... Pasará pronto... con tus cuidados.

El enfermo necesitaba tranquilidad y reposo. Maese Koltz salió de la habitación, dejando a Miriota junto al joven guardabosques, que no hubiera podido desear una enfermera más diligente y no tardó en amodorrarse.

Durante ese tiempo, el posadero Jonás contaba a un numeroso auditorio, con voz muy alta, para que lo oyeran todos, lo ocurrido desde su partida.

Mase Koltz, el pastor y él, tras haber encontrado en el bosque el sendero que Nic Deck y el doctor habían abierto, se dirigieron hacia el castillo de los Cárpatos. Dos horas después trepaban por las pendientes del Plesa, y el borde del bosque ya sólo estaba a media milla, cuando aparecieron dos hombres. Eran el doctor y el guardabosques; el uno, cuyas piernas se negaban a obedecerle, y el otro, agotado, que acababa de dejarse caer al pie de un árbol.

En menos de lo que se tarda en decirlo corrieron hacia el doctor, lo interrogaron, aunque sin poder sacarle ni una palabra, pues estaba demasiado alelado para contestar; fabricaron unas angarillas con ramas y tendieron en ellas a Nic Deck, tras haber levantado al doctor. Después, maese Koltz y el pastor, relevado a veces por Jonás, tomaron el camino de Werst.

En cuanto a explicar por qué Nic Deck se encontraba en semejante estado, y si había explorado o no las ruinas del castillo, el posadero no podía decirlo más que maese Koltz, ni más que el pastor Frik, pues el doctor aún no había recuperado los ánimos para satisfacer su curiosidad.

Pero si Patak no había hablado hasta entonces, ahora debía hablar. ¡Qué diablo! Estaba seguro en el pueblo, rodeado por sus amigos, en medio de sus clientes... ¡No tenía ya nada que temer de los seres de allá arriba!... Aunque le hubieran arrancado el juramento de callarse, de no contar nada de lo visto en el castillo de los Cárpatos, el interés público exigía que faltara a su juramento.

—Vamos, recupérese, doctor —le dijo maese Koltz—, y cuéntenos lo que sepa.

—Ustedes quieren... que hable...

—¡Se lo ordeno en nombre de los habitantes de Werst y para la seguridad del pueblo!

Un buen vaso de *rakiu*, traído por Jonás, tuvo el efecto de devolver al doctor el uso de la lengua, y, con frases entrecortadas,

se expresó en los siguientes términos:

—Salimos los dos... Nic y yo... ¡Locos! ¡Verdaderos locos!... Necesitamos casi un día entero para atravesar esos malditos bosques... Sólo a la noche llegamos ante el castillo... Aún estoy temblando..., ¡temblaré toda mi vida!... Nic quería entrar... ¡Sí!..., quería pasar la noche en la torre..., ¡como si dijéramos en el dormitorio de Belcebú!

El doctor Patak decía esto con una voz tan cavernosa que se temblaba sólo con oírla.

—No se lo consentí —continuó—, no... ¡No se lo consentí!... ¿Qué habría ocurrido... si hubiera accedido a los deseos de Nic Deck?... Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta...

Y si el pelo del doctor se ponía de punta en su cráneo era porque su mano lo revolvía maquinalmente.

—Nic se resignó, pues, a acampar en la meseta de Orgall... ¡Qué noche..., amigos míos, qué noche!... Tratad de descansar cuando los espíritus no os permiten dormir ni siquiera una hora..., ¡no, ni una sola hora!... De repente, entre las nubes aparecen monstruos de fuego, verdaderos endriagos... Se precipitan sobre la meseta para devorarnos...

Todas las miradas se dirigieron al cielo para ver si galopaba por él alguna cabalgata de espectros.

—Y unos instantes después —continuó el doctor—, la campana de la capilla empezó a sonar...

Todas las orejas se tendieron hacia el horizonte, y más de uno creyó oír tañidos lejanos, tanto impresionaba a su auditorio el relato del doctor.

—De pronto —exclamó—, espantosos rugidos llenaron la atmósfera... O, mejor dicho, aullidos de fieras... Después, de las ventanas de la torre brotó un resplandor... Una llama infernal ilumina toda la meseta, hasta los abetos... Nic Deck y yo nos miramos... ¡Ah, qué espantosa visión!... Parecemos cadáveres..., dos cadáveres a los que esas luces pálidas hacen agitarse uno frente a otro...

Y realmente, al ver al doctor Patak, con su cara convulsa, sus ojos enloquecidos, había que preguntarse si no regresaba de ultratumba, adonde ya había enviado a gran número de sus semejantes.

Tuvieron que permitirle que tomara aliento, pues parecía incapaz de continuar su relato. Esto le costó a Jonás un segundo vaso de *rakii*, que pareció devolverle al ex enfermero parte de la razón que los espíritus le habían hecho perder.

—Pero, bueno, ¿qué le ocurrió al pobre Nic Deck? —preguntó maese Koltz.

No sin razón, el *biró* concedía gran importancia a la respuesta del doctor, pues el joven guardabosques había sido nombrado personalmente por la voz de los genios en la gran sala del *Rey Matías*.

—He aquí todo lo que recuerdo —contestó el doctor—. Ya se había hecho de día... Supliqué a Nic Deck que renunciara a sus proyectos... Pero ya lo conocen..., no se puede conseguir nada de semejante testarudo... Bajó al foso... y me vi obligado a seguirlo, ya que me arrastraba... Nic se adelanta entonces hasta debajo de la poterna... Agarra una cadena del puente levadizo, con la que se iza a lo largo de la muralla... En ese momento me asalta de nuevo la sensación de peligro... Aún tengo tiempo de detener a ese imprudente..., yo diría aún más..., ¡a ese sacrílego!... Por última vez le ordeno que baje, que retroceda, que regrese conmigo a Werst... «¡No!», me grita... Yo quiero huir...; sí, amigos míos..., lo confieso..., quise huir, ninguno de vosotros hubiera hecho otra cosa en mi lugar... Pero en vano intento despegarme del suelo... Mis pies están clavados..., atornillados..., enraizados... Trato de soltarlos..., es imposible... Trato de debatirme..., es inútil.

Y el doctor Patak imitaba los movimientos desesperados de un hombre retenido por las piernas, parecido a un zorro atrapado en una trampa.

Después, volviendo a su relato:

—En ese momento —dice— oigo un grito... ¡Y qué grito!... Es Nic Deck quien lo ha lanzado... Sus manos, aferradas a la cadena, la han soltado, y cae al fondo del foso como herido por una mano invisible...

Es cierto que el doctor acababa de contar las cosas de la forma en que habían ocurrido, sin que su imaginación, por turbada que estuviera, añadiera nada. Tal y como los había descrito, así se habían producido los prodigios de los que había sido escenario la meseta de Orgall la noche antes.

En cuanto a lo que siguió a la caída de Nic Deck, helo aquí. El guardabosques se desvaneció y el doctor Patak fue incapaz de acudir en su ayuda, pues sus botas estaban clavadas al suelo, y sus pies, hinchados, no podían salirse de ellas. De pronto... la invisible fuerza que lo encadena se interrumpe bruscamente... Sus piernas están libres... Se precipita hacia su compañero —lo cuál era en él un gran acto de valor...—, humedece la cara de Nic Deck con su pañuelo, que ha mojado en el agua de la zanja... El guardabosques vuelve en sí, pero su brazo izquierdo y parte de su cuerpo están inertes tras la horrible sacudida que ha sufrido... Sin embargo, con ayuda del doctor consigue ponerse en pie, subir la contraescarpa, llegar a la meseta... Después se encaminan hacia el pueblo... Tras una hora de marcha, los dolores en el brazo y el costado son tan violentos que lo obligan a detenerse... Y, por último, en el momento en que el doctor se disponía a ir en busca de socorro a Werst, maese Koltz, Jonás y Frik llegaron muy a punto.

En lo referente al joven guardabosques, a si estaba gravemente herido, el doctor Patak evitaba pronunciarse, aunque mostraba habitualmente una rara seguridad cuando se trataba de un caso médico.

—Si se está enfermo de una enfermedad natural —se contentó con afirmar—, ya es bastante grave. Pero si se trata de una enfermedad sobrenatural que el *Chort* os mete en el cuerpo, ¡sólo el *Chort* puede curarla!

A falta de diagnóstico, este pronóstico no era muy tranquilizador para Nic Deck. Felizmente, estas palabras no eran el Evangelio, y hay muchos médicos muy superiores al doctor Patak que se equivocan diariamente, y se han equivocado desde la época de Hipócrates y Galeno. El joven guardabosques era un muchacho fuerte, de vigorosa constitución, y era de esperarse que saldría del trance —incluso sin intervención diabólica—, a condición de no seguir demasiado al pie de la letra las prescripciones del ex enfermero de la cuarentena.

VIII



emejantes acontecimientos no podían calmar los terrores de los habitantes de Werst. No cabía ya la menor duda, ahora, de que las amenazas que la «boca de sombra», como diría el poeta, había hecho oír a los clientes del *Rey Matías* no eran vanas. Nic Deck, herido de una forma inexplicable, había sido castigado por su desobediencia y su temeridad. ¿Acaso no era ésta una advertencia para todos los que estuvieran tentados de seguir su ejemplo? De esta deplorable tentativa había que deducir la prohibición formal de tratar de introducirse en el castillo de los Cárpatos. Quien lo intentara, arriesgaría su vida. Con toda seguridad, si el guardabosques hubiera conseguido franquear la muralla, no habría vuelto a aparecer por el pueblo.

El espanto fue más intenso que nunca en Werst, e incluso en Vulkan, y también en todo el valle de los dos Zsilys. Se hablaba incluso de abandonar la región; ya algunas familias gitanas emigraban, deseosas de no permanecer más tiempo en las cercanías del castillo. La opinión pública no podía consentir que sirviera de refugio a seres sobrenaturales y maléficos. Sólo cabía marcharse hacia otra zona del condado, a menos que el gobierno húngaro decidiera destruir ese inasequible refugio. Pero ¿acaso el castillo de los Cárpatos podía ser destruido con los medios que los hombres tenían a su disposición?

Durante la primera semana de junio, nadie se atrevió a salir del

pueblo, ni siquiera para dedicarse a los trabajos agrícolas. La menor palada podría provocar la aparición de un fantasma, hundido en las entrañas del suelo... La reja del arado, al excavar el surco, podría remover bandadas de *staffii* o de vampiros... Y donde se sembrara el grano de trigo podría crecer la semilla del diablo...

—Eso es lo que ocurrirá, desde luego —decía el pastor Frik, con tono convencido.

Y, por su parte, se guardaba mucho de regresar con sus corderos a los pastos del Zsily.

Así, el pueblo estaba aterrorizado. El trabajo de los campos se había abandonado. Se quedaban en casa, con las puertas y ventanas bien cerradas. Maese Koltz no sabía qué partido tomar para devolver a sus administrados una confianza de la que él carecía. Decididamente, la única manera sería ir a Koloszar para reclamar la intervención de las autoridades.

¿Y el humo? ¿Seguía apareciendo en la punta de la chimenea de la torre?... Sí; varias veces el antejo permitió distinguirlo, en medio de los vapores que se arrastraban por la superficie de la meseta de Orgall.

¿Y las nubes, caída la noche, tomaban un tono rojizo, parecido a los reflejos de un incendio?... Sí, se hubiera dicho que unas volutas inflamadas revoloteaban por encima del castillo.

¿Y los rugidos que habían aterrado al doctor Patak, se propagaban a través de los macizos del Plesa, con gran espanto de los habitantes de Werst?... Sí, o al menos, pese a la distancia, los vientos del suroeste traían terribles gruñidos que repetían los ecos del desfiladero.

Además, según aquellas gentes atemorizadas, se hubiera dicho que el suelo estaba agitado por trepidaciones subterráneas, como si un viejo cráter se hubiera reanimado en la cadena de los Cárpatos. Pero quizá había mucha exageración en lo que las gentes de Werst creían ver, oír y sentir. Sea como sea, se habían producido hechos positivos, tangibles, habrá que convenir en ello, y ya no había manera de vivir en una región tan extraordinariamente trastornada.

Por supuesto, la posada del *Rey Matías* continuaba desierta. Un lazareto en tiempos de epidemia no hubiera estado más abandonado. Nadie tenía la audacia de cruzar su umbral y Jonás se preguntaba si, a falta de clientes, se vería obligado a interrumpir su

comercio. Pero la llegada de dos viajeros vino a modificar la situación.

En la tarde del 9 de junio, hacia las ocho, el picaporte de la puerta se movió desde fuera; pero la puerta, atrancada por dentro, no pudo abrirse.

Jonás, que ya se había retirado a su buhardilla, se apresuró a bajar. La esperanza de encontrarse un huésped se mezclaba con el temor de que dicho huésped fuera un aparecido de feo aspecto, al que no podía negarle cena y cobijo.

Jonás empezó, pues, a parlamentar prudentemente a través de la puerta, sin abrirla.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Dos viajeros.

—¿Vivos?

—Muy vivos.

—¿Están ustedes seguros?

—Tan vivos como pueden estarlo, se-señor posadero; pero que no tardarán en morir de hambre si tiene la crueldad de dejarlos fuera.

Jonás se decidió a descorrer los cerrojos y dos hombres franquearon el umbral de la sala.

En cuanto hubieron entrado, su primera preocupación fue pedir cada uno una habitación, pues tenían intención de quedarse veinticuatro horas en Werst.

A la luz de su lámpara, Jonás examinó a los recién llegados con gran atención, y tuvo la certeza de que eran seres humanos. ¡Qué gran suerte para el *Rey Matías*!

El más joven de los viajeros parecía contar unos treinta y dos años. De elevada estatura, rostro noble y hermoso, ojos negros, cabellos castaño oscuros, una barba morena elegantemente recortada, fisonomía un poco triste, pero altiva, su aspecto era el de un gentilhomme, y un posadero tan observador como Jonás no podía equivocarse al respecto.

Además, cuando preguntó con qué nombre debía inscribir a los dos viajeros, el joven respondió:

—El conde Franz de Telek y su soldado Rotzko.

—¿De qué país?

—De Krajowa.

Krajowa es uno de los principales pueblos del Estado de Rumanía, que limita con las provincias transilvanas hacia el sur de la cadena de los Cárpatos, Franz de Telek era, pues, de raza rumana, y Jonás se había dado cuenta a la primera ojeada.

Rotzko, por su parte, era un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, de grandes bigotes y abundante cabellera; tenía un aspecto muy militar. Incluso llevaba una mochila de soldado, sujeta a los hombros por tirantes, y una maleta ligera, que sostenía en la mano.

Este era todo el equipaje del joven conde, que viajaba como turista, las más de las veces a pie. Se veía perfectamente en su vestimenta: capa en bandolera, pasamontañas en la cabeza, chaqueta ajustada al talle por un cinturón del que pendía la funda de cuero del cuchillo valaco, polainas que se ajustaban estrechamente a unos zapatos anchos y de gruesas suelas.

Estos dos viajeros eran los que había visto el pastor Frik unos diez días antes, cuando se dirigían al Retyezat por la ruta del desfiladero. Tras haber visitado la comarca hasta los límites del Maros, y haber ascendido a la montaña, iban a descansar un poco en el pueblo de Werst, para subir después el valle de los dos Zsily.

—¿Tiene habitaciones para nosotros? —preguntó Franz de Telek.

—Dos..., tres..., cuatro... Todas las que quiera el señor conde —contestó Jonás.

—Bastarán dos —dijo Rotzko—. Sólo es preciso que sean contiguas.

—¿Les convendrían éstas? —respondió Jonás, abriendo dos puertas al final de la gran sala.

—Perfectamente —dijo Franz de Telek.

Ya se ve que Jonás no tenía nada que temer de sus nuevos huéspedes. No eran seres sobrenaturales ni espíritus con apariencia humana. ¡No! El gentilhombre era uno de esos personajes distinguidos que honran a un posadero. Se trataba de una feliz circunstancia que traería suerte al *Rey Matías*.

—¿A qué distancia estamos de Koloszar? —preguntó el joven conde.

—A unas cincuenta millas, siguiendo el camino que pasa por Petrozsény y Karlsburg —contestó Jonás.

—¿Es fatigosa la etapa?

—Muy fatigosa para los peatones y, si el señor conde me permite hacérselo observar, parece que necesita un descanso de unos días...

—¿Podemos cenar? —preguntó Franz de Telek, cortando por lo sano las insinuaciones del posadero.

—Si esperan media hora, tendré el honor de ofrecerle al señor conde una cena digna de él...

—Por esta noche, bastaría con pan, vino, huevos y carne fiambre.

—Voy a servirles.

—Lo más pronto posible.

—En seguida.

Y Jonás se disponía a ir a la cocina cuando lo detuvo una pregunta.

—No parece que haya mucha gente en su posada... —dijo Franz de Telek.

—En efecto, no hay nadie en este momento, señor conde.

—¿Acaso no es la hora de que las gentes del pueblo vienen a beber y a fumar sus pipas?

—Ya pasó esa hora..., señor conde... En el pueblo de Werst se acuestan con las gallinas.

Por nada del mundo confesaría la razón de que el *Rey Matías* no albergaba ni a un solo cliente.

—¿Es que el pueblo no cuenta con cuatrocientos o quinientos habitantes?

—Más o menos, señor conde.

—Sin embargo, no hemos encontrado un alma al bajar por la calle principal...

—Es que... hoy... estamos a sábado..., víspera de domingo...

Franz de Telek no insistió, felizmente para Jonás, que ya no sabía qué contestarle. Por nada del mundo se decidiría a confesar la situación. ¡Siempre sería demasiado pronto para que los viajeros se enterasen, y quién sabe si no se apresurarían a escapar de un pueblo tan sospechoso!

«¡Con tal de que la voz no empiece a charlar mientras estén cenando!» —pensaba Jonás mientras ponía la mesa en medio de la sala.

Unos instantes después, la sencilla comida que había encargado el joven conde estaba cuidadosamente servida sobre un mantel

blanquísimo. Franz de Telek se sentó y Rotzko se colocó frente a él, según su costumbre de viaje. Ambos comieron con buen apetito; después, acabada la cena, se retiraron cada uno a su cuarto.

Como el joven conde y Rotzko no habían cambiado diez palabras durante la cena, Jonás no pudo mezclarse en su conversación, con gran desagrado por su parte. Además, Franz de Telek parecía un hombre poco comunicativo. Y el posadero, tras haber observado a Rotzko, comprendió que no podría sacarle nada referente a la familia de su amo.

Jonás tuvo, pues, que contentarse con dar las buenas noches a sus huéspedes. Pero antes de subir a su buhardilla recorrió con la mirada la gran sala, prestando un oído inquieto a los menores rumores de dentro y de fuera, y repitiendo para sí:

«¡Con tal de que esa abominable voz no los despierte durante el sueño!».

La noche transcurrió tranquilamente.

Al día siguiente, en cuanto se hizo de día, se difundió la noticia de que habían llegado dos viajeros al *Rey Matías*, y buen número de habitantes corrieron a la posada.

Muy fatigados por su excursión de la víspera, Franz de Telek y Rotzko dormían aún. No era probable que tuvieran intención de levantarse antes de las siete o las ocho.

De ahí la gran impaciencia de los curiosos, que no se habían atrevido a entrar en la sala mientras los viajeros no salieran de sus habitaciones.

Por fin, hacia las ocho, ambos aparecieron.

Nada enojoso les había ocurrido. Pudieron verlos ir y venir por la posada. Después, se sentaron a desayunar. La cosa era muy tranquilizadora.

Además, Jonás, de pie en el umbral de la puerta, sonreía con aire amable, invitando a sus viejos clientes a depositar, de nuevo, su confianza en él. Puesto que el viajero que honraba con su presencia el *Rey Matías* era un gentilhomme —un gentilhomme rumano, de una de las más antiguas familias rumanas—, ¿qué podría temerse en tan noble compañía?

En resumen, maese Koltz, pensando que tenía el deber de dar ejemplo, se atrevió a hacer acto de presencia.

Hacia las nueve, el *biró* entró en la posada, tras alguna

vacilación. Casi en seguida lo siguió el maestro Hermod, tres o cuatro habituales y el pastor Frik. En cuanto al doctor Patak, fue imposible decidirlo a que los acompañase.

—¿Volver a poner los pies en casa de Jonás? —había contestado—. ¡Jamás, aunque me pagara diez florines por la visita!

Conviene hacer una observación que tiene su importancia: si maese Koltz se decidió a volver al *Rey Matías* no era con el único fin de satisfacer un sentimiento de curiosidad, ni debido al deseo de entrar en relación con el conde Franz de Telek. ¡No! En su determinación tenía buena parte el interés personal.

En efecto, en calidad de viajero, el joven conde estaba obligado a pagar un impuesto de paso por su soldado y por él. Ahora bien, no se habrá olvidado que esos impuestos iban directamente al bolsillo del primer magistrado de Werst.

El *biró* acudió, pues, a hacer su reclamación, en términos muy correctos, y Franz de Telek, aunque algo sorprendido por la petición, se apresuró a satisfacerla.

Incluso invitó a maese Koltz y al maestro a que se sentaran un momento a su mesa. Ellos aceptaron, pues no podían rechazar una oferta tan cortésmente formulada.

Jonás se apresuró a servir licores variados, los mejores de su bodega. Algunas gentes de Werst pidieron entonces una ronda por su cuenta. Se podía creer que la vieja clientela, dispersada durante un tiempo, no tardaría en regresar al *Rey Matías*.

Tras haber pagado el impuesto de los viajeros, Franz de Telek deseó saber si era productivo.

—No tanto como quisiéramos, señor conde —contestó maese Koltz.

—¿Es que los viajeros no visitan sino raramente esta parte de Transilvania?

—Raramente, en efecto —contestó el *biró*—. Aunque la región merece ser explorada.

—Esa es mi opinión —dijo el joven conde—. Lo que he visto me parece digno de atraer la atención de los viajeros. Desde la cumbre del Retyezat he admirado mucho los valles del Zsily, las aldeas que se descubren hacia el este y el circo de montañas que cierra por detrás el macizo de los Cárpatos.

—¡Es muy hermoso, señor conde, es muy hermoso! —contestó el

maestro Hermod—. Y, para completar su excursión, lo exhortamos a realizar la ascensión del Paring.

—Me temo que no tendré el tiempo necesario —respondió Franz de Telek.

—Bastaría con un día.

—Sin duda, pero me dirijo a Karlsburg, y pienso salir mañana por la mañana.

—¿Qué? ¿El señor conde quiere dejarnos tan pronto? —dijo Jonás, adoptando su aspecto más amable.

No le habría disgustado que sus huéspedes prolongaran su estancia en el *Rey Matías*.

—Es preciso —contestó el conde de Telek—. Por otra parte, ¿de qué me serviría quedarme en Werst?

—Puede usted creer que nuestro pueblo merece que un turista se detenga algún tiempo —hizo observar maese Koltz.

—Pues parece muy poco frecuentado —replicó el joven conde—, y probablemente es porque sus alrededores no ofrecen nada curioso...

—En efecto, nada curioso... —dijo el *biró*, pensando en el castillo.

—No... Nada curioso... —repitió el maestro.

—¡Oh!... ¡Oh!... —dijo el pastor Frik, al que se le escapó involuntariamente esta exclamación.

¡Qué miradas le echaron maese Koltz y los demás, y en especial el posadero! ¿Es que era tan urgente enterar a un forastero de los secretos de la región? ¿Revelarle lo que ocurría en la meseta de Orgall, señalar a su atención el castillo de los Cárpatos, no eran ganas de asustarlo, de hacerle abandonar la zona? Y, en el futuro, ¿qué viajeros querrían seguir la ruta del desfiladero de Vulkan para entrar en Transilvania?

Realmente, el pastor no demostraba más inteligencia que el último de sus corderos.

—¡Cállate, imbécil, cállate! —le dijo, en voz baja, maese Koltz.

Sin embargo, la curiosidad del joven conde se había despertado, y se dirigió directamente a Frik, preguntándole qué significaban aquellos «¡Oh!... ¡Oh!...».

—Dije ¡Oh!... ¡Oh!..., señor conde —replicó Frik—, y no me desdigo.

—¿Es que hay en las cercanías de Werst alguna maravilla que visitar? —preguntó el joven conde.

—Alguna maravilla... —replicó maese Koltz.

—¡No!... ¡No!... —exclamaron los asistentes.

Y ya se asustaban ante la idea de que se hiciera un segundo intento para penetrar en la fortaleza, intento que no dejaría de atraerles nuevas desgracias.

Franz de Telek, no sin sorpresa, observó a aquellas buenas gentes, cuyos rostros expresaban el terror en formas muy diversas, pero significativas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Qué ocurre, señor? —respondió Rotzko—. Pues bien, parece que está el castillo de los Cárpatos.

—¿El castillo de los Cárpatos?

—¡Sí!... Ese es el nombre que este pastor acaba de susurrar en mi oído.

Y, al hablar así, Rotzko señalaba a Frik, que sacudía la cabeza sin atreverse a mirar al *biró*.

Ahora se había abierto una brecha en el muro de la vida privada del supersticioso pueblo, y toda la historia no tardó en pasar por la brecha.

Maese Koltz, que había tomado una determinación, quiso exponerle en persona al joven conde toda la situación, y le narró lo que se refería al castillo de los Cárpatos.

Por supuesto, Franz de Telek no pudo ocultar la extrañeza que el relato le causó ni los sentimientos que le sugirió. Aunque medianamente instruido sobre cosas científicas, igual que los jóvenes de su condición que viven en sus castillos en el fondo de la campiña valaca, era un hombre de buen sentido. Y creía muy poco en las apariciones y se reía de buena gana de las leyendas. Un castillo visitado por los espíritus excitaba su incredulidad. En su opinión, en lo que acababa de contar maese Koltz no había nada de extraordinario, sino sólo algunos hechos más o menos establecidos a los que las gentes de Werst atribuían un origen sobrenatural. El humo de la torre, la campana tocando a rebato, todo eso podía explicarse muy sencillamente. En cuanto a los resplandores y los bramidos salidos del recinto, eran un puro efecto de la alucinación.

Franz de Telek no tuvo el menor empacho en manifestarlo así y

en bromear sobre ello, con gran escándalo de sus oyentes.

—Pero, señor conde —le hizo observar maese Koltz—, aún hay más...

—¿Más?

—Sí. Es imposible penetrar en el interior del castillo de los Cárpatos.

—¿De verdad?

—Nuestro guardabosques y nuestro doctor quisieron franquear las murallas hace unos días, por hacerle un favor al pueblo, y han estado a punto de pagar muy caro su intento.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Franz de Telek, con un tono bastante irónico.

Maese Koltz contó con todo detalle las aventuras de Nic Deck y del doctor Patak.

—De modo que —dijo el joven conde— cuando el doctor quiso salir del foso, ¿sus pies estaban tan pegados al suelo que no pudo dar un paso?

—¡Ni avanzar ni retroceder! —añadió el maestro Hermod.

—Eso habrá creído su doctor —replicó Franz de Telek—. Lo que le retenía era el miedo... pegado a sus talones...

—De acuerdo, señor conde —continuó maese Koltz—. Pero ¿cómo explicar que Nic Deck haya sufrido una espantosa sacudida cuando puso la mano en el herraje del puente levadizo...?

—Algún mal golpe que le dieron...

—Y tan malo, que está en cama desde ese día —dijo el *biró*.

—No en peligro de muerte, espero —se apresuró a replicar el joven conde.

—No..., por fortuna.

En realidad, había un hecho material, un hecho innegable, y maese Koltz esperaba la explicación que Franz de Telek iba a darle.

Este respondió explícitamente:

—En todo lo que acabo de oír no hay nada, lo repito, que no sea muy sencillo. Lo que no ofrece dudas, para mí, es que ahora el castillo de los Cárpatos está ocupado... ¿Por quién?... Lo ignoro. En todo caso, no por espíritus; son gentes que tienen interés en ocultarse allí, tras haberse refugiado en él...; malhechores, sin duda...

—¿Malhechores? —exclamó maese Koltz.

—Es probable, y como no quieren que vayan a echarlos de allá, les ha interesado hacer creer que el castillo está habitado por seres sobrenaturales.

—¿Cómo, señor conde? —contestó el maestro Hermod—. ¿De veras lo cree así?

—Pienso que esta región es muy supersticiosa, que los huéspedes del castillo lo saben y que han querido evitar de esta forma la visita de importunos.

Era muy verosímil que las cosas fueran así; pero nadie se extrañará de que en Werst no admitieran semejante explicación.

El joven conde comprendió perfectamente que no había convencido en absoluto a un auditorio que no quería dejarse convencer. De forma que se contentó con añadir:

—Puesto que no quieren creer en mis razones, señores, continúen imaginándose lo que les parezca del castillo de los Cárpatos.

—Creemos lo que hemos visto, señor conde —contestó maese Koltz.

—Y lo que es —añadió el maestro.

—Está bien. Realmente, siento no disponer de veinticuatro horas, pues Rotzko y yo habríamos ido a visitar su famoso castillo, y les aseguro que pronto habríamos sabido a qué atenernos...

—¡Visitar el castillo! —gritó maese Koltz.

—Sin vacilar. ¡Y el propio diablo no nos habría impedido franquear su recinto!

Al oír a Franz de Telek expresarse en términos tan positivos, e incluso tan burlones, todos fueron asaltados por otro temor. ¿Es que al tratar a los espíritus del castillo con tanta despreocupación no se atraía otra catástrofe sobre el pueblo?... ¿Es que los genios no oían todo lo que se decía en la posada del *Rey Matías*?... ¿Es que no iba a resonar allí la voz por segunda vez?

Y maese Koltz enteró al joven conde de cómo el guardabosques había sido amenazado, por su nombre y apellido, con un terrible castigo si se empeñaba en querer descubrir los secretos del castillo.

Franz de Telek se contentó con alzarse de hombros; después se puso en pie, diciendo que nunca se habría podido oír una voz en aquella sala, como pretendían. Todo esto, afirmó, sólo existía en la imaginación de los clientes excesivamente crédulos, y demasiado

aficionados al *schnaps*, del *Rey Matías*.

Oído esto, algunos se dirigieron a la puerta, pues no les gustaba permanecer en un lugar donde el joven escéptico se atrevía a sostener semejantes cosas.

Franz de Telek los detuvo con un gesto.

—Decididamente, señores —dijo—, veo que el pueblo de Werst está dominado por el miedo.

—Y no sin razón, señor conde —contestó maese Koltz.

—Pues bien, hay un medio muy indicado para acabar con las maquinaciones que, según ustedes, se producen en el castillo de los Cárpatos. Pasado mañana estaré en Karlsburg y, si ustedes quieren, avisaré a las autoridades de la ciudad. Les enviarán un pelotón de guardias o de agentes de policía, y respondo de que esos valientes podrán penetrar en el castillo, ya sea para expulsar a los farsantes que juegan con la credulidad de ustedes, ya para detener a los malhechores que preparan algún golpe.

Nada más aceptable que esta propuesta, pero no fue del agrado de los notables de Werst. De darles crédito, ni los guardias, ni la policía, ni el propio ejército, podrían acabar con aquellos seres sobrehumanos, que disponían de medios sobrenaturales para defenderse.

—Pero, ahora que lo pienso, señores —continuó el joven conde —, aún no me han dicho a quién pertenece o pertenecía el castillo de los Cárpatos.

—A una vieja familia de la región; la familia de los barones de Gortz —respondió maese Koltz.

—¿La familia de Gortz? —exclamó Franz de Telek.

—¡La misma!

—¿De esa familia era el barón Rodolfo?

—Sí, señor conde.

—¿Y saben qué ha sido de él?

—No. Hace muchos años que el barón de Gortz no ha vuelto por el castillo.

Franz de Telek había palidecido y, maquinalmente, repetía ese nombre con voz alterada:

¡Rodolfo de Gortz!

IX



La familia de los condes de Telek, una de las más viejas e ilustres de Rumanía, tenía ya un rango considerable antes de que el país conquistara su independencia a comienzos del siglo XVI. Mezclada en todas las vicisitudes políticas que constituyen la historia de esas provincias, el nombre de la familia se inscribió gloriosamente en ellas.

En la actualidad, menos favorecida que la famosa haya del castillo de los Cárpatos, a la que aún le quedaban tres ramas, la casa de Telek se veía reducida a una sola, la rama de los Telek de Krajowa, cuyo último retoño era el joven gentilhomme que acababa de llegar al pueblo de Werst.

Durante su infancia, Franz nunca había salido del castillo familiar, donde vivían el conde y la condesa de Telek. Los descendientes de esta familia gozaban de enorme consideración y hacían un generoso empleo de su fortuna. Llevaban la vida tranquila y fácil de la nobleza campesina y sólo salían de su mansión de Krajowa una vez al año, cuando sus negocios los llevaban a la aldea de este nombre, que sólo distaba unas millas.

Este género de existencia influyó necesariamente en la educación de su único hijo, y Franz había tenido que resentirse durante mucho tiempo del medio en que había transcurrido su juventud. Su único profesor fue un anciano sacerdote italiano, que sólo pudo enseñarle lo que sabía, y no sabía gran cosa. Así, el niño,

cuando llegó a joven, sólo había adquirido escasos conocimientos sobre ciencias, artes y literatura contemporánea. Los pasatiempos ordinarios del joven conde eran cazar con pasión, correr día y noche por bosques y llanuras, perseguir ciervos o jabalíes, atacar cuchillo en mano a las fieras de las montañas; y, como era muy valiente y decidido, realizó verdaderas proezas en estos rudos ejercicios.

La condesa de Telek murió cuando su hijo apenas contaba quince años, y éste no tenía aún veintiuno cuando el conde pereció en un accidente de caza.

El dolor del joven Franz fue enorme. Lloró a su padre tanto como había llorado a su madre. Uno y otro le habían sido arrebatados en pocos años. Toda su ternura, todo lo que su corazón encerraba de afectuosos impulsos, se había concentrado hasta entonces en el amor filial, que puede bastar para las expansiones de la infancia y de la adolescencia. Pero cuando este amor le faltó, se encontró solo en el mundo, pues nunca había tenido amigos y su preceptor había muerto.

El joven conde permaneció aún tres años en el castillo de Krajowa, del que no quería salir. Vivía sin tratar de crearse relaciones exteriores. Apenas si fue dos o tres veces a Bucarest, obligado por sus asuntos. Además, se trataba de brevísimas ausencias, pues tenía prisa por regresar a sus dominios.

Sin embargo, esta existencia no podía durar siempre y Franz acabó sintiendo la necesidad de ensanchar un horizonte estrechamente limitado por las montañas rumanas, y volar más allá de sus fronteras.

El joven conde tenía alrededor de veintitrés años cuando tomó la resolución de viajar. Su fortuna le permitía satisfacer ampliamente estos nuevos gustos. Un día abandonó el castillo de Krajowa a sus viejos servidores y dejó el país valaco. Llevaba consigo a Rotzko, un ex soldado rumano que hacía diez años estaba al servicio de la familia de Telek, el compañero de todas sus expediciones de caza. Era un hombre valeroso y resuelto, enteramente consagrado a su amo.

La intención del joven conde era visitar Europa, deteniéndose algunos meses en las capitales y ciudades importantes del continente. Consideraba, no sin razón, que su instrucción, esbozada

apenas en el castillo de Krajowa, podía completarse con las enseñanzas de un viaje cuyo plan había preparado cuidadosamente.

Ante todo, Franz de Telek quiso visitar Italia, pues hablaba con soltura el italiano, que el anciano sacerdote le había enseñado. La atracción de esta tierra, tan llena de recuerdos, fue tan grande que se quedó allí cuatro años. Salía de Venecia para dirigirse a Florencia, abandonaba Roma para ir a Nápoles, regresando sin cesar a estos centros artísticos, de los que no podía salir. Francia, Alemania, España, Rusia, Inglaterra, las vería después, las estudiaría incluso con más provecho —le parecía— cuando la edad hubiera madurado sus ideas. Por el contrario, hay que tener toda la efervescencia de la juventud para apreciar el encanto de las grandes ciudades italianas.

Franz de Telek contaba veintisiete años cuando fue a Nápoles por última vez. Pensaba pasar allí sólo unos días, antes de encaminarse a Sicilia. Quería terminar su viaje con la exploración de la antigua *Trinacria*; después, regresaría al castillo de Krajowa para descansar un año.

Una circunstancia inesperada no sólo iba a cambiar sus proyectos, sino también a decidir su vida y modificar su curso.

Durante los años pasados en Italia, el joven conde no había ganado gran cosa en el terreno de las ciencias, para las que no tenía grandes aptitudes; pero sí, por lo menos, se le había revelado el sentimiento de la belleza, como la luz a un ciego. Con el alma ampliamente abierta a las magnificencias del arte, se entusiasmaba ante las obras maestras de la pintura, cuando visitaba los museos de Nápoles, de Venecia, de Roma y de Florencia. Al mismo tiempo, los teatros le habían hecho conocer las obras líricas de la época y se había apasionado por la interpretación de los grandes artistas.

Con ocasión de su última estancia en Nápoles —y en las circunstancias especiales que van a relatarse—, un sentimiento de naturaleza más íntima, de más intensa hondura, se apoderó de su corazón.

Había en esa época en el teatro de San Cario una célebre cantante, cuya voz purísima, refinado método e intenso dramatismo eran la admiración de los aficionados. Hasta entonces, la Stilla nunca había buscado los aplausos del extranjero, no cantaba otra música que la italiana, que había recuperado su primer puesto en el

arte de la composición. El teatro de Carignan, en Turín; la Scala de Milán, la Fenice de Venecia, el teatro Alfieri en Florencia, el Apolo en Roma, el San Cario en Nápoles, la disfrutaban uno tras otro, y sus triunfos no le dejaban tiempo para lamentarse de no haberse presentado aún en los otros escenarios de Europa.

La Stilla, que entonces contaba veinticinco años, era una mujer de incomparable belleza, con una larga cabellera de tonos dorados, ojos negros y profundos, donde se encendían llamas, una gran pureza de rasgos, una tez cálida, una cintura que el cincel de Praxiteles no habría tallado con mayor perfección. Y esta mujer encerraba una sublime artista, una segunda Malibrán de la que Musset también habría podido decir:

¡Y tus cantos al cielo arrastran el dolor!

Pero esa voz que el más amado de los poetas ha celebrado en sus estancias inmortales:

... esa voz del corazón que llega al corazón,

esa voz era la de la Stilla en toda su inefable magnificencia.

Sin embargo, esta gran artista, que reproducía con tanta perfección los acentos de la ternura, los sentimientos más poderosos del alma, jamás había sentido en su corazón sus efectos, según se decía. Jamás había amado, jamás sus ojos habían contestado a las mil miradas que la envolvían en el escenario. Parecía que sólo quería vivir en su arte y únicamente para su arte.

Desde la primera vez que vio a la Stilla, Franz experimentó las irresistibles seducciones de un primer amor. Renunciando al proyecto de abandonar Italia después de haber visitado Sicilia, resolvió quedarse en Nápoles hasta el final de la temporada. Como si algún lazo invisible, que no podía romper, lo hubiera ligado a la cantante, seguía todas las representaciones, que el entusiasmo del público transformaba en verdaderos triunfos. Varias veces, incapaz de dominar su pasión, había tratado de llegar hasta la joven; pero la puerta de la Stilla permaneció despiadadamente cerrada para él, igual que para otros muchos fanáticos admiradores.

De ello se deduce que pronto el joven conde fue el más digno de compasión de los hombres. Sólo pensaba en la Stilla, sólo vivía para

verla y oírla, no trataba de buscar amistades en el mundo al que su nombre y su fortuna lo llamaban, y con esta tensión del corazón y del espíritu, su salud no tardó en resentirse seriamente. Puede juzgarse lo que habría sufrido si hubiera existido un rival. Pero, lo sabía, nadie podía hacerle sombra, ni siquiera cierto personaje bastante extraño, cuyos rasgos y carácter vamos a describir por las exigencias de esta historia.

Era un hombre de cincuenta a cincuenta y cinco años —se le suponían, por lo menos, en la época del viaje de Franz de Telek a Nápoles—. Este ser poco comunicativo parecía mantenerse al margen de las convenciones aceptadas por las clases elevadas. No se sabía nada de su familia, de su situación, de su pasado. Se le encontraba hoy en Roma, mañana en Florencia y, todo hay que decirlo, según que la Stilla estuviera en Roma o en Florencia. En realidad, sólo se le conocía una pasión: oír a la *prima donna* de tan gran renombre, que ocupaba el primer puesto en el arte del canto.

Si Franz de Telek sólo vivía para la Stilla desde el día en que la vio en el teatro de Nápoles, hacía ya seis años que este excéntrico aficionado sólo vivía para oírla, y parecía que la voz de la cantante era tan necesaria para su vida como el aire que respiraba. Nunca había tratado de verla fuera de la escena, nunca se había presentado ante ella ni le había escrito. Pero cada vez que la Stilla iba a cantar en cualquier teatro de Italia, se veía pasar ante el portero a un hombre de elevada estatura, con un ancho sombrero que ocultaba su cara. Este hombre se apresuraba a ocupar su puesto en un palco enrejado, alquilado de antemano para él. Y allí se quedaba encerrado, inmóvil y silencioso, durante toda la representación. Después, en cuanto la Stilla había cantado el aria final, se iba furtivamente, y ningún otro cantante ni cantatriz habrían podido retenerlo: ni siquiera los hubiera oído.

¿Quién era este espectador tan asiduo? La Stilla había tratado en vano de saberlo. Y, así, al ser de una naturaleza muy impresionable, había acabado por asustarse ante la presencia de aquel hombre tan extraño —espanto irrazonable, aunque muy real—. Aunque ella no podía distinguirlo al fondo de su palco, cuya reja no bajaba jamás, sentía su mirada imperiosa clavada en su persona, y esto la turbaba hasta el punto de que ya no oía los «¡bravos!» con que el público acogía su entrada en el escenario.

Ya se ha dicho que este personaje nunca se había presentado a la Stilla. Pero aunque no había tratado de conocer a la mujer —insistiremos especialmente sobre este punto—, todo lo que podía recordarle a la artista era objeto de sus constantes atenciones. Y, así, poseía el más hermoso de los retratos que el gran pintor Miguel Gregorio había hecho a la cantante, apasionada, vibrante, sublime, encarnada en uno de sus más bellos papeles, y ese retrato, comprado a peso de oro, valía el precio que por él había pagado el admirador.

Aunque este personaje original estaba siempre solo cuando iba a ocupar su palco en las representaciones de la Stilla, aunque no salía nunca de su casa a no ser para dirigirse al teatro, no había que deducir que viviera en un completo aislamiento. No, un compañero no menos heteróclito que él compartía su existencia.

Este individuo se llamaba Orfanik. ¿Qué edad tenía? ¿De dónde venía? ¿Dónde había nacido? Nadie habría podido contestar a estas tres preguntas. Si se le daba oídos —pues charlaba de buena gana—, era uno de esos sabios desconocidos cuyo genio no ha podido abrirse camino y que aborrecen al mundo. Se suponía, no sin razón, que debía ser algún pobre diablo de inventor al que sostenía con largueza la bolsa del rico aficionado.

Orfanik era de mediana estatura, flaco, endeble, seco, con una cara muy pálida, como lavada. Como signo particular llevaba un parche negro en el ojo derecho, que había debido perder en un experimento físico o químico, y, en la nariz, un par de gruesas gafas, cuyo único cristal de miope servía para su ojo izquierdo, en el que se alumbraba una mirada verdosa. Durante sus paseos solitarios, gesticulaba como si charlase con algún ser invisible que le escuchaba sin contestarle nunca.

Estos dos personajes, el extraño melómano y el no menos extraño Orfanik, eran muy conocidos, al menos todo lo que podían serlo en las ciudades italianas a las que los llevaba regularmente la temporada teatral. Tenían el privilegio de suscitar la curiosidad pública, y aunque el admirador de la Stilla había rechazado siempre a los reporteros y sus indiscretas entrevistas, se acabó conociendo su nombre y su nacionalidad. Este personaje era de origen rumano, y cuando Franz de Telek preguntó cómo se llamaba, le contestaron:

—El barón Rodolfo de Gortz.

Las cosas estaban así cuando el joven conde llegó a Nápoles. Hacía dos meses que el teatro de San Cario estaba abarrotado y el éxito de la Stilla aumentaba cada noche. Nunca se había mostrado tan admirable en los papeles de su repertorio, jamás había provocado ovaciones tan entusiastas.

En cada una de esas representaciones, mientras Franz ocupaba su lugar en el patio de butacas, el barón de Gortz, oculto en el fondo de su palco, se absorbía en aquel canto exquisito, se impregnaba con aquella voz penetrante, sin la que no habría podido vivir.

Entonces fue cuando corrió por Nápoles un rumor, un rumor al que el público no quería dar crédito, pero que acabó alarmando a todos los aficionados.

Se decía que, una vez acabada la temporada, la Stilla renunciaría al teatro. Pero ¿cómo? ¿Era posible que pensara en retirarse en la plenitud de su talento, en el apogeo de su belleza, en la cumbre de su carrera artística?

Por inverosímil que pareciera, era cierto, y, sin sospecharlo, el barón de Gortz fue, en parte, la causa de esta resolución.

Aquel espectador de aire misterioso, siempre allí, aunque invisible tras la reja de su palco, había acabado provocando en la Stilla una emoción nerviosa y persistente de la que no podía librarse. Desde que entraba en escena se sentía tan alterada que esa turbación, visible incluso para el público, había alterado poco a poco su salud. Marcharse de Nápoles, huir a Roma o a Venecia o a cualquier otra ciudad de la península no le hubiera servido de nada, lo sabía, para librarse de la presencia del barón de Gortz. Ni siquiera conseguiría escapar de él si se iba a Alemania, a Rusia o a Francia. La seguiría a cualquier lugar donde cantara, y el único medio para librarse de esta obsesiva importunidad era abandonar el teatro.

Ahora bien, hacía ya dos meses, antes de que el rumor de su retirada se hubiera difundido, que Franz de Telek se había decidido a realizar una gestión con la cantante, que por desgracia iba a provocar la más irreparable de las catástrofes. Libre, dueño de una gran fortuna, pudo conseguir que la Stilla lo recibiera y le había ofrecido convertirse en la condesa de Telek.

La Stilla conocía hacía tiempo los sentimientos que inspiraban al

joven conde. Se había dicho que era un gentilhomme al que cualquiera mujer, incluso del mundo más encumbrado, sería feliz confiándole su felicidad. Y además, con la disposición de espíritu en que se encontraba cuando Franz de Telek le ofreció darle su nombre, lo acogió con una simpatía que no trató de disimular. Y con entera fe en sus sentimientos consintió en convertirse en la esposa del conde de Telek, sin el menor pesar por tener que abandonar su carrera dramática.

La noticia era cierta, pues, y la Stilla no reaparecería en ningún teatro en cuanto hubiera finalizado la temporada en San Cario. Su boda, que hasta entonces sólo había sido una sospecha, se dio por segura.

Puede imaginarse que esta noticia produjo un prodigioso efecto no sólo en el mundo artístico, sino también en la alta sociedad italiana. Tras haberse negado a creer en la realización de este proyecto, hubo que rendirse ante la evidencia. Entonces se produjeron celos y odios contra el joven conde, que arrebatava a su arte, a sus éxitos, a la idolatría de los aficionados, a la más grande cantante de la época. De ello se derivaron amenazas personales contra Franz de Telek, amenazas que no preocuparon al joven ni por un instante.

Si eso ocurrió con el público, es inimaginable lo que tuvo que sentir el barón Rodolfo de Gortz ante la idea de que le iban a robar a la Stilla, que perdería con ella todo lo que lo ataba a la vida. Se difundió el rumor de que el barón había tratado de suicidarse. Lo cierto es que, a partir de ese día, Orfanik dejó de aparecer por las calles de Nápoles. No abandonaba nunca al barón Rodolfo y acudió varias veces a encerrarse con él en el palco de San Cario, que el barón ocupaba en todas las representaciones, lo cual no había ocurrido nunca, pues era absolutamente refractario al encanto de la música, como otros muchos sabios.

Aunque los días transcurrieran, la emoción no se calmaba, e iba a llegar a su colmo la noche en que la Stilla hizo su última aparición en el teatro. En el magnífico papel de Angélica, en el *Orlando*, esa obra maestra de Arconati, diría adiós a su público.

Aquella noche, el San Cario fue demasiado pequeño para contener a los espectadores que se atestaban ante sus puertas, y la mayoría de ellos tuvo que quedarse a la entrada. Se temían

manifestaciones contra el conde de Telek, sino mientras la Stilla estaba en el escenario, al menos cuando el telón bajara tras el último acto de la ópera.

El barón de Gortz se había sentado en su palco, y también en esta ocasión Orfanik estaba a su lado.

Apareció la Stilla, más conmovida que nunca. Se recuperó, sin embargo, se abandonó a su inspiración, y cantó con tal perfección, con un talento tan incomparable que no podría contarse. El entusiasmo indescriptible que suscitó en los espectadores llegó al delirio.

Durante la representación, el joven conde se había quedado entre bastidores, impaciente, nervioso, febril, sin poder contenerse, maldiciendo la longitud de las escenas, irritándose por los retrasos que provocaban los aplausos y las llamadas. ¡Ah! ¡Cuánto le tardaba arrancar al teatro a la que iba a ser condesa de Telek y llevársela lejos, muy lejos, tan lejos que sería sólo para él, para él solo!

Llegó por fin la dramática escena en la que muere la heroína de *Orlando*. Nunca había parecido tan penetrante la admirable música de Arconati, jamás la Stilla la interpretó con acentos más apasionados. Parecía que toda su alma se destilaba por sus labios... Y, sin embargo, se diría que su voz, desgarrada en algunos momentos, iba a romperse..., ¡que su voz no se oiría nunca más!

En aquel momento se bajó la reja del palco del barón de Gortz. Una cabeza extraña, de largos cabellos entrecanos, de ojos ardientes, apareció; la cara, exangüe, era de una espantosa palidez y, desde el fondo de los bastidores, Franz la distinguió a plena luz, lo cual nunca le había ocurrido.

La Stilla se dejaba arrastrar entonces por toda la fogosidad de la arrebatada estrofa del canto final... Acababa de repetir esta frase, de un sublime sentimiento:

*Innamorata, mió cuore tremante,
voglio morire...*

De pronto se detuvo.

La cara del barón de Gortz la aterra... Un inexplicable espanto la paraliza... Se lleva vivamente la mano a la boca, que se enrojece con sangre... Tropieza... y cae...

El público se ha levantado, palpitante, asustado, en el colmo de la angustia...

Un grito escapa del palco del barón de Gortz...

Franz acaba de precipitarse al escenario, coge en sus brazos a la Stilla, la levanta... La mira... La llama...

—¡Muerta!... ¡Muerta!... —grita—. ¡Muerta!

La Stilla ha muerto... En su pecho se ha roto un vaso... ¡Su canto se ha extinguido con su último suspiro!

* * *

El joven conde fue llevado a su hotel en tal estado que se temió por su razón. No pudo asistir a los funerales de la Stilla, que se celebraron ante una inmensa concurrencia de la población napolitana.

En el cementerio del *Campo Santo Nuovo*, donde la cantante fue inhumada, sólo se lee este nombre sobre mármol blanco:

STILLA

La noche de los funerales, un hombre acudió al *Campo Santo Nuovo*. Allí, con ojos salvajes, la cabeza inclinada, los labios apretados como si ya estuvieran sellados por la muerte, miró durante mucho tiempo el lugar donde la Stilla estaba enterrada. Parecía escuchar, como si la voz de la gran artista fuera a escaparse por última vez de la tumba. Era Rodolfo de Gortz. Aquella misma noche, el barón de Gortz, acompañado por Orfanik, abandonó Nápoles, y nadie, tras su partida, pudo decir qué había sido de él.

Pero al día siguiente llegó una carta a la dirección del joven conde.

Esta carta sólo contenía estas palabras, de un laconismo amenazador:

«¡Usted la ha matado!... ¡Ay de usted, conde de Telek!

RODOLFO DE GORTZ»

X



sta fue la lamentable historia. Durante un mes, la existencia

de Franz de Telek estuvo en peligro. No reconocía a nadie, ni siquiera a su soldado Rotzko. En lo más intenso de la fiebre, un único nombre entreabría sus labios, dispuestos a exhalar el último suspiro: el de Stilla.

El joven conde escapó a la muerte. La habilidad de los médicos, los incesantes cuidados de Rotzko y, también, su juventud y su fuerte naturaleza, salvaron a Franz de Telek. Su razón salió intacta de este terrible derrumbamiento. Pero cuando recuperó la memoria, cuando recordó la trágica escena final de *Orlando*, en la que se había roto el alma de la artista, gritó, mientras sus manos se unían como para aplaudir:

—¡Stilla!... ¡Mi Stilla!...

En cuanto su amo pudo dejar el lecho, Rotzko consiguió que se decidiera a marcharse de esta ciudad maldita, que se dejara trasladar al castillo de Krajowa. Pero antes de abandonar Nápoles el joven conde quiso ir a rezar a la tumba de la muerta, para dirigirle un postrero y eterno adiós.

Rotzko lo acompañó al *Campo Santo Nuovo*. Franz se arrojó sobre aquella tierra cruel, se esforzó por cavarla con sus uñas, para enterrarse allí... Rotzko consiguió arrastrarlo lejos de la tumba donde yacía toda su felicidad.

Unos días después, Franz de Telek, de regreso en Krajowa, en el

interior de Valaquia, volvió a ver el antiguo feudo de su familia. Y en el castillo vivió durante cinco años en un aislamiento absoluto, del que se negaba a salir. Ni el tiempo ni la distancia habían podido dulcificar su dolor. Habría tenido que olvidar, y se negaba a ello. El recuerdo de la Stilla, tan vivo como el primer día, estaba identificado con su existencia. Era de esas heridas que sólo se cierran con la muerte.

Sin embargo, en la época en que comienza esta historia, el joven conde había abandonado su castillo hacía unas semanas. ¡A qué prolongadas e insistentes presiones tuvo que recurrir Rotzko para decidir a su amo a romper con la soledad en que languidecía! Estaba bien que Franz no se consolara, pero por lo menos era indispensable que tratara de distraer su dolor.

Se había retrasado un plan de viajes para visitar primero las provincias transilvanas. Posteriormente —así lo esperaba Rotzko— el joven conde consentiría en reanudar aquel viaje por Europa que habían interrumpido los tristes acontecimientos de Nápoles.

Franz de Telek había partido, pues, como turista esta vez, pero para una exploración muy breve. Rotzko y él subieron las llanuras valacas hasta el imponente macizo de los Cárpatos; se metieron entre los desfiladeros del Vulkan; después, tras la ascensión del Retyezat y una excursión a través del valle del Maros, habían acudido a descansar al pueblo de Werst, a la posada del *Rey Matías*.

Ya se sabe el estado de ánimo del pueblo en el momento que Frank de Telek llegó a él, y cómo lo pusieron al corriente de los hechos incomprensibles de que era escenario el castillo. También se sabe cómo acababa de enterarse de que el castillo pertenecía al barón Rodolfo de Gortz.

El efecto producido por este nombre sobre el joven conde fue demasiado evidente, y maese Koltz y los otros notables lo observaron. También Rotzko mandó al diablo, de muy buena gana, a aquel maese Koltz que lo había pronunciado tan inoportunamente, y a sus bobas historias. ¿Por qué la mala suerte había traído a Franz de Telek a este pueblo de Werst, en las proximidades del castillo de los Cárpatos?

El joven conde guardaba silencio. Su mirada, vagando de unos a otros, indicaba la profunda turbación de su alma, que trataba vanamente de calmar.

Maese Koltz y sus amigos comprendieron que había un lazo misterioso entre el conde de Telek y el barón de Gortz; pero, por curiosos que se sintieran, mantuvieron una correcta reserva y no insistieron en saber más. Posteriormente, ya se vería lo que se podía hacer.

Unos instantes después, todos habían salido del *Rey Matías*, muy intrigados por este extraordinario encadenamiento de aventuras que no presagiaba nada bueno para el pueblo.

Y, además, ahora que el joven conde sabía a quién pertenecía el castillo de los Cárpatos, ¿mantendría su promesa? Una vez llegado a Karlsburg, ¿avisaría a las autoridades y reclamaría su intervención? El *biró*, el maestro, el doctor Patak y los otros se lo preguntaban. En cualquier caso, si él no lo hacía, maese Koltz estaba decidido a hacerlo. Advertirían a la policía, acudiría a visitar el castillo y averiguaría si lo frecuentaban los espíritus o estaba habitado por malhechores, pues el pueblo no podía permanecer más tiempo con semejante obsesión.

Es cierto que para la mayoría de los habitantes se trataba de una tentativa inútil, de una medida ineficaz... ¡Enfrentarse a los genios!... ¡Los sables de los guardias se romperían como cristal y sus fusiles fallarían todos los disparos!

Franz de Telek, cuando se quedó solo en la gran sala del *Rey Matías*, se abandonó a los recuerdos que el nombre del barón de Gortz acababa de evocar tan dolorosamente.

Tras haber permanecido una hora anonadado en un sillón, se levantó, salió de la posada, se dirigió al extremo de la terraza y miró a lo lejos.

En la cumbre del Plesa, en el centro de la meseta de Orgall, se alzaba el castillo de los Cárpatos. Allí había vivido aquel extraño personaje, el espectador de San Cario, el hombre que inspiraba tan insuperable terror a la desdichada Stilla. Pero, en la actualidad, la fortaleza estaba abandonada y el barón de Gortz no había regresado a ella desde que huyó de Nápoles. Se ignoraba incluso lo que había sido de él, y era posible que hubiera puesto fin a su vida después de la muerte de la gran artista.

Franz se perdía en el terreno de las hipótesis, sin saber en cuál detenerse.

Por otra parte, la aventura del guardabosques Nic Deck no

dejaba de preocuparlo en cierta medida, y le habría gustado descubrir el misterio, aunque sólo fuera por tranquilizar a la población de Werst.

Así como el joven conde no ponía en duda que unos malhechores se habían refugiado en el castillo, resolvió mantener la promesa que había hecho de destruir las maniobras de los falsos aparecidos, avisando a la policía de Karlsburg.

Sin embargo, para poder actuar, Franz quería tener detalles más concretos sobre el asunto. Lo mejor sería dirigirse al joven guardabosques en persona. Por ello, hacia las tres de la tarde, antes de regresar al *Rey Matías*, se presentó en casa del *biró*.

Maese Koltz se mostró muy honrado de recibirlo —¡un gentilhombre como el señor conde de Telek... descendiente de una noble familia rumana..., al que el pueblo de Werst debería el haber recuperado la calma... y también la prosperidad..., pues los turistas volverían a visitar la región... y a pagar los derechos de peaje, sin tener nada que temer de los genios maléficos del castillo de los Cárpatos!..., etc.

Franz de Telek agradeció los cumplidos de maese Koltz y preguntó si no había inconveniente en que lo llevaran junto a Nic Deck.

—Ninguno, señor conde —contestó el *biró*—. Ese valiente muchacho va muy bien y no tardará en reanudar su servicio.

Después, volviéndose:

—¿Verdad, Miriota? —agregó, interpelando a su hija, que acababa de entrar en la sala.

—¡Dios lo quiera, padre! —contestó Miriota, con voz conmovida.

Franz quedó encantado ante el gracioso saludo que le dirigió la joven. Y, viéndola aún inquieta por el estado de su prometido, se apresuró a pedir algunas explicaciones sobre este tema.

—Según lo que me han dicho, Nic Deck no sufre ninguna herida grave.

—No, señor conde —respondió Miriota—. ¡Gracias al cielo!

—¿Tienen un buen médico en Werst?

—¡Hum! —dijo maese Koltz, con un tono muy poco halagüeño para el ex enfermero de la cuarentena.

—Tenemos al doctor Patak —dijo Miriota.

—¿El mismo que acompañó a Nic Deck al castillo de los Cárpatos?

—Sí, señor conde.

—Señorita Miriota —dijo entonces Franz—, desearía ver a su prometido, en su propio interés, y obtener detalles más concretos sobre esta aventura.

—Se apresurará a dárselos, incluso aunque eso le canse...

—¡Oh! No abusaré, señorita Miriota, ni haré nada que pueda perjudicar a Nic Deck.

—Lo sé, señor conde.

—¿Cuándo se celebrará la boda?

—Dentro de unos quince días —contestó el *biró*.

—Entonces, tendré el gusto de asistir a ella, si maese Koltz quiere invitarme...

—Señor conde, semejante honor...

—Dentro de quince días, de acuerdo... Y estoy seguro de que Nic Deck estará curado en cuanto pueda permitirse un paseíto con su linda novia.

—¡Que Dios le proteja, señor conde! —contestó, ruborizándose, la joven.

Y, en aquel momento, su encantador rostro expresaba una ansiedad tan visible que Franz le preguntó la causa.

—¡Sí! ¡Que Dios le proteja! —respondió Miriota—, ya que, al intentar penetrar en el castillo a pesar de la prohibición, Nic ha desafiado a los genios maléficos... ¡Y quién sabe si no se ensañarán atormentándolo durante toda su vida!

—¡Oh! Lo que es en eso, señorita Miriota, le aseguro que lo arreglaremos —contestó Franz.

—¿No le ocurrirá nada a mi pobre Nic?

—Nada; y, gracias a los agentes de la policía, se podrá recorrer el recinto de la fortaleza, dentro de unos días, con tanta seguridad como la plaza de Werst.

El joven conde, juzgando que era inoportuno discutir esta cuestión de lo sobrenatural con espíritus tan llenos de prejuicios, rogó a Miriota que lo llevara a la habitación del guardabosques.

Nic Deck había sido informado de la llegada de los dos forasteros a la posada del *Rey Matías*. Sentado en un viejo sillón, ancho como una garita, se levantó para recibir a su visitante. Como

ya no se resentía de la parálisis que le había afectado momentáneamente, era capaz de contestar a las preguntas del conde de Telek.

—Señor Deck —dijo Franz, tras haber estrechado amistosamente la mano del joven guardabosques—, ante todo quería preguntarle si cree en la presencia de seres sobrenaturales en el castillo de los Cárpatos.

—Tengo que creer a la fuerza, señor conde —contestó Nic Deck.

—¿Y serían ellos los que le impidieron franquear la muralla de la fortaleza?

—No me cabe la menor duda.

—¿Y por qué razón?

—Porque, si no hubiera genios, lo que me ocurrió sería inexplicable.

—¿Tendría la amabilidad de contarme ese asunto sin omitir nada de lo ocurrido?

—Con sumo gusto, señor conde.

Nic Deck hizo el minucioso relato que se le pedía. Sólo pudo confirmar los hechos que había sabido Franz en su conversación con los huéspedes del *Rey Matías*, hechos a los que el joven conde, según es sabido, daba una explicación puramente natural.

En resumen, los acontecimientos de aquella noche de aventuras se explicaban con facilidad si los seres humanos, malhechores o no, que ocupaban la fortaleza poseían una maquinaria capaz de producir esos efectos fantasmagóricos. En cuanto a la singular pretensión del doctor Patak de una fuerza invisible que lo encadenó al suelo, se podía sostener que el tal doctor había sido juguete de una ilusión. Lo que parecía verosímil es que le hubieran fallado sus piernas, simplemente porque estaba loco de miedo, y así lo declaró Franz al joven guardabosques.

—¿Cómo, señor conde? —contestó Nic Deck—. ¿Las piernas iban a fallarle a ese cobardón en el momento de huir? Eso no es posible, tendrá que concederme...

—Pues bien —replicó Franz—, admitamos que haya metido el pie en una trampa oculta bajo las hierbas del fondo del foso...

—Cuando una trampa se cierra —contestó el guardabosques—, os hiere cruelmente, os desgarran la carne... y las piernas del doctor Patak no presentan rastros de heridas.

—Su observación es correcta, Nic Deck, pero, créame, si es cierto que el doctor no pudo moverse es porque sus pies estaban retenidos de esa manera...

—Le preguntaría entonces, señor conde, cómo ha podido abrirse la trampa por sí misma para dejar en libertad al doctor.

Franz se vio en un apuro para contestar a esto.

—Y, además, señor conde —continuó el guardabosques—, le concedo todo lo referente al doctor Patak. Después de todo, sólo puedo afirmar lo que sé por mí mismo.

—Sí, dejemos a ese buen doctor y no hablemos más que de lo que le ocurrió a usted, Nic Deck.

—Lo que me ocurrió está muy claro. No cabe la menor duda de que recibí una terrible sacudida, y de una manera que no es nada natural.

—¿No había ningún rastro de herida en su cuerpo? —preguntó Franz.

—Ninguno, señor conde, y, sin embargo, fui rechazado violentamente.

—¿Eso ocurrió cuando puso la mano en el herraje del puente levadizo?

—Sí, señor conde, en cuanto lo toqué quedé como paralizado. Felizmente, mi otra mano, que sujetaba la cadena, no la solté, y me deslicé hasta el fondo del foso, donde el doctor me levantó sin conocimiento.

Franz sacudía la cabeza como hombre a quien estas explicaciones dejaban incrédulo.

—Veamos, señor conde —continuó Nic Deck—, no he soñado lo que le acabo de contar, y si durante ocho días estuve tendido cuan largo era en la cama, sin poder usar el brazo ni la pierna, ¿no sería muy razonable decir que me he figurado todo eso!

—No, no pretendo eso. Es seguro que usted recibió una conmoción brutal...

—¡Brutal y diabólica!

—No; en eso no estamos de acuerdo, Nic Deck —contestó el joven conde—. Usted cree que fue golpeado por un ser sobrenatural, y yo no lo creo, ya que no hay seres sobrenaturales, ni maléficos ni benéficos.

—¿Querría usted, señor conde, darme una explicación de lo que

me sucedió?

—No puedo aún hacerlo, Nic Deck, pero tenga la seguridad de que todo se explicará, y de la forma más simple.

—¡Dios lo quiera! —respondió el guardabosques.

—Dígame —continuó Franz—. ¿El castillo perteneció siempre a la familia de Gortz?

—Sí, señor conde, y le sigue perteneciendo, aunque el último descendiente de la familia, el barón Rodolfo, desapareció sin que se volviera a saber de él.

—¿A qué época se remonta esa desaparición?

—A hace unos veinte años.

—¿A veinte años?

—Sí, señor conde. Un día, el barón Rodolfo abandonó el castillo, cuyo último servidor murió unos meses después de su marcha, y no se le ha vuelto a ver.

—Y, desde entonces, ¿nadie ha puesto el pie en la fortaleza?

—Nadie.

—¿Y qué se cree en la región?

—Se cree que el barón Rodolfo debió morir en el extranjero y que su muerte siguió muy de cerca a su desaparición.

—Se equivocan, Nic Deck. El barón vive aún; por lo menos vivía hace cinco años.

—¿Vivía, señor conde?

—Sí... En Italia... En Nápoles.

—¿Usted lo vio?

—Yo lo vi.

—¿Y desde hace cinco años?

—No he vuelto a saber nada de él.

El joven guardabosques se quedó pensativo. Se le había ocurrido una idea; una idea que no se atrevía a formular.

Por último, se decidió y, levantando la cabeza, con el ceño fruncido, dijo:

—¿No podría suponerse, señor conde, que el barón Rodolfo de Gortz haya regresado a la región con la idea de encerrarse en el fondo de ese castillo?

—No... No podría suponerse, Nic Deck.

—¿Qué interés tendría en ocultarse, en no dejar que nadie penetrara allí...?

—Ningún interés —contestó Franz de Telek.

Pero era una idea que empezaba a removerse en la mente del joven conde. ¿No era posible que aquel personaje, cuya existencia siempre había sido tan enigmática, hubiera acudido a refugiarse en su castillo después de su marcha de Nápoles? Allí, gracias a las creencias supersticiosas, hábilmente avivadas, le era muy fácil, si quería vivir absolutamente aislado, protegerse contra cualquier búsqueda inoportuna, ya que conocía el estado de ánimo de la región circundante.

Sin embargo, Franz consideró que era inútil lanzar a las gentes de Werst tras esta hipótesis. Habría tenido que confiarles hechos que eran demasiado personales. Además, no hubiera convencido a nadie, y lo comprendió perfectamente cuando Nic Deck agregó:

—Si el barón Rodolfo es quien está en el castillo, habrá que creer que el barón Rodolfo es el *Chort*, pues sólo el *Chort* ha podido tratarme de esa manera...

Deseoso de no volver a aquel terreno, Franz cambió de conversación. Cuando hubo empleado todos los medios para tranquilizar al guardabosques sobre las consecuencias de su tentativa, lo exhortó a no repetirla. No era asunto suyo, sino de las autoridades, y los agentes de policía de Karlsburg podrían averiguar el misterio del castillo de los Cárpatos.

El joven conde se despidió entonces de Nic Deck, recomendándole que se curara lo más pronto posible, para no retrasar su boda con la linda Miriota, boda a la que se prometía asistir.

Absorto en sus reflexiones, Franz regresó al *Rey Matías*, de donde no volvió a salir en todo el día.

A las seis, Jonás le sirvió la cena en la gran sala, donde, por un loable sentimiento de discreción, ni maese Koltz ni nadie del pueblo vino a turbar su soledad.

Hacia las ocho, Rotzko le dijo al joven conde:

—¿No me necesita, amo?

—No, Rotzko.

—Entonces voy a fumar mi pipa a la terraza.

—Vete, Rotzko, vete.

Medio acostado en un sillón, Franz se dejó ir de nuevo a remontar el curso inolvidable del pasado. Estaba en Nápoles

durante la última representación del teatro San Cario... Volvía a ver al barón de Gortz, en el momento en que este hombre se le había aparecido, con la cabeza fuera del palco, sus miradas ardientemente fijadas en la artista, como si la hubiera querido fascinar...

Después, el pensamiento del conde se detuvo en la carta firmada por el extraño personaje, que lo acusaba a él, Franz de Telek, de haber matado a la Stilla...

Mientras se perdía así en sus recuerdos, Franz sentía que el sueño le iba ganando poco a poco. Pero aún se encontraba en ese estado mixto en el cual se puede percibir el menor ruido... Y entonces se produjo un fenómeno sorprendente.

Parece que una voz dulce y bien modulada pasa a través de esta sala donde Franz está solo, muy solo.

Sin preguntarse si sueña o no, Franz se endereza y escucha.

¡Sí! Se diría que una boca se ha acercado a su oído, que labios invisibles dejan escapar la expresión melódica de Stefano, inspirada por estas palabras:

*Nel giardino de'mille fiori,
Andiamo, mió cuore...*

Franz conoce esa romanza... Esa romanza, de una inefable suavidad, la cantó la Stilla en el concierto que dio en el teatro de San Cario antes de su representación de despedida...

Como acunado por la melodía, sin darse cuenta, Franz se abandona al encanto de oírla una vez más...

Después, la frase acaba, y la voz, que va disminuyendo, se extingue con las suaves vibraciones del aire.

Pero Franz ha sacudido su pesadez... Se ha levantado bruscamente... Retiene el aliento, trata de aferrar algún lejano eco de esa voz que le habla al corazón.

Todo es silencio dentro y fuera de la posada.

—¡Su voz! —murmura—. ¡Sí!... Era su voz... ¡La voz que tanto he amado!

Después, volviendo a la realidad:

—Dormía... y he soñado... —dijo.

XI

Al día siguiente el joven conde se despertó de madrugada,

con el alma aún turbada por las visiones de la noche. Esa mañana debía salir del pueblo de Werst para dirigirse a Koloszvar.

Tras haber visitado los pueblos industriales de Petrozsény y Livadzel, Franz tenía intención de detenerse un día entero en Karlsburg, antes de ir a pasar algún tiempo en la capital de Transilvania. Desde allí, el ferrocarril lo llevaría a través de las provincias de la Hungría central, última etapa de su viaje.

Franz salió de la posada y se paseaba por la terraza, con los gemelos ante los ojos, examinando con profunda emoción los perfiles del castillo, que el sol naciente dibujaba claramente sobre la meseta de Orgall.

Sus reflexiones se centraban en un punto: cuando llegara a Karlsburg, ¿mantendría la promesa que había hecho a las gentes de Werst? ¿Avisaría a la policía de lo que ocurría en el castillo de los Cárpatos?

Cuando el joven conde se comprometió a devolver la calma al pueblo, fue con la íntima convicción de que el castillo servía de refugio a una banda de malhechores, o, por lo menos, a gentes sospechosas que tenían interés en no ser encontradas, y se las habían ingeniado para impedir que nadie se acercara a la fortaleza.

Pero durante la noche Franz había reflexionado. Sus ideas habían sufrido un giro y ahora vacilaba.

En efecto, hacía cinco años que el último descendiente de la familia de Gortz, el barón Rodolfo, había desaparecido, y nadie pudo saber nunca lo que había sido de él. Sin duda, se había difundido el rumor de que había muerto algún tiempo después de su marcha de Nápoles. Pero ¿qué había de cierto? ¿Qué pruebas se tenían de su muerte? Quizá el barón de Gortz vivía aún y, si vivía, ¿por qué no iba a haber regresado al castillo de sus antepasados? ¿Por qué Orfanik, el único allegado que se le conocía, no lo habría acompañado, y por qué ese extraño físico no sería el autor y el director de escena de los fenómenos que sembraban el espanto en la región? Precisamente Franz reflexionaba sobre todo esto.

Hay que convenir que la hipótesis parecía bastante plausible, y si el barón Rodolfo de Gortz y Orfanik habían buscado refugio en el castillo, era comprensible que quisieran hacerlo inaccesible, para llevar en él la vida que convenía a sus costumbres y su carácter.

Ahora bien, si eso ocurría, ¿qué conducta debía adoptar el joven conde? ¿Era conveniente que tratara de intervenir en los asuntos privados del barón de Gortz? Seguía preguntándose, pesando el pro y el contra del asunto, cuando Rotzko vino a reunirse con él en la terraza.

Creyó que sería adecuado comunicarle sus ideas a este respecto:

—Amo —respondió Rotzko—, es posible que sea el barón de Gortz quien se dedica a todas esas imaginaciones diabólicas. Pues bien, si es así, mi opinión es que no hay que mezclarse en ello. Los miedosos de Werst resolverán el problema como puedan, es asunto suyo, y nosotros no tenemos por qué preocuparnos de devolver la calma al pueblo.

—Está bien —contestó Franz—, y, pensándolo bien, creo que tienes razón, mi buen Rotzko.

—Yo también lo creo —contestó sencillamente el soldado.

—En cuanto a maese Koltz y los demás, a estas horas ya saben lo que tienen que hacer para acabar con los supuestos espíritus del castillo.

—En efecto, amo, sólo tiene que avisar a la policía de Karlsburg.

—Nos pondremos en camino después de almorzar, Rotzko.

—Todo estará preparado.

—Pero antes de bajar al valle del Zsily, daremos un rodeo hacia el Plesa.

—¿Para qué, amo?

—Me gustaría ver desde más cerca ese singular castillo de los Cárpatos.

—¿Con qué objeto?...

—Una ocurrencia, Rotzko, una ocurrencia que no nos retrasará más de media jornada.

Rotzko quedó muy contrariado por esta determinación, que le parecía, por lo menos, inútil. Le habría gustado apartar todo lo que podía recordar con demasiada viveza al joven conde el pasado. Pero esta vez fue en vano, tropezó con una inflexible resolución de su amo.

Y es que Franz —como si hubiera sufrido una influencia irresistible— se sentía atraído por la fortaleza. Sin que se diera cuenta, quizá esta atracción se relacionaba con el sueño en el cual había oído la voz de la Stilla murmurando la quejumbrosa melodía de Stefano.

Pero ¿había soñado?... ¡Sí! Eso se preguntaba al recordar que en aquella misma sala del *Rey Matías* había sonado ya antes una voz, según aseguraban —la voz cuyas amenazas desafió tan imprudentemente Nic Deck—. En la disposición mental en que se encontraba el joven conde no es de extrañar que hubiera hecho el proyecto de dirigirse hacia el castillo de los Cárpatos, de subir hasta la base de las viejas murallas, aunque sin intención de entrar en el recinto.

Franz de Telek estaba decidido a no dar a conocer sus proyectos a las gentes de Werst. Habrían sido capaces de unirse a Rotzko, para disuadirlo de aproximarse a la fortaleza, y le había recomendado a su soldado que callara ese proyecto. Al verlo bajar desde el pueblo hacia el valle del Zsily, nadie pondría en duda que iba a encaminarse a Karlsburg. Pero, desde la terraza había observado otro camino que bordeaba la base del Retyezatz hasta el desfiladero de Vulkan. Sería posible, pues, subir las cimas del Plesa sin volver a pasar por el pueblo y, por consiguiente, sin que maese Koltz ni los demás lo vieran.

A mediodía, tras haber pagado sin discusión la nota, algo abultada, que le presentó Jonás con su mejor sonrisa, Franz se dispuso a marcharse.

Maese Koltz, la linda Miriota, el maestro Hermod, el doctor

Patak, el pastor Frik y otros muchos habitantes del pueblo acudieron a decirle adiós.

El joven guardabosques había podido, incluso, salir de su cuarto, y se veía perfectamente que no tardaría en recuperarse —el ex enfermero se atribuía el honor de esta curación.

—Le felicito, Nic Deck —le dijo Franz—, así como a su prometida.

—Gracias, muchas gracias —respondió la joven, resplandeciente de felicidad.

—Que tenga un feliz viaje, señor conde —añadió el guardabosques.

—Sí, ojalá lo sea —respondió Franz, cuya frente se ensombreció.

—Señor conde, le rogamos que no olvide las gestiones que nos prometió hacer en Karlsburg —dijo entonces maese Koltz.

—No las olvidaré, maese Koltz —contestó Franz—. Pero, en el caso de que mi viaje se retrasara, ustedes conocen ya el medio, sencillísimo de desembarazarse de esa inquietante vecindad, y pronto el castillo no inspirará el menor temor a la buena gente de Werst.

—Eso es fácil decirlo... —murmuró el maestro.

—Y hacerlo —respondió Franz—. Antes de cuarenta y ocho horas, si lo desean, los guardias habrán dado buena cuenta de los seres que se esconden en la fortaleza...

—Salvo en el caso, muy probable, de que sean espíritus —hizo observar el pastor Frik.

—Incluso en ese caso —respondió Franz, con un imperceptible alzamiento de hombros.

—Señor conde —intervino el doctor Patak—, si nos hubiera acompañado a Nic Deck y a mí, quizá no hablaría así...

—Me extrañaría mucho, doctor —contestó Franz—, aunque me hubiera visto, como usted, tan singularmente retenido por los pies en el foso del castillo...

—Por los pies..., sí, señor conde..., ¡o, mejor dicho, por las botas! A menos que usted pretenda que... en el estado de ánimo... en que me encontraba... lo he... soñado...

—No pretendo nada, señor —contestó Franz—, y no trataré de explicarle lo que le parece inexplicable. Pero puede estar seguro de que si los guardias vienen a visitar el castillo de los Cárpatos, sus

botas, acostumbradas a la disciplina, no echarán raíces como las suyas.

Una vez dicho esto al doctor, el joven conde recibió por última vez el homenaje del posadero del *Rey Matías*, tan honrado por haber tenido el honor de que el honorable Franz de Telek..., etc. Tras despedirse de maese Koltz, Nic Deck, su prometida y los habitantes reunidos en la plaza, hizo una señal a Rotzko; después, ambos bajaron a buena marcha por el camino del desfiladero.

En menos de una hora Franz y su soldado llegaron a la orilla derecha del río, y empezaron a subirla siguiendo la base meridional del Retyezat.

Rotzko se había resignado a no hacer más observaciones a su amo; hubiera sido trabajo perdido. Acostumbrado a obedecerle militarmente, si el joven conde se lanzaba a una peligrosa aventura, sabría sacarlo de ella.

Tras dos horas de marcha, Franz y Rotzko se detuvieron a descansar unos instantes.

En aquel lugar, el Zsily valaco, que se había desviado ligeramente a la derecha, se acercaba al camino con un codo muy pronunciado. Al otro lado, sobre la elevación del Plesa, aparecía la meseta de Orgall, a la distancia de media milla, o sea, casi una legua. Convenía, pues, abandonar el Zsily, ya que Franz quería atravesar el desfiladero para dirigirse hacia el castillo.

Evidentemente, al evitar el paso por Werst, el rodeo había doblado la distancia que separa el castillo del pueblo. Pero aún sería de día cuando Franz y Rotzko llegaran a la cima de la meseta de Orgall. El joven conde tendría, pues, tiempo de observar la fortaleza desde el exterior. Y esperando a la caída de la tarde para bajar por el camino de Werst, tendría la certeza de que nadie lo vería. Franz pensaba ir a pasar la noche a Livadzel, aldehuela situada en la confluencia de los dos Zsily, y encaminarse al día siguiente a Karlsburg.

La parada duró media hora. Franz, absorto en sus recuerdos, muy agitado, también, ante la idea de que el barón de Gortz había ocultado su existencia en el fondo del castillo, no pronunció una sola palabra...

Y Rotzko tuvo que imponerse una gran reserva para no decirle:

«Es inútil seguir avanzando, amo... ¡Volvamos la espalda a ese

maldito castillo y vayámonos!».

Ambos comenzaron a seguir la vaguada del valle. Tuvieron que adentrarse primero a través de una espesura de árboles que no surcaba ningún sendero. Había partes del suelo profundamente abarrancadas, pues en la temporada de las lluvias, el Zsily se desborda a veces, y su crecida corre en tumultuosos torrentes por estas tierras que cambia en ciénagas. Eso produjo ciertas dificultades para la marcha y, por consiguiente, un ligero retraso. Tardaron una hora en llegar al camino del desfiladero de Vulkan, que franquearon hacia las cinco.

El flanco derecho del Plesa no está erizado por aquellos bosques que Nic Deck sólo pudo atravesar abriéndose paso con el hacha; pero hubo que contar con dificultades de otra especie. Escombros de morrenas entre los que había que avanzar con precaución, desniveles bruscos, profundas fallas, bloques mal asegurados sobre su base y que se erguían como las piedras de los glaciares de una región alpina, todo un amontonamiento de enormes piedras que los aludes habían precipitado desde la cima del monte; en fin, un verdadero caos con todo su horror.

Remontar las pendientes en estas condiciones les exigió una hora más de penosos esfuerzos. Parecía, realmente, que el castillo de los Cárpatos habría podido defenderse solamente con el carácter impracticable de sus cercanías. Quizá Rotzko esperaba que se presentarían tantos obstáculos que sería imposible salvarlos, pero no ocurrió así.

Una vez superada la zona de los bloques y las excavaciones, pudieron alcanzar la cresta anterior de la meseta de Orgall. Desde aquel punto, el castillo se dibujaba con un perfil más claro en medio del sombrío desierto del que el miedo alejaba hacía muchos años a los habitantes de la región.

Lo que conviene hacer observar es que Franz y Rotzko iban a llegar a la fortaleza por la muralla lateral, orientada hacia el norte. Si Nic Deck y el doctor Patak habían llegado ante la muralla del este, es porque al bordear la izquierda del Plesa dejaron a su derecha el torrente del Nyad y la ruta del desfiladero. Las dos direcciones dibujan un ángulo muy abierto, cuya cumbre está formada por la torre central. Por el lado norte, además, hubiera sido imposible franquear el recinto, pues no sólo no había poterna ni

puente levadizo, sino que la muralla, al seguir las irregularidades de la meseta, se alzaba a gran altura.

No importaba mucho que fuera imposible el acceso por ese lado, ya que el joven conde no pensaba superar las murallas del castillo.

Eran las siete y media cuando Franz de Telek y Rotzko se detuvieron en el límite de la meseta de Orgall. Ante ellos se erguía un fiero amontonamiento de piedras ahogado en la penumbra, que confundía su color con la vieja coloración de las rocas del Plesa. A la izquierda, el recinto hacía un brusco recodo, flanqueado por el bastión de esquina. Allí, en el terraplén, por encima de su parapeto almenado, se agitaba el haya cuyas ramas retorcidas atestiguaban las violentas ráfagas del suroeste en esta altura.

El pastor Frik no se había equivocado. Si se creía en ella, la leyenda sólo daba tres años de existencia a la vieja fortaleza de los barones de Gortz.

Franz, silencioso, miraba el conjunto de las construcciones, dominadas por la rechoncha torre central. Allí, sin duda, bajo el confuso amasijo, se ocultaban aún salas abovedadas, amplias y sonoras, largos corredores intrincados, reductos hundidos en las entrañas del suelo, como los que aún poseen las fortalezas de los antiguos magiares. Ninguna mansión más conveniente que esta antigua morada para el último descendiente de la familia de Gortz, que allí podría sepultarse en un olvido cuyo secreto nadie conocía. Cuanto más pensaba el joven conde sobre ello, más se afirmaba en su idea de que Rodolfo de Gortz había debido refugiarse entre las murallas aisladas de su castillo de los Cárpatos.

Nada, por otra parte, revelaba la presencia de huéspedes en el interior de la torre. Ni el menor humo se desprendía de sus chimeneas, ni un ruido salía de sus ventanas herméticamente cerradas. Nada —ni el grito de un ave— turbaba el misterio de la tenebrosa morada.

Durante unos momentos Franz recorrió ávidamente con la mirada este recinto, lleno antaño del tumulto de las fiestas y del estruendo de las armas. Pero callaba, pues su alma estaba obsesionada por pensamientos abrumadores, su corazón cargado de recuerdos.

Rotzko, que quería dejar solo al conde con sus pensamientos, había procurado mantenerse apartado. No se permitió interrumpirlo

con la menor observación. Pero cuando el sol declinó tras el macizo de Plesa, y el valle de los dos Zsilyls empezó a llenarse de sombras, no dudó más.

—Amo, se ha hecho de noche —dijo—. Pronto serán las ocho.

Franz no pareció oírlo.

—Ya es hora de marcharnos, si queremos estar en Livadzel antes de que cierren las posadas —añadió Rotzko.

—Rotzko..., dentro de un momento..., sí..., dentro de un momento... estoy contigo —respondió Franz.

—Necesitaremos más de una hora, amo, para volver a tomar el camino del desfiladero, y como ya será noche cerrada, no nos arriesgaremos a que nos vean atravesarlo.

—Unos minutos más —contestó Franz— y bajaremos hacia el pueblo.

El joven conde no se había movido del sitio en el que se detuvo al llegar a la meseta de Orgall.

—No olvide, amo, que por la noche será difícil pasar en medio de esas rocas —añadió Rotzko—. Casi no lo conseguimos cuando era de día... Perdóneme que insista...

—Sí..., vámonos..., Rotzko... Te sigo.

Y parecía como si Franz estuviera retenido invisiblemente ante la fortaleza, quizá por uno de esos presentimientos secretos de los que el corazón no puede darse cuenta. ¿Estaba encadenado al suelo, como el doctor Patak decía que había estado en el foso, al pie de la muralla?

—¡No! Sus piernas no tenían trabas, nada las sujetaba... Podía ir y venir por la superficie de la meseta y, de haber querido, nadie le hubiera impedido dar la vuelta al recinto, bordeando la contraescarpa...

¿Quizá quería hacerlo?

Es lo que pensó Rotzko, que se decidió a decir por última vez:

—Vamos, amo...

—Sí..., sí... —contestó Franz.

Y permanecía inmóvil.

La meseta de Orgall estaba ya oscura. La ancha sombra del macizo, al subir hacia el sur, borraba el conjunto de las construcciones, cuyos contornos sólo presentaban una silueta imprecisa. Pronto no se vería nada, a menos que saliera algún

resplandor de las estrechas ventanas de la torre.

—Amo..., ¡vámonos! —repetía Rotzko.

Y Franz iba a seguirlo, por fin, cuando en el terraplén del bastión, donde se alzaba la legendaria haya, apareció una forma vaga...

Franz se detuvo, mirando aquella forma, cuyo perfil se acentuaba poco a poco.

Era una mujer, con los cabellos sueltos, las manos tendidas, envuelta en una larga vestidura blanca.

Ese traje, ¿no era el que llevaba la Stilla en la escena final de *Orlando*, cuando Franz la había visto por última vez?

¡Sí! Era la Stilla, inmóvil, con los brazos dirigidos hacia el joven conde, su penetrante mirada clavada en él...

—¡Ella!... ¡Ella! —gritó.

Y, precipitándose hacia allá, hubiera rodado hasta el pie de la muralla si Rotzko no lo hubiera sujetado...

La aparición se borró bruscamente. La Stilla se había mostrado sólo durante un minuto...

¡No importaba! Franz no necesitaba más que un segundo para reconocerla, y se le escaparon estas palabras:

—¡Ella!... ¡Ella..., viva!

XII



ra posible? La Stilla, a la que Franz de Telek creía que no

volvería a ver, ¡acababa de aparecérselo en el terraplén del bastión!... ¡No había sido juguete de una ilusión, y Rotzko la había visto igual que él!... Era la gran artista, vestida con su traje de Angélica, tal y como había aparecido ante el público en su representación de despedida en el teatro San Cario...

La espantosa verdad se desplegó ante los ojos del joven conde. ¡De manera que la mujer adorada, la que iba a convertirse en condesa de Telek, estaba encerrada desde hacía cinco años en medio de las montañas transilvanas! ¡De modo que, tras haberla visto caer muerta en el escenario, había sobrevivido! Sin duda, mientras a él se lo llevaban a su hotel, el barón Rodolfo había podido penetrar en casa de la Stilla, raptarla y arrastrarla a este castillo de los Cárpatos..., ¡y toda la población de Nápoles sólo había seguido a un ataúd vacío, al día siguiente, hasta el *Campo Santo Nuovo*!

Todo esto parecía increíble, inadmisible, repulsivo para el buen sentido. Parecía un prodigio, era inverosímil, y Franz habría debido repetírselo hasta la obstinación... ¡Sí!... Pero un hecho lo borraba todo: ¡la Stilla había sido raptada por el barón de Gortz, puesto que se encontraba en el castillo!... ¡Estaba viva, ya que acababa de verla sobre la muralla!... Esa era una certeza absoluta.

El joven conde trataba de poner orden en sus ideas, que, por

otra parte, se concentraban en una sola: arrancar de las garras de Rodolfo de Gortz a la Stilla, prisionera desde hacía cinco años en el castillo de los Cárpatos.

—Rotzko —dijo Franz, con voz jadeante—, escúchame... Y, sobre todo, compréndeme..., pues me parece que pierdo la razón...

—¡Amo!... ¡Mi querido amo!

—Es preciso que llegue hasta ella, a cualquier precio..., ¡hasta ella!..., esta misma noche...

—No..., mañana...

—¡Esta noche, te digo!... Ella está ahí... Me han visto igual que yo la veía... Me espera...

—Pues bien..., le seguiré...

—¡No!... Iré yo solo.

—¿Solo?

—Sí.

—Pero ¿cómo podrá entrar en la fortaleza, cuando Nic Deck no pudo hacerlo?

—Entraré, te digo.

—La poterna está cerrada...

—No lo estará para mí... Buscaré..., encontraré una brecha..., pasaré por ella...

—¿No quiere que le acompañe?... Amo, ¿no quiere?

—¡No!... Vamos a separarnos, y podrás serme más útil si nos separamos...

—¿Le esperaré aquí?

—No, Rotzko.

—¿Adonde iré, pues?

—A Werst... o, mejor dicho, no... A Werst, no... —contestó Franz—. Es inútil que esas gentes sepan... Baja al pueblo de Vulkan, donde te quedarás esta noche. Si no me ves mañana, sal de Vulkan temprano..., es decir, no..., espera unas horas... Después márchate a Karlsburg... Allí avisarás al jefe de la Policía... Le contarás todo... En fin, regresa con los agentes... Y, si es preciso, ¡que asalten el castillo!... ¡Liberadla!... ¡Ah, cielos!... Ella... viva..., ¡en poder de Rodolfo de Gortz!

Mientras el joven conde pronunciaba estas palabras entrecortadas, Rotzko veía que la excitación de su amo aumentaba y se manifestaba con los sentimientos desordenados de un hombre

que ya no es dueño de sí.

—¡Vete..., Rotzko!... —gritó por última vez.

—¿Lo quiere así?

—¡Lo quiero!

Ante esta orden formal, Rotzko sólo podía obedecer. Además, Franz se había alejado y ya la sombra lo ocultaba a los ojos del soldado.

Rotzko permaneció unos instantes en aquel lugar, sin poder decidirse a partir. Entonces se le ocurrió la idea de que los esfuerzos de Franz serían inútiles, que no conseguiría franquear el recinto, que se vería obligado a regresar al pueblo de Vulkan..., quizá al día siguiente..., quizá esa misma noche... Ambos irían entonces a Karlsburg, y lo que ni Franz ni el guardabosques habían podido hacer, lo harían los agentes de la autoridad... Darían buena cuenta de Rodolfo de Gortz..., le arrancarían a la infortunada Stilla..., registrarían el castillo de los Cárpatos..., no dejarían piedra sobre piedra si era preciso..., ¡aunque todos los diablos del infierno se congregaran para defenderlo!

Y Rotzko bajó la pendiente de la meseta de Orgall, para llegar al camino del desfiladero de Vulkan.

Mientras tanto, bordeando la contraescarpa, Franz había rodeado ya el bastión de esquina que la flanqueaba por la izquierda.

Mil pensamientos se entrecruzaban en su espíritu. No cabía ya la menor duda de que el barón de Gortz se encontraba en la fortaleza, pues la Stilla estaba secuestrada allí... Sólo él podía estar... ¡La Stilla, viva! ¿Cómo llegaría Franz hasta ella?... ¿Cómo conseguiría arrastrarla fuera del castillo?... No lo sabía, pero tenía que hacerlo... y lo haría... Los obstáculos que Nic Deck no había podido vencer, él los vencería... No era la curiosidad lo que le empujaban en medio de esas ruinas, era la pasión, era su amor hacia esa mujer a la que encontraba viva, ¡sí!, viva..., tras haber creído que estaba muerta... Se la arrebataría al barón de Gortz...

La verdad es que Franz se había dicho que sólo podría entrar por la muralla sur, donde se abría la poterna a la que daba el puente levadizo. Así, comprendiendo que no podía intentar la escalada de las altas murallas, continuó bordeando la cresta de la meseta de Orgall en cuanto dobló la esquina del bastión.

De día la cosa no hubiera presentado dificultades. En plena

noche, con la luna que aún no había salido —una noche cerrada por las brumas que se condensan entre las montañas— era bastante aventurado. Al peligro de un paso en falso, al peligro de una caída hasta el fondo del foso, se añadía el de chocar con las rocas y provocar, quizá, un desprendimiento.

Franz proseguía su camino, sin embargo, siguiendo lo más posible los zigzags de la contraescarpa, tentando con manos y pies para asegurarse que no se alejaba. Sostenido por una fuerza sobrehumana, se sentía además guiado por un extraordinario instinto que no podía equivocarlo.

Más allá del bastión se desplegaba la muralla del sur, con la cual el puente levadizo establecía una comunicación cuando no estaba alzado contra la poterna.

A partir de ese bastión, los obstáculos parecieron multiplicarse. Entre las enormes rocas que erizaban la meseta, ya no era posible seguir la contraescarpa y tuvo que alejarse. Imagínese a un hombre tratando de orientarse en medio de un campo de Carnac, cuyos dólmenes y menhires estuvieran dispuestos sin orden. ¡Y ni un punto al que dirigirse, ni un resplandor en la sombría noche, que velaba incluso la cumbre de la torre central!

Franz proseguía, sin embargo, trepando aquí por un enorme bloque que le impedía el paso, izándose allá entre las rocas, con las manos desgarradas por los cardos y las zarzas, chocando con la cabeza con parejas de quebrantahuesos, que huían lanzando su horrible grito de carraca.

¡Ah! ¿Por qué la campana de la vieja capilla no sonaba como había sonado para Nic Deck y el doctor? ¿Por qué la luz intensa que los había envuelto no se encendía sobre las almenas de la torre? Hubiera marchado hacia ese sonido, hubiera marchado hacia ese resplandor, como el marino hacia los silbidos de una sirena de alarma o las luces de un faro.

¡No! Sólo la profunda noche que limitaba a unos pasos el alcance de su mirada.

Eso duró más de una hora. Por el declive del suelo, que se hacía más pronunciado a su izquierda, Franz comprendía que se había extraviado. ¿O acaso había llegado más abajo de la poterna? ¿Quizá había avanzado más allá del puente levadizo?

Se detuvo, pisoteando el suelo y retorciéndose las manos. ¿Hacia

qué lado dirigirse? ¡Qué furia le asaltó ante la idea de que tendría que esperar a que se hiciera de día!... Pero entonces lo verían las gentes de la fortaleza... No podría sorprenderlos... Rodolfo de Gortz se pondría en guardia...

Era muy importante que entrara en el recinto de noche, esa misma noche, y Franz no conseguía orientarse entre las tinieblas.

Se le escapó un grito... Un grito de desesperación...

—¡Stilla! —gritó—. ¡Stilla mía!

¿Pensaba que la prisionera podía oírle, que podría contestarle?

Más de veinte veces lanzó aquel nombre, que le devolvieron los ecos del Plesa.

De pronto, los ojos de Franz percibieron algo. Un resplandor se deslizaba a través de la sombra; un resplandor bastante vivo, cuyo foco debía de estar situado a cierta altura.

—¡Allí está el castillo!... ¡Allí! —se dijo.

Y, realmente, por la posición que ocupaba, el resplandor sólo podía proceder de la torre central.

Dada su sobreexcitación mental, Franz no dudó en creer que la Stilla le enviaba esa ayuda. No cabía duda, lo había reconocido en el momento en que él la distinguía en el terraplén del bastión. Y ahora, ella le dirigía esa señal, le indicaba el camino a seguir para llegar a la poterna...

Franz se dirigió hacia la luz, cuyo resplandor aumentaba a medida que se aproximaba. Como se había desviado a la izquierda en la meseta de Orgall, se vio obligado a subir unos veinte pasos a la derecha y, tras algunos tanteos, se encontró al borde de la contraescarpa.

La luz brillaba frente a él, y su altura probaba que venía de una de las ventanas de la torre.

Franz iba a encontrarse ante los últimos obstáculos, ¡quizá insuperables!

En efecto, ya que la poterna estaba cerrada y alzado el puente levadizo, tendría que deslizarse hacia el pie de la muralla... Y, después, ¿qué haría ante unos muros que se erguían a cincuenta pies sobre su cabeza?

Franz avanzó hacia el lugar donde se apoyaba el puente levadizo cuando la poterna estaba abierta...

El puente levadizo estaba bajado.

Sin tiempo para reflexionar, Franz franqueó los tableros tambaleantes del puente y puso la mano en la puerta...

La puerta se abrió.

Franz se precipitó bajo la oscura bóveda. Pero en cuanto dio unos pasos, el puente levadizo se alzó con estruendo contra la poterna...

El conde Franz de Telek estaba prisionero en el castillo de los Cárpatos...

XIII



as gentes de la región transilvana y los viajeros que suben o bajan el desfiladero de Vulkan sólo conocen el aspecto exterior del castillo de los Cárpatos. Desde la respetuosa distancia a la que el miedo detenía a los más valientes del pueblo de Werst o de sus cercanías, sólo ofrecía a la mirada del enorme amasijo de piedras de una fortaleza ruinoso.

Pero, en el interior del recinto, ¿estaba tan destrozado el castillo como podía suponerse? No. Al amparo de sus sólidos muros, los edificios que aún quedaban intactos de la vieja fortaleza feudal aún habrían podido albergar a toda una guarnición.

Amplias salas abovedadas, profundas cuevas, múltiples corredores cuyo empedrado desaparecía bajo un manto de hierbas, reductos subterráneos a los que no llegaba la luz del día, escaleras ocultas en el espesor de los muros, casamatas iluminadas por las estrechas troneras de la muralla, torre central de tres pisos con departamentos habitables, coronada por una plataforma almenada; entre las diversas construcciones del recinto había interminables pasillos caprichosamente enredados, que subían hasta el terraplén de los bastiones o descendían hasta las entrañas de la infraestructura, algunas cisternas aquí y allá, donde se recogían las aguas de la lluvia y cuyo excedente corría hacia el torrente de Nyad; y, por último, grandes túneles, no obstruidos, como se creía, y que daban acceso al camino del desfiladero del Vulkan, tal era el

conjunto del castillo de los Cárpatos, cuyo plan geométrico ofrecía un sistema tan complicado como el de los laberintos de Porsenna, de Lemnos o de Creta.

Igual que a Teseo cuando quería conquistar a la hija de Minos, un sentimiento intenso, irresistible, atraía al joven conde a través de los infinitos meandros de la fortaleza. ¿Encontraría el hilo de Ariadna que sirvió de guía al héroe griego?

Franz sólo había tenido un pensamiento: penetrar en el recinto, y lo había conseguido. Quizá debería hacerse esta reflexión: ¡el puente levadizo, alzado hasta ese día, parecía haber bajado expresamente para dejarle paso!... Quizá hubiera tenido que preocuparse porque la poterna se había cerrado bruscamente a sus espaldas... Pero ni siquiera pensaba en ello. Por fin se encontraba en el castillo donde Rodolfo de Gortz retenía a la Stilla, y sacrificaría su vida para llegar hasta ella.

La galería por la que Franz se había lanzado, ancha, alta, de bóveda rebajada, se encontraba en la más completa oscuridad, y su pavimento desigual no permitía caminar con seguridad.

Franz se acercó a la pared de la izquierda y la siguió, apoyándose en un paramento cuya superficie salitrosa se reducía a polvo bajo su mano. No oía el menor ruido, salvo el de sus pasos, que provocaban lejanas resonancias. Una corriente tibia, cargada con un aroma de vejez, lo empujaba por la espalda, como si en el otro extremo de la galería hubiera una salida de aire.

Tras haber superado un pilar de piedra que apuntaba la última esquina a la izquierda, Franz se encontró a la entrada de un corredor mucho más estrecho. Sólo con extender los brazos podía tocar su revestimiento.

Avanzó así, con el cuerpo inclinado, tentando con el pie y la mano y tratando de averiguar si el corredor seguía una dirección rectilínea.

A unos doscientos pasos del pilar de la esquina, Franz sintió que la dirección se desviaba a la izquierda para tomar, cincuenta pasos más adelante, un sentido absolutamente contrario. ¿El corredor regresaba a la muralla? ¿O no conducía al pie de la torre?

Franz trató de acelerar su marcha; pero a cada instante se veía detenido por un relieve del suelo, con el que chocaba, o por un ángulo brusco que modificaba su dirección. De vez en cuando

encontraba alguna abertura que agujereaba la pared y presentaba ramificaciones laterales. Pero todo estaba oscuro, insondable, y en vano trataba de orientarse en el seno de este laberinto, verdadero trabajo de topos.

Franz tuvo que desandar lo andado varias veces, pues se perdía en pasillos sin salida. Temía que una trampilla mal cerrada cediera ante sus pies y lo precipitara a un calabozo, del que no habría podido salir. Así, cuando rozaba algún panel del muro que sonaba a hueco, tenía cuidado de agarrarse a las paredes, aunque seguía avanzando con un ardor que no le dejaba tiempo para reflexionar.

Sin embargo, puesto que Franz aún no había subido ni bajado, se encontraba a la altura de los patios interiores, dispuestos entre los diversos edificios del recinto, y existía la posibilidad de que este corredor condujera a la torre central, al nacimiento de la escalera.

Indudablemente tenía que existir un modo de comunicación más directo entre la poterna y las edificaciones del castillo. Sí, y en la época que la familia de Gortz habitaba en él, no era necesario adentrarse por esos pasajes interminables. Ante la poterna había una segunda puerta, en el punto opuesto a la primera galería, que daba a la plaza de armas, en medio de la cual se alzaba la torre del homenaje; pero estaba condenada y Franz ni siquiera pudo reconocer su lugar.

Había pasado una hora mientras el joven conde caminaba al azar, escuchando para ver si oía algún ruido lejano, sin atreverse a gritar el nombre de la Stilla, que los ecos habrían podido repetir hasta los pisos de la torre. No se desalentaba, y continuaría mientras no flaquearan sus fuerzas, mientras un obstáculo insuperable no lo obligara a detenerse.

Sin embargo, sin darse cuenta, Franz estaba ya agotado. Desde su salida de Werst no había comido nada. Tenía hambre y sed. Su paso ya no era seguro, sus piernas se doblaban. En medio del aire húmedo y cálido que atravesaba su traje, su respiración era afanosa, su corazón latía precipitadamente.

Debían ser las nueve cuando Franz, al proyectar el pie izquierdo, no encontró el suelo.

Se bajó, y su mano reconoció un peldaño allí abajo, y después un segundo.

Había una escalera.

¿La escalera se hundía en los cimientos del castillo? ¿Quizá no tenía salida?

Franz la tomó sin vacilar, y contó los escalones, cuyo avance seguía una dirección oblicua respecto al corredor.

Así bajó setenta y siete escalones, para llegar a otra zona horizontal, que se perdía en múltiples y oscuros recodos.

Franz siguió andando durante una media hora y, roto de fatiga, acababa de detenerse cuando apareció un punto luminoso a una distancia de doscientos o trescientos pies.

¿De dónde venía el resplandor? ¿Era simplemente algún fenómeno natural, el hidrógeno de un fuego fatuo que se había inflamado a esas profundidades? ¿O sería un farol, llevado par una de las personas que habitaban en el castillo?

—¿Será ella?... —murmuró Franz.

Y se acordó de que ya antes había aparecido otra luz, como indicándole la entrada del castillo, cuando estaba perdido entre las rocas de la meseta de Orgall. Si era la Stilla quien le había mostrado aquella luz desde una de las ventanas de la torre, ¿no sería ahora ella, que trataba de guiarlo a través de las sinuosidades de este subterráneo?

Sin ser ya dueño de sí, Franz se inclinó y miró, sin hacer un movimiento.

Más que un punto luminoso, una claridad difusa parecía llenar una especie de hipogeo al extremo del corredor.

Franz se decidió a apresurar su marcha arrastrándose, pues sus piernas ya no podían sostenerlo, y, tras haber franqueado una estrecha abertura, cayó sobre el umbral de una cripta.

La cripta, bien conservada, era circular, de unos doce pies de alto y un diámetro de las mismas dimensiones. Las nervaduras de su bóveda, sostenidas por los capiteles de ocho abultados pilares, se encontraban en un anillo en cuyo centro estaba encajado un globo de vidrio lleno de una luz amarillenta.

Frente a la puerta, abierta entre dos de los pilares, existía otra puerta, que estaba cerrada y cuyos gruesos clavos, de cabeza herrumbrosa, indicaban dónde se aplicaba la armadura exterior de los cerrojos.

Franz se puso en pie, se arrastró hasta la segunda puerta y trató de apartarla de sus pesadas jambas...

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Algunos muebles destrozados adornaban la cripta; aquí, una cama, o mejor un camastro de viejo roble, sobre el que había diversas piezas de ropa de cama; allá, un taburete de patas torcidas, una mesa fijada al muro por espigas de hierro. En la mesa se encontraban diversos utensilios, un ancho jarro lleno de agua, un plato que contenía un trozo de venado frío, una gran hogaza de pan, parecida a la galleta marinera. En un rincón murmuraba una pila, alimentada por un chorro de líquido, cuyo sobrante se escapaba por un agujero preparado en la base de uno de los pilares.

Todas estas disposiciones tomadas de antemano, ¿indicaban que un huésped era esperado en la cripta, o un prisionero en esta prisión? ¿Era Franz ese prisionero, y había sido atraído con astucia?

Con el desorden de sus ideas, Franz ni siquiera lo sospechó. Agotado por la necesidad y el cansancio, devoró los alimentos depositados en la mesa y sació su sed con el contenido del jarro; después se dejó caer de través en el grosero lecho, donde un reposo de unos minutos le devolvería las fuerzas.

Pero cuando quiso recoger sus ideas, le pareció que se le escapaban como un agua que su mano quisiera retener.

—¿Tendría que esperar al día para iniciar su búsqueda? ¿Su voluntad estaba tan embotada que ya no era dueño de sus actos?

«¡No! —se dijo—. ¡No esperaré!... A la torre... Tengo que llegar a la torre esta misma noche...».

De pronto, la claridad que derramaba la ampolla encajada en el anillo de la bóveda se extinguió, y la cripta quedó en la más completa oscuridad.

Franz quiso levantarse... No lo consiguió, y su pensamiento se adormeció, o, mejor dicho, se detuvo bruscamente, como la aguja de un reloj cuyo muelle se rompe. Fue un sueño extraño, o mejor un abrumador entorpecimiento, una absoluta aniquilación del ser, que no provenía del aplacamiento del espíritu.

Cuando Franz se despertó, no pudo comprobar cuánto había durado su sueño. Su reloj, parado, no marcaba las horas. Pero la cripta estaba bañada de nuevo por una luz artificial.

Franz se alejó de su cama, dio unos pasos hacia la primera puerta: seguía abierta; hacia la segunda: seguía cerrada.

Quiso reflexionar y lo consiguió a duras penas.

Aunque su cuerpo se había recuperado del cansancio de la víspera, sentía que su cabeza estaba, a la vez, vacía y pesada.

«¿Cuánto tiempo habré dormido? —se preguntó—. ¿Es de día o de noche?».

En el interior de la cripta nada había cambiado, salvo que había vuelto la luz, habían renovado los alimentos y el jarro estaba lleno de un agua muy clara.

¿Alguien había entrado, pues, mientras Franz estaba sumido en su postración? ¿Sabían que había llegado a las entrañas de la fortaleza?... Se encontraba en poder del barón Rodolfo de Gortz... ¿Estaba condenado a no volver a tener comunicación con sus semejantes?

Esta hipótesis no era admisible y, además, se escaparía, pues aún podía hacerlo, encontraría la galería que llevaba a la poterna, saldría del castillo...

¿Salir?... Recordó entonces que la poterna se había cerrado a sus espaldas...

¡Bueno! Trataría de llegar a la cinta de las murallas e intentaría deslizarse hacia afuera por una de las troneras... A toda costa, antes de una hora, tenía que haber escapado del castillo...

Pero... y la Stilla... ¿Renunciaría a llegar hasta ella?... ¿Partiría sin habérsela arrebatado a Rodolfo de Gortz?...

¡No! Lo que no pudiera hacer por sí solo, lo haría con ayuda de los agentes que Rotzko traería de Karlsburg al pueblo de Werst... Se precipitarían al asalto del viejo recinto... Se registraría el castillo de cabo a rabo...

Tomada esta resolución, tenía que ponerla en práctica sin perder un instante.

Franz se levantó y ya se dirigía hacia el pasillo por el que había llegado, cuando se produjo una especie de deslizamiento tras la segunda puerta de la cripta.

Era, con seguridad, un rumor de pasos que se acercaban lentamente.

Franz pegó la oreja a la hoja de la puerta y, conteniendo la respiración, escuchó...

Los pasos se producían a intervalos regulares, como si subieran de un peldaño a otro. No cabía duda de que allí estaba una segunda escalera, que enlazaba la cripta con los patios interiores.

Dispuesto a cualquier eventualidad, Franz sacó de su funda el cuchillo que llevaba a la cintura y lo empuñó firmemente.

Si entraba uno de los servidores del barón de Gortz, se arrojaría sobre él, le quitaría sus llaves, lo reduciría; y después, lanzándose por la nueva salida, trataría de llegar a la torre.

Si era el barón Rodolfo de Gortz —y reconocería perfectamente al hombre al que vio en el momento en que la Stilla caía en el escenario de San Cario—, lo heriría sin piedad.

Pero los pasos se habían detenido en el descansillo que formaba el umbral exterior.

Franz, sin hacer un solo movimiento, esperaba a que la puerta se abriese...

No se abrió, y una voz de infinita dulzura llegó hasta el joven conde.

¡Era la voz de la Stilla!... ¡Sí!... Pero algo debilitada, con todas sus inflexiones, su inefable encanto, sus acariciadoras modulaciones, admirable instrumento de aquel arte maravilloso que parecía haber muerto con la artista.

Y la Stilla repetía la quejumbrosa melodía que había acunado el sueño de Franz, cuando dormitaba en la gran sala de la posada de Werst:

*Nel giardino de'mille fiori,
Andiamo, mió cuore...*

Esta canción penetraba hasta lo más hondo del alma de Franz... La aspiraba, la bebía como un licor divino, mientras la Stilla parecía invitarle a seguirla, repitiendo:

Andiamo, mió cuore... andiamo...

¡Pero la puerta no se abría para dejarle paso!... ¿No podría llegar hasta la Stilla, cogerla entre sus brazos, arrastrarla fuera del castillo?

—¡Stilla!... ¡Mi Stilla!... —gritó.

Y se arrojó sobre la puerta, que se le resistió.

Ya el canto parecía debilitarse... La voz se apagaba... Los pasos se alejaban...

Franz, arrodillado, trataba de romper las maderas, destrozándose las manos en los herrajes, y seguía llamando a la Stilla, cuya voz ya no se oía...

Entonces un horrible pensamiento atravesó, como un relámpago, su espíritu.

—¡Loca!... —gritó—. ¡Está loca, pues no me ha reconocido..., no me ha contestado!... Desde hace cinco años, encerrada aquí..., en poder de ese hombre... Mi pobre Stilla... Su razón se ha extraviado...

Entonces se puso en pie, con ojos feroces, gestos desordenados y la cabeza ardiente...

—También yo... siento que mi razón se extravía... —repetía—. Siento que me voy a volver loco..., loco, como ella...

Iba y venía a través de la cripta, saltando como una fiera enjaulada...

—¡No! —repitió—. ¡No!... No tengo que perder la cabeza... Es preciso que salga del castillo... ¡Y saldré!

Y se lanzó hacia la primera puerta...

Acababa de cerrarse sin ruido.

Franz no lo había advertido, mientras escuchaba la voz de la Stilla...

Tras haber estado aprisionado en el recinto del castillo, ahora se encontraba encarcelado en la cripta.

XIV



ranz estaba aterrado. Como había temido, la facultad de reflexionar, la comprensión de las cosas, la inteligencia necesaria para sacar sus conclusiones, se le escapaban poco a poco. El único sentimiento que persistía en él era el recuerdo de la Stilla, era la impresión de aquel canto cuyos ecos ya no repetía la sombría cripta.

¿Había sido juguete de una ilusión? ¡No, y mil veces no! Ahora mismo acababa de oír a la Stilla, y antes la había visto en el bastión del castillo.

Volvió a asaltarle el pensamiento de que ella había perdido la razón, y este horrible golpe lo hirió como si acabara de perderla por segunda vez.

—¡Loca! —se repitió—. Sí, loca..., puesto que no me ha respondido... ¡Loca..., loca!

¡La cosa era más que verosímil!

¡Ah! ¡Si pudiera arrancarla de esta fortaleza, llevarla al castillo de Krajowa, consagrarse por entero a ella, sus cuidados le devolverían la razón!

Eso se decía Franz, presa de un terrible delirio; pasaron varias horas antes de que recuperase el pleno dominio de sí mismo.

Trató entonces de razonar fríamente, de poner orden en el caos de sus pensamientos.

—Tengo que huir de aquí —se dijo—. ¿Cómo?... En cuanto abran esa puerta... ¡Sí!... Durante mi sueño vienen a renovar mis

provisiones... Esperaré... Fingiré que duermo...

Le asaltó entonces una sospecha: el agua del jarro debía contener alguna sustancia soporífera... Si se había hundido en aquel pesado sueño, en aquella completa aniquilación cuya duración ignoraba, era por haber bebido esa agua... ¡Pues bien!, no volvería a beber... Ni siquiera tocaría los alimentos depositados en la mesa... Una de las gentes del castillo no tardaría en entrar, y pronto...

¡Pronto!... ¿Qué sabía él?... ¿El sol, en ese momento, subía hacia el cenit o bajaba sobre el horizonte?... ¿Era de día o de noche?

Franz trataba de sorprender el rumor de unos pasos que se acercaran a una de las dos puertas... Pero no llegaba hasta él el menor ruido, por lo que trepó por las paredes de la cripta, con la cabeza ardiendo, los ojos extraviados, zumbándole los oídos, con la respiración jadeante debido a la opresión de una atmósfera enrarecida, que casi no se renovaba por los orificios de las puertas.

De pronto, en el ángulo de uno de los pilares de la derecha, sintió que un aire más fresco llegaba a sus labios.

¿Existía, pues, una abertura en aquel lugar, por la que penetraba un poco del aire de fuera?

Sí... Había un paso insospechado bajo la sombra del pilar. El joven conde no tardó un instante en deslizarse entre las dos paredes y dirigirse hacia una vaga claridad que parecía venir de arriba.

Allá había un pequeño patio, de cinco o seis pasos de ancho, cuyos muros se elevaban a unos cincuenta pies. Se diría que era el fondo de un pozo que servía de desahogo a la celda subterránea, por el que entraba algo de aire y de claridad.

Franz pudo comprobar que aún era de día. En el orificio superior del pozo se dibujaba un ángulo de luz, oblicuo con respecto al nivel del brocal.

El sol había realizado al menos la mitad de su carrera diurna, pues el ángulo luminoso tendía a reducirse.

Debían ser las cinco de la tarde, aproximadamente.

La consecuencia de ello es que el sueño de Franz se había prolongado al menos cuarenta horas, y no tuvo la menor duda de que había sido provocado por una bebida soporífera.

Ahora bien, como el joven conde y Rotzko habían salido de

Werst la antevíspera, 11 de junio, el día que estaba a punto de terminar era el 13...

Aunque el aire del fondo de este patio era muy húmedo, Franz lo aspiró a plenos pulmones, y se sintió algo aliviado.

Pero si había esperado que podría evadirse por este largo tubo de piedra, pronto quedó desilusionado. Era imposible subir a lo largo de aquellas paredes, que no presentaban el menor asidero.

Franz regresó al interior de la cripta. Ya que no podía escaparse por una de las puertas, quiso comprobar el estado en que se encontraban.

La primera puerta —por la que había llegado— era muy sólida, muy gruesa, y debía estar sujeta por el exterior mediante cerrojos encajados en una armella de hierro; era inútil, pues, tratar de forzar sus hojas.

La segunda puerta —tras la cual se había oído la voz de la Stilla— parecía peor conservada. Las tablas estaban podridas en algunos lugares... Quizá no sería difícil abrirse camino por ese lado.

—Sí..., por ahí..., por ahí... —se dijo Franz, que había recuperado su sangre fría.

Pero no había tiempo que perder, pues era probable que alguien entrara en la cripta en cuanto supusieran que estaba dormido bajo la influencia del somnífero.

El trabajo marchó más rápidamente de lo que habría podido esperar, pues el moho había comido la madera alrededor de la armadura metálica que sujetaba los cerrojos contra el hueco. Con su cuchillo, Franz consiguió separar la parte circular, actuando casi sin ruido, deteniéndose a veces, escuchando, asegurándose de que no oía nada en el exterior.

Tres horas después había quitado los cerrojos y la puerta se abrió rechinando sobre sus goznes.

Franz volvió entonces al pequeño patio, para respirar un aire menos agobiante.

En aquel momento, el ángulo luminoso ya no se recortaba en el orificio del pozo, prueba de que el sol había bajado por debajo del Retyezat. Algunas estrellas brillaban en el óvalo del brocal, como vistas por el tubo de un largo telescopio. Unas nubecillas caminaban lentamente empujadas por el intermitente soplo de esas brisas que amainan por la noche. Ciertos tonos de la atmósfera indicaban

también que la luna, en cuarto creciente aún, había superado el horizonte de las montañas del Este.

Debían ser las nueve de la noche.

Franz regresó a la cripta para tomar algo de alimento y saciar su sed en el agua de la pila, pues antes había tirado la del jarro. Después, fijando el cuchillo a su cintura, franqueó la puerta, que cerró a sus espaldas.

¿Quizá iba a encontrar ahora a la infortunada Stilla errando a través de aquellas galerías subterráneas? El corazón se le salía del pecho ante esta idea.

En cuanto hubo dado unos pasos, tropezó con un escalón. Tal y como había pensado, allí comenzaba una escalera, cuyos peldaños contó mientras subía: sólo sesenta, en vez de los setenta y siete que había bajado para llegar al umbral de la cripta. Faltaban, pues, unos ocho pies para estar al nivel del suelo.

Continuó avanzando, pues no se le ocurría nada mejor que seguir el oscuro corredor, cuyas paredes rozaba con sus dos manos extendidas.

Pasó una media hora sin que una puerta o una reja detuvieran su marcha. Pero innumerables recodos le habían impedido reconocer su dirección respecto a la muralla que estaba frente a la meseta de Orgall.

Tras una parada de unos minutos, en la que recuperó el resuello, Franz volvió a ponerse en marcha; parecía que el corredor era interminable, cuando lo detuvo un obstáculo.

Era la pared de un muro de ladrillos.

Tanteando a distintas alturas, su mano no encontró el menor hueco.

Tampoco había salida por este lado.

Franz no pudo contener un grito. Todas las esperanzas concebidas se derrumbaban ante este obstáculo. Sus rodillas flaquearon, las piernas se le doblaron y cayó junto a la pared.

Pero, a ras del suelo, el tabique presentaba una estrecha grieta, cuyos ladrillos desiguales casi no se adherían y se rompían entre sus dedos.

—Por ahí... ¡sí!..., por ahí —exclamó Franz.

Empezó a quitar los ladrillos uno a uno; de pronto oyó un ruido al otro lado.

Franz se detuvo.

El ruido no había cesado y, al mismo tiempo, a través de la grieta llegó un rayo de luz.

Franz miró.

Allí estaba la vieja capilla del castillo. El tiempo y el abandono la habían reducido a un lamentable estado: una bóveda semihundida, cuyos nervios se apoyaban aún en gibosos pilares, dos o tres arcos de estilo ojival que amenazaban ruina; un ventanal dislocado donde se dibujaban frágiles cruceros de un gótico flamígero; aquí y allá, un mármol polvoriento, bajo el que dormía un antepasado de la familia de Gortz; al fondo del presbiterio, un fragmento de altar cuyo retablo mostraba esculturas destrozadas, y un resto de la techumbre del ábside, que las ráfagas no habían destruido; por último, sobre el pórtico, el tambaleante campanario, del que colgaba una cuerda que llegaba al suelo, la cuerda de la campana que tañía algunas veces ante el indecible horror de las gentes de Werst retrasadas por el camino del desfiladero.

En esta capilla, desierta hacía tanto tiempo, abierta a las intemperies del clima de los Cárpatos, acababa de entrar un hombre, llevando en la mano un fanal cuya claridad iluminaba de pleno su cara.

Franz reconoció en seguida a ese hombre.

Era Orfanik, el excéntrico sabio que fue la única compañía del barón en su estancia en las grandes ciudades italianas, ese ser original al que se veía pasar por las calles gesticulando y hablando consigo mismo, el sabio incomprendido, el inventor siempre en busca de alguna quimera, y que ponía con seguridad sus inventos al servicio de Rodolfo de Gortz.

Si Franz había tenido alguna duda sobre la presencia del barón en el castillo de los Cárpatos, incluso tras la aparición de la Stilla, la duda se cambió en certeza cuando Orfanik apareció ante sus ojos.

¿Qué iría a hacer a esta capilla ruinoso, a avanzadas horas de la noche?

Franz trató de averiguarlo, y he aquí lo que vio con toda claridad.

Orfanik, inclinado hacia el suelo, acababa de levantar varios cilindros de hierro, a los que sujetaba un cable que desenrollaba de una bobina depositada en un rincón de la capilla. Ponía tanta

atención en su trabajo que ni siquiera hubiera distinguido al joven conde si éste se atreviera a acercársele.

¡Ah! ¿Por qué la grieta que Franz ensanchaba no bastaba aún para permitirle el paso? Habría entrado en la capilla, se habría precipitado sobre Orfanik y lo habría obligado a conducirlo a la torre...

Pero quizás fuera una suerte que no pudiera hacerlo, pues, en el caso de que su tentativa fracasara, el barón de Gortz le haría pagar con su vida los secretos que acababa de descubrir.

Unos minutos después de la llegada de Orfanik, otro hombre entró en la capilla.

Era el barón Rodolfo de Gortz.

La inolvidable fisonomía de este personaje no había cambiado. Ni siquiera parecía envejecido, con su rostro pálido y largo que el fanal iluminaba de abajo arriba, sus largos cabellos entrecanos, echados hacia atrás, su mirada resplandeciente en el fondo de sus órbitas negras.

Rodolfo de Gortz se acercó para examinar el trabajo de Orfanik.

Y he aquí las frases que intercambiaron en voz baja los dos hombres.

XV



está preparado el empalme de la capilla, Orfanik?

—Acabo de terminarlo.

—¿Está todo dispuesto en las casamatas de los bastiones?

—Todo.

—Y ahora, ¿los bastiones y la capilla están directamente enlazados con la torre?

—Lo están.

—Y en cuanto el aparato haya lanzado la corriente, ¿tendremos tiempo de escapar?

—Lo tendremos.

—¿Se ha comprobado que el túnel que sale al desfiladero del Vulkan está libre?

—Lo está.

Hubo unos instantes de silencio, mientras Orfanik, cogiendo de nuevo su fanal, proyectaba su claridad por la capilla.

—¡Ah, mi viejo castillo! —exclamó el barón—. ¡Costarás muy caro a los que traten de forzar tu recinto!

Y Rodolfo de Gortz pronunció estas palabras con un tono que estremeció al joven conde.

—¿Ha oído usted lo que decían en Werst? —le preguntó a Orfanik.

—Hace cincuenta minutos el cable me ha traído las conversaciones de la posada del *Rey Matías*.

—¿El ataque será esta noche?

—No, será mañana, de madrugada.

—¿Cuándo ha regresado Rotzko a Werst?

—Hace dos horas, con los agentes de policía que trajo de Karlsburg.

—¡Bien! Ya que el castillo no puede defenderse —repitió el barón de Gortz—, al menos aplastará bajo sus escombros a ese Franz de Telek y a todos los que acudan en su ayuda.

Después, al cabo de unos instantes:

—¿Y ese cable, Orfanik? —continuó—. No tiene que saberse jamás que establecía una comunicación entre el castillo y el pueblo de Werst...

—Nunca se sabrá; destruiré el cable.

En nuestra opinión, ya llegó el momento de explicar ciertos fenómenos que se han producido durante esta narración, y cuyo origen debe ser revelado.

En aquella época —haremos notar que esta historia se desarrolla en uno de los últimos años del siglo XIX—, el empleo de la electricidad, considerada a justo título como «el alma del universo», había llegado a sus últimos perfeccionamientos. El ilustre Edison y sus discípulos habían rematado su obra.

Entre otros aparatos eléctricos, el teléfono funcionaba entonces con tan maravillosa precisión que los sonidos recogidos por las placas llegaban libremente al oído sin ayuda de auriculares. Lo que se decía, lo que se cantaba, incluso lo que se murmuraba, podía oírse a cualquier distancia, y dos personas separadas por miles de leguas charlaban entre sí como si estuvieran sentadas una frente a otra^[6].

Hacía ya muchos años que Orfanik, inseparable del barón de Gortz, era un inventor de primer orden en lo concerniente a la utilización práctica de la electricidad. Pero es sabido que sus admirables descubrimientos no habían recibido la acogida que merecía. De ahí el implacable odio que el inventor, desairado y rechazado, había consagrado a sus semejantes.

El barón de Gortz encontró a Orfanik en estas condiciones, acosado por la miseria. Alentó sus trabajos, le abrió su bolsa y, finalmente, lo ligó a su persona, a condición de que el sabio le reservaría el beneficio de sus inventos y que sería el único que los

aprovechara.

En resumen, ambos personajes, originales y maniáticos cada uno a su manera, se entendieron perfectamente. Así, desde su encuentro no volvieron a separarse, ni siquiera cuando el barón de Gortz seguía a la Stilla a través de todas las ciudades italianas.

Pero mientras el melómano se embriagaba con el canto de la incomparable artista, Orfanik sólo se ocupaba de contemplar los descubrimientos realizados por los electricistas durante los últimos años, de perfeccionar sus aplicaciones, de obtener los más extraordinarios efectos.

Después de los incidentes con que terminó la campaña dramática de la Stilla, el barón desapareció sin que se pudiera saber qué había sido de él. Ahora bien, al salir de Nápoles había ido a refugiarse al castillo de los Cárpatos, acompañado por Orfanik, encantado de encerrarse allí con él.

Cuando tomó la resolución de enterrar su vida entre los muros de la vieja fortaleza, la intención del barón de Gortz era que ningún habitante de la región pudiera sospechar su vuelta y que nadie se viera tentado a visitarlo. Por supuesto, Orfanik y él poseían medios para asegurar con holgura la vida material en el castillo. Existía una comunicación secreta con la ruta del desfiladero de Vulkan, y por ese camino un hombre de confianza, un viejo servidor del barón a quien nadie conocía, introducía en fechas fijadas todo lo necesario para la existencia del barón de Gortz y su compañero.

En realidad, lo que quedaba del castillo —y sobre todo la torre central— estaba menos arruinado de lo que se creía e incluso era más habitable de lo que exigían las necesidades de sus huéspedes. Así, provisto de todo lo necesario para sus experimentos, Orfanik pudo ocuparse de los prodigiosos trabajos cuyos elementos le proporcionaban la física y la química. Y entonces se les ocurrió la idea de utilizarlos para alejar a los importunos.

El barón de Gortz acogió con entusiasmo la proposición, y Orfanik instaló una maquinaria especial, destinada a espantar a toda la región con la producción de fenómenos que sólo podían ser atribuidos a invención diabólica.

Pero, ante todo, el barón de Gortz quería estar al corriente de lo que se decía en el pueblo más cercano. ¿Había un medio para oír hablar a las gentes sin que pudieran sospecharlo? Sí, si se conseguía

establecer una comunicación telefónica entre el castillo y la gran sala de la posada del *Rey Matías*, donde los notables de Werst solían reunirse cada noche.

Orfanik llevó a cabo la instalación con habilidad y secreto, en las condiciones más sencillas. Un hilo de cobre, recubierto por un aislante, y cuyo extremo subía hasta el primer piso de la torre, fue desenrollado bajo las aguas del Nyad hasta el pueblo de Werst. Una vez realizada la primera parte del trabajo, Orfanik se hizo pasar por un turista y durmió una noche en el *Rey Matías*. No le resultó difícil recoger el extremo hundido en el lecho del torrente, a la altura de la ventana de la fachada posterior, que nunca se abría. Después colocó un aparato telefónico, oculto tras el espeso follaje, y empalmó el hilo. Este aparato estaba maravillosamente preparado para emitir sonidos y recogerlos, y de ello se deduce que el barón de Gortz podía oír lo que se decía en el *Rey Matías* y también hacer oír allí todo lo que le convenía.

Durante los primeros años, la tranquilidad del castillo no se vio turbada. La mala reputación de que disfrutaba bastaba para mantener alejadas a las gentes de Werst. Por otra parte, se sabía que estaba abandonado desde la muerte de los últimos servidores de la familia. Pero un día, en la época en que empieza esta narración, el anteojito del pastor Frik permitió descubrir un humo que salía de una de las chimeneas de la torre. A partir de ese momento, los comentarios se intensificaron y ya se sabe cuál fue el resultado.

Entonces fue muy útil la comunicación telefónica, pues el barón de Gortz y Orfanik estuvieron al tanto de lo que ocurría en Werst. Gracias al cable conocieron el compromiso de Nic Deck para ir a la fortaleza y gracias al cable, una voz amenazadora se oyó en la sala del *Rey Matías* para disuadirlo de su empresa. Y entonces, como el joven guardabosques persistiera en su resolución pese a la amenaza, el barón de Gortz decidió infligirle tal lección que le quitara las ganas de volver. Aquella noche, la maquinaria de Orfanik, que siempre estaba dispuesta a funcionar, produjo una serie de fenómenos puramente físicos, capaces de sembrar el terror en toda la región: campana que tañía en el campanario de la capilla, proyección de intensas llamas, mezcladas con sal marina, que daban a todos los objetos una apariencia espectral, formidables sirenas de las que el aire comprimido se escapaba en bramidos espantosos,

siluetas fotográficas de monstruos, proyectadas por poderosos reflectores, placas dispuestas entre las hierbas del foso y comunicadas con pilas cuya corriente había atrapado al doctor por sus botas claveteadas, y, por último, una descarga eléctrica, lanzada por las baterías del laboratorio, que derribó al guardabosques cuando su mano se posó en los herrajes del puente levadizo.

Según pensaba el barón de Gortz, después de la aparición de estos inexplicables prodigios, tras la tentativa de Nic Deck, que había salido tan mal, el terror llegó al colmo, y nadie quería acercarse, ni por todo el oro del mundo, a dos millas del castillo de los Cárpatos, ocupado por seres sobrenaturales.

Rodolfo de Gortz se creía, pues, al abrigo de toda curiosidad importuna cuando Franz de Telek llegó al pueblo de Werst.

Su presencia fue señalada por el cable del Nyad cuando interrogaba a Jonás, a maese Koltz y a los otros. El odio del barón de Gortz hacia el joven conde se reavivó con el recuerdo de los acontecimientos de Nápoles. No sólo Franz de Telek estaba en el pueblo, a unas millas del castillo, sino que, ante los notables, se burlaba de sus absurdas supersticiones; demolía la reputación fantástica que protegía al castillo de los Cárpatos, ¡e incluso se comprometía a avisar a las autoridades de Karlsburg, para que la policía viniera a aniquilar todas las leyendas!

El barón de Gortz decidió atraer a Franz de Telek al castillo, y son conocidos los medios que empleó para lograrlo. La voz de la Stilla, enviada a la posada del *Rey Matías* por el aparato telefónico, había incitado al joven a desviarse de su ruta para acercarse al castillo; la aparición de la cantante en el terraplén del bastión le había inspirado un irresistible deseo de entrar en él; una luz, montada en una de las ventanas de la torre, le había guiado hacia la poterna, que se abrió para permitirle el paso. En el fondo de la cripta, iluminada eléctricamente, desde la que había vuelto a oír una vez más la voz, entre los muros de la celda, a la que se le llevaban alimentos cuando dormía un sueño letárgico, en aquella prisión hundida en las entrañas del castillo y cuya puerta se había cerrado tras él, Franz de Telek estaba en poder del barón de Gortz, y el barón de Gortz contaba con que nunca saliera de allí.

Tales eran los resultados obtenidos por la colaboración misteriosa de Rodolfo de Gortz y de su cómplice Orfanik. Pero, con

gran despecho suyo, el barón sabía que Rotzko había dado la alarma, y que, al no poder seguir a su amo al interior del castillo, había advertido a las autoridades de Karlsburg. Un pelotón de agentes había llegado al pueblo de Werst, y el barón de Gortz se enfrentaba con algo superior a sus fuerzas. ¿Podrían Orfanik y él defenderse de una numerosa tropa? Los medios empleados contra Nic Deck y el doctor Patak serían insuficientes, pues la policía no cree en intervenciones diabólicas. De manera que ambos habían decidido destruir por completo el castillo y sólo esperaban que llegase el momento de hacerlo. Había una corriente eléctrica preparada para plantar fuego a unas cargas de dinamita, enterradas bajo la torre, en los bastiones, en la vieja capilla, y el aparato destinado a lanzar esa corriente dejaría tiempo para que el barón de Gortz y su cómplice escaparan por el túnel del desfiladero de Vulkan. Después, tras la explosión de que serían víctimas el joven conde y los que hubieran escalado el recinto del castillo, ambos huirían tan lejos que jamás se encontrarían sus huellas.

Lo que acababa de oír de esta conversación proporcionó a Franz la explicación de los fenómenos del pasado. Ahora sabía que existía una comunicación telefónica entre el castillo de los Cárpatos y el pueblo de Werst. Tampoco ignoraba que la fortaleza sería aniquilada por una catástrofe, que a él le costaría la vida y que resultaría fatal para los agentes de la policía traídos por Rotzko. Por último, sabía que el barón de Gortz y Orfanik tendrían tiempo de huir, huir arrastrando a la Stilla inconsciente...

¡Ah! ¿Por qué Franz no podía forzar la entrada de la capilla, arrojarle sobre los dos hombres?... Los habría derribado, los habría herido, los pondría en situación de no perjudicar a nadie, impediría la espantosa ruina...

Pero lo que en ese momento era imposible no lo sería tras la marcha del barón. Cuando los otros dos salieran de la capilla, Franz, siguiendo sus huellas, los perseguiría hasta la torre y, Dios mediante, ¡haría justicia!

El barón de Gortz y Orfanik estaban ya al fondo del presbiterio. Franz no los perdía de vista. ¿Por dónde saldrían? ¿Por una puerta que diera a uno de los patios del recinto o por algún corredor interior que uniera la capilla con la torre? Parecía que todas las construcciones de la fortaleza se comunicaban entre sí. Pero no

importaba, a menos que el joven conde encontrara un obstáculo que no pudiera salvar.

En aquel momento el barón de Gortz y Orfanik intercambiaron otras palabras:

—¿No hay nada que hacer aquí?

—Nada.

—Entonces, separémonos.

—¿Sigue teniendo intención de quedarse solo en el castillo?

—Sí, Orfanik, váyase al instante por el túnel del desfiladero de Vulkan...

—Pero ¿y usted?

—Sólo abandonaré el castillo en el último momento.

—Entonces, ¿tengo que esperarle en Bistritz, según lo convenido?

—En Bistritz.

—Quédese, pues, barón Rodolfo, y quédese sólo, ya que ésa es su voluntad.

—Sí... quiero oírla..., quiero oírla una vez más durante esta última noche que pasaré en el castillo de los Cárpatos...

Unos instantes después el barón de Gortz, con Orfanik, había salido de la capilla.

Aunque no se había pronunciado en esta conversación el nombre de la Stilla, Franz había comprendido que Rodolfo de Gortz acababa de hablar de ella.

XVI



El desastre era inminente. Franz no podía evitarlo más que impidiendo que el barón de Gortz ejecutara su proyecto.

Eran las once de la noche. Ya sin temor de ser descubierto, Franz reanudó su trabajo. Los ladrillos del tabique se separaban con facilidad; pero su espesor era grande, y pasó media hora antes de que la abertura fuera lo bastante ancha para permitirle el paso.

En cuanto Franz puso el pie en esta capilla abierta a todos los vientos, se sintió reanimado por el aire del exterior. A través de los desgarrones de la nave y de la abertura de las ventanas, el cielo dejaba ver leves nubes, empujadas por la brisa. Aquí y allá aparecían algunas estrellas que empalidecían el resplandor de la luna que subía por el horizonte.

Se trataba de encontrar la puerta que se abría al fondo de la capilla, por la que habían salido Orfanik y el barón de Gortz. Por eso, atravesando oblicuamente la nave, Franz se dirigió hacia el presbiterio.

En esta parte, muy oscura, donde no penetraban los rayos lunares, su pie tropezaba con escombros de tumbas y fragmentos caídos de la bóveda.

Por fin, en el extremo del presbiterio, tras el retablo del altar, en un sombrío rincón, Franz sintió que una puerta carcomida cedía ante su empuje.

Esta puerta daba a una galería que atravesaba el recinto.

Por allí habían entrado en la capilla el barón de Gortz y Orfanik, y por allí acababan de irse.

En cuanto Franz estuvo en la galería, se encontró de nuevo sumido en la más completa oscuridad. Tras innumerables revueltas, sin haber tenido que subir ni bajar, estaba seguro de que se encontraba al nivel de los patios interiores.

Media hora después, la oscuridad pareció menos profunda: una semiclaridad se deslizaba a través de unas aberturas laterales de la galería.

Franz pudo avanzar con mayor rapidez y desembocó en una ancha casamata, dispuesta bajo el terraplén del bastión que flanqueaba el ángulo izquierdo de la muralla.

Esta casamata estaba agujereada por estrechas troneras, por las que penetraban los rayos de la luna.

Enfrente había una puerta abierta.

El primer cuidado de Franz fue colocarse ante una de las troneras para respirar la fresca brisa de la noche durante unos segundos.

Pero, en el momento en que iba a retirarse, creyó distinguir dos o tres sombras que se movían en el extremo inferior de la meseta de Orgall, iluminada hasta el sombrío macizo de los abetos.

Franz miró.

Unos hombres iban y venían por la meseta, algo delante de los árboles; sin duda, los agentes de Karlsburg, traídos por Rotzko. ¿Se habían decidido, pues, a actuar de noche, con la esperanza de sorprender a los huéspedes del castillo? ¿O esperaban en aquel lugar los primeros resplandores del alba?

¡Qué esfuerzos tuvo que hacer Franz para contener el grito que se le escapaba, para no llamar a Rotzko, que habría oído y reconocido su voz! Pero el grito podía llegar hasta la torre y, antes de que los agentes escalaran la muralla, Rodolfo de Gortz habría tenido tiempo de poner en marcha su aparato y escapar por el túnel.

Franz consiguió dominarse y se alejó de la tronera. Después, atravesando la casamata, franqueó la puerta y continuó siguiendo la galería.

Quinientos pasos más adelante, llegó al umbral de una escalera que subía en el espesor del muro.

¿Estaba por fin en la torre que se alzaba en el centro de la plaza de armas? Todo indicaba que sí.

Sin embargo, esta escalera no debía de ser la escalera principal que llevaba a los distintos pisos. Sólo se componía de una serie de peldaños circulares, dispuestos como los resaltes de un tornillo en el interior de una jaula estrecha y oscura.

Franz subió sin hacer ruido, pero sin oír nada, y al cabo de unos veinte peldaños, se detuvo en un descansillo.

Allí se abría una puerta que daba a la terraza que rodeaba el primer piso de la torre.

Franz se deslizó hasta la terraza y, cuidando de ocultarse tras el parapeto, miró hacia la meseta de Orgall.

Varios hombres aparecían aún al borde del bosque de abetos y nada indicaba que pretendiesen acercarse al castillo.

Decidido a reunirse con el barón de Gortz antes de que se escapara por el túnel del desfiladero, Franz rodeó el primer piso y llegó ante otra puerta, donde la escalera reanudaba su revolución ascendente.

Puso el pie en el primer peldaño, apoyó ambas manos en las paredes y comenzó a subir.

Siempre el mismo silencio.

El departamento del primer piso no estaba habitado.

Franz se apresuró a recorrer los tramos que daban acceso a los pisos superiores.

Cuando llegó al tercer tramo, sus pies no encontraron más peldaños. Allí terminaba la escalera, que llegaba al departamento más elevado de la torre, aquel que coronaba la plataforma almenada donde antaño flotaba el estandarte de los barones de Gortz.

La pared derecha del descansillo estaba horadada por una puerta, cerrada en ese momento.

A través del agujero de la cerradura, cuya llave estaba por fuera, se filtraba un intenso rayo de luz.

Franz escuchó, sin percibir el menor ruido en el interior del departamento.

Aplicando el ojo a la cerradura, sólo distinguió la parte izquierda de una habitación, que estaba muy iluminada, pues la parte derecha se hundía en las sombras.

Tras haber girado suavemente la llave, Franz empujó la puerta, que se abrió.

El piso superior de la torre estaba ocupado por una espaciosa sala. En sus muros circulares se apoyaba una bóveda de casetones cuyas nervaduras, uniéndose en el centro, se fundían en un pesado colgante. Telas gruesas, viejas tapicerías con figuras humanas recubrían las paredes. Algunos viejos muebles, arcones, aparadores, sillones, taburetes, la amueblaban artísticamente. De las ventanas colgaban espesas cortinas, que no dejaban pasar nada desde el exterior. En el entarimado había una alfombra de gruesa lana, que amortiguaba los pasos.

La decoración de la sala era bastante extraña y al entrar en ella Franz quedó sorprendido por el contraste que ofrecía, según estuviera bañada en luz o en sombra.

A la derecha de la puerta, el fondo desaparecía en medio de una profunda oscuridad.

A la izquierda, por el contrario, un estrado cuya superficie estaba adornada con telas negras, recibía una potente luz, salida de algún aparato que la concentraba, colocado delante, pero que no podía distinguir.

A unos doce pies de este estrado, del que lo separaba una pantalla no muy alta, había un sillón de alto respaldo, al que la pantalla rodeaba de una especie de penumbra.

Cerca del sillón, una mesita, recubierta con un tapete, sostenía una caja rectangular.

Esta caja, de unas doce a quince pulgadas de largo y de cinco o seis de ancho, cuya tapa, incrustada de pedrería, estaba levantada, contenía un cilindro metálico.

Desde que entró en la sala, Franz se dio cuenta de que el sillón estaba ocupado.

En efecto, allí había una persona en completa inmovilidad, con la cabeza recostada en el respaldo del sillón, los párpados cerrados, el brazo derecho extendido sobre la mesa, la mano apoyada en la parte anterior de la caja.

Era Rodolfo de Gortz.

¿Es que el barón había querido pasar esta última noche en el piso alto del castillo para entregarse al sueño?

¡No!... No podía ser, de acuerdo con lo que Franz le había oído

decir a Orfanik.

El barón de Gortz estaba solo en esta habitación, y no cabía duda que su compañero, siguiendo las órdenes recibidas, se había escapado ya por el túnel.

¿Y la Stilla?... Rodolfo de Gortz había dicho que quería oírla por última vez en este castillo de los Cárpatos antes de que lo destruyese la explosión... ¿Por qué razón había venido a esta sala, sino porque ella acudía allí cada noche para embriagarlo con su canto?

¿Dónde estaba, pues, la Stilla?

Franz no la veía ni la oía...

Después de todo, ¿qué importaba eso, ahora que Rodolfo de Gortz estaba a merced del joven conde?... Franz sabría obligarlo a hablar... Pero, dado el estado de sobreexcitación en que se encontraba, ¿iría a arrojarle sobre aquel hombre al que odiaba tanto como el barón lo odiaba a él, que le había arrebatado a la Stilla..., a la Stilla, viva y loca..., loca por su culpa?... ¿Iría a herirlo?

Franz fue a colocarse detrás del sillón. No tenía más que dar un paso para aferrar al barón de Gortz y, con los ojos inyectados en sangre, perdiendo la cabeza, ya levantaba la mano...

De pronto apareció la Stilla.

Franz dejó caer el cuchillo en la alfombra.

La Stilla estaba en pie sobre el estrado, a plena luz, con el cabello suelto, los brazos tendidos, admirablemente hermosa con su traje blanco de la Angélica de *Orlando*, tal como había aparecido en el bastión de la fortaleza. Sus ojos, clavados en el joven conde, penetraban hasta el fondo de su alma...

Era imposible que no viera a Franz y, sin embargo, la Stilla no hacía un gesto para llamarlo... No entreabría los labios para hablarle... ¡Ay!... ¡Estaba loca!

Franz iba a lanzarse al estrado para cogerla entre sus brazos, para arrastrarla fuera de allí...

La Stilla acababa de empezar a cantar. Sin abandonar su sillón, el barón de Gortz se había inclinado hacia ella. En el paroxismo del éxtasis, el aficionado aspiraba esa voz como un perfume, la bebía como un licor divino. ¡Igual que antaño en las representaciones de los teatros de Italia, estaba ahora en el centro de esta sala, en una

soledad infinita, en la cima de aquella torre que dominaba la campiña transilvana!

¡Sí! ¡La Stilla cantaba!... Cantaba para él..., sólo para él... Era como si un soplo se exhalara de sus labios, que parecían inmóviles... Pero, aunque la razón la había abandonado, ¡al menos había conservado por entero su alma de artista!

Franz también se embriagaba con el encanto de esta voz que no había oído hacía cinco largos años... Se absorbía en la ardiente contemplación de aquella mujer a la que no creyó volver a ver y que estaba allí, viva, ¡como si un milagro la hubiera resucitado a sus ojos!

El canto de la Stilla, ¿no era acaso el que más podía hacer vibrar las cuerdas del recuerdo en el corazón de Franz? ¡Sí! Había reconocido el final de la trágica escena de *Orlando*, ese final en el que el alma de la cantante se había roto en esta última frase:

*Innamorata, mió cuore tremante,
voglio morire...*

Franz seguía aquella frase inefable nota a nota... Se decía que no se interrumpiría, como se interrumpió en el teatro de San Cario... ¡No!... No moriría entre los labios de la Stilla, como había muerto en su representación de despedida.

Franz no respiraba... Toda su vida pendía de ese canto... Unos compases más y el canto se acabaría con toda su incomparable pureza...

Pero he aquí que la voz empieza a debilitarse... Se diría que la Stilla vacila, al repetir estas palabras de un punzante dolor:

Voglio morire...

¿Va a caer la Stilla sobre el estrado, como cayó en tiempos en el escenario?

No cae, pero el canto se detiene en el mismo compás, en la misma nota que en el teatro de San Cario... Lanza un grito... y es el mismo grito que Franz había oído esa noche...

Sin embargo, la Stilla sigue allí, de pie, inmóvil, con su adorada mirada, esa mirada que transmite al joven conde la ternura de su

alma...

Franz se lanza hacia ella... Quiere sacarla de esta sala, fuera del castillo...

En ese momento, se encuentra cara a cara con el barón, que acaba de ponerse en pie...

—¡Franz de Telek! —exclama Rodolfo de Gortz—. ¡Frank de Telek, que ha podido escapar!

Pero Franz no le contesta y se precipita hacia el estrado:

—¡Stilla!... ¡Mi adorada Stilla! —repite—. Te encuentro aquí..., y viva...

—Viva... La Stilla..., ¡viva! —exclama el barón de Gortz.

Y esta frase irónica acaba en una carcajada, donde se adivina la rabia.

—¡Viva! —repite Rodolfo de Gortz—. Pues bien, ¡que Franz de Telek se atreva a quitármela!

Franz ha tendido los brazos hacia Stilla, cuyos ojos están clavados ardientemente en los suyos...

En ese momento, Rodolfo de Gortz se inclina, recoge el cuchillo que se le ha escapado a Franz de la mano, y lo dirige hacia la inmóvil Stilla...

Franz se precipita sobre él, para desviar el golpe que amenaza a la desdichada loca...

Demasiado tarde... El cuchillo la hiere en el corazón...

De pronto se oyó el ruido de un vidrio que se rompe y, con los mil fragmentos de cristal diseminados por la sala, desaparece la Stilla...

Franz se ha quedado inmóvil... No comprende nada... ¿Es que también se ha vuelto loco?

Y entonces Rodolfo de Gortz grita:

—¡La Stilla se le ha vuelto a escapar a Franz de Telek!... Pero su voz... Su voz me queda... Su voz es mía... Sólo mía... ¡Y nunca será de nadie!

En el momento en que Franz iba a arrojarle sobre el barón, le faltaron las fuerzas y cayó sin conocimiento al pie del estrado.

Rodolfo de Gortz ni siquiera se preocupó por el joven conde. Cogió la caja que había sobre la mesa y se precipitó fuera de la sala; bajó al primer piso de la torre; después, llegado a la terraza, la rodeó, e iba a alcanzar la otra puerta cuando resonó una

detonación.

Rotzko, apostado en el borde de la contraescarpa, acababa de disparar sobre el barón de Gortz.

El barón no fue alcanzado, pero la bala de Rotzko destrozó la caja que encerraba en sus brazos.

Lanzó un grito terrible.

—¡Su voz!... ¡Su voz!... —repitió—. ¡Su alma!... ¡El alma de la Stilla!... ¡Está rota..., rota..., rota!...

Y entonces, con los cabellos erizados y las manos crispadas, se le vio correr por la terraza, sin dejar de gritar:

—¡Su voz!... Su voz... ¡Me han roto su voz!... ¡Malditos sean!

Después desapareció por la puerta, en el momento en que Rotzko y Nic Deck trataban de escalar el recinto del castillo, sin esperar al pelotón de agentes de policía.

Casi de inmediato, una formidable explosión hizo temblar todo el macizo del Plesa. Nubes de chispas se elevaron hasta el cielo y un alud de piedras cayó sobre el camino de Vulkan.

De los bastiones, de la muralla, de la torre, de la capilla del castillo de los Cárpatos, sólo quedaba una masa de humeantes ruinas en la superficie de la meseta de Orgall.

XVII

No se habrá olvidado que, según la conversación del barón con Orfanik, la explosión sólo destruiría el castillo tras la marcha de Rodolfo de Gortz. Ahora bien, en el momento en que se produjo la explosión era imposible que el barón hubiera tenido tiempo de huir por el túnel hacia el camino del desfiladero. En el arrebato de su dolor, en la locura de su desesperación, sin tener conciencia de sus actos. ¿Rodolfo de Gortz había provocado una catástrofe de la que sería la primera víctima? Tras las incomprensibles palabras que se le escaparon cuando la bala de Rotzko rompió la caja que llevaba, ¿había querido sepultarse bajo las ruinas de la fortaleza?

En todo caso, fue una suerte que los agentes, sorprendidos por el disparo de Rotzko, se encontraran aún a cierta distancia, cuando la explosión destruyó el edificio. Casi ninguno fue alcanzado por la lluvia de escombros que cayó al pie de la meseta de Orgall. Sólo Rotzko y el guardabosques se encontraban al pie de la muralla, y fue un verdadero milagro que las piedras no los aplastaran.

La explosión ya había producido su efecto cuando Rotzko, Nic Deck y los agentes consiguieron, sin gran trabajo, franquear el recinto, atravesando el foso, que había quedado medio lleno por los restos de las murallas.

Cincuenta pasos más allá de la muralla, al pie de la torre, se encontró un cuerpo entre los escombros.

Era el de Rodolfo de Gortz. Algunos viejos del lugar —entre ellos

maese Koltz— lo reconocieron sin vacilar.

En cuanto a Rotzko y a Nic Deck, sólo pensaban en hallar al joven conde. Puesto que Franz no había reaparecido en los plazos convenidos con su soldado, es que no había podido escaparse del castillo.

Pero Rotzko no se atrevía a esperar que sobreviviera, que no fuera víctima de la catástrofe; y lloraba con toda su alma, sin que Nic Deck pudiera calmarlo.

Sin embargo, tras media hora de búsqueda, encontraron al joven conde en el primer piso de la torre, bajo un arbotante de la muralla, que había impedido que las piedras lo aplastaran.

—¡Mi amo!... Mi pobre amo...

—Señor conde...

Fueron las primeras palabras que pronunciaron Rotzko y Nic Deck, cuando se inclinaron sobre Franz. Debían creerlo muerto, pero sólo estaba desvanecido.

Franz abrió los ojos; pero su mirada, sin ninguna fijeza, no parecía reconocer a Rotzko ni oírlo.

Nic Deck, que había levantado al joven conde en sus brazos, le habló; no obtuvo respuesta.

Sólo se escapaban de su boca las últimas palabras del canto de la Stilla:

Innamorata... voglio morire...

Franz de Telek estaba loco.

XVIII

Nadie, sin duda, ya que el joven conde había perdido la razón, habría podido explicarse jamás los últimos fenómenos de que el castillo de los Cárpatos fue escenario, a no ser por las revelaciones que se hicieron en las circunstancias que ahora describiremos:

Durante cuatro días, Orfanik esperó, como estaba convenido, que el barón de Gortz se reuniera con él en la aldea de Bistritz. Al no verlo reaparecer, se preguntó si habría sido víctima de la explosión. Empujado por la curiosidad, más que por la inquietud, abandonó la aldea y se encaminó hacia Werst, donde fue a merodear por los alrededores del castillo.

Pero salió mal librado, pues los agentes de policía no tardaron en apoderarse de él, siguiendo las indicaciones de Rotzko, que lo conocía hacía mucho tiempo.

Una vez en la capital del condado, en presencia de los magistrados, Orfanik no puso dificultades en contestar a las cuestiones que se le plantearon durante la encuesta ordenada sobre la catástrofe.

Confesaremos, incluso, que el triste fin del barón Rodolfo de Gortz no pareció emocionar gran cosa a este sabio egoísta y maniático, que sólo quería a sus inventos.

En primer lugar, ante las apremiantes preguntas de Rotzko, Orfanik afirmó que la Stilla se encontraba muerta y que —son las

mismas frases que utilizó— estaba enterrada, y bien enterrada, hacía cinco años, en el cementerio del *Campo Santo Nuovo*, en Nápoles.

Esta afirmación no fue la menos extraña de toda la asombrosa aventura.

En efecto, si la Stilla estaba muerta, ¿cómo podía haber oído Franz su voz en la sala de la posada, y verla aparecer después en el terraplén del bastión, y después embriagarse con su canto cuando estaba encerrado en la cripta?... Y, por último, ¿cómo la había encontrado, viva, en la habitación de la torre?

He aquí la explicación de esos fenómenos, que parecían inexplicables.

No hay que olvidar la desesperación del barón de Gortz cuando se difundió el rumor de que la Stilla había decidido abandonar el teatro para convertirse en condesa de Telek. Iban a faltarle todas sus satisfacciones de aficionado, es decir, el admirable talento de la artista.

Orfanik le propuso entonces recoger, mediante aparatos fonográficos, las principales piezas del repertorio que la cantante se proponía cantar en sus representaciones de despedida. Esos aparatos estaban maravillosamente perfeccionados en esa época, y Orfanik había conseguido una sensibilidad tal que la voz humana no sufría la menor alteración, ni en su encanto ni en su pureza.

El barón de Gortz aceptó la oferta del físico. Se instalaron secretamente unos fonógrafos en el fondo del palco enrejado, durante el último mes de la temporada. Y así se grabaron, en sus placas, cavatinas, romanzas de ópera o de conciertos, y, entre otras, la melodía de Stefano y aquella aria final de *Orlando*, que fue interrumpida por la muerte de la Stilla.

El barón de Gortz había ido a encerrarse en su castillo de los Cárpatos, y allá, cada noche, podía escuchar los cantos recogidos por esos admirables aparatos. Y no sólo oía a la Stilla como si hubiera estado en su palco, sino que la veía como si estuviera viva ante sus ojos, lo cual puede parecer absolutamente incomprensible.

Era un simple artificio de óptica.

No hay que olvidar que el barón de Gortz había adquirido un magnífico retrato de la cantante. Ese retrato la representaba de pie, con su traje blanco de Angélica en el *Orlando* y su magnífica

cabellera suelta. Ahora bien, por medio de espejos inclinados según cierto ángulo calculado por Orfanik, cuando un potente foco iluminaba ese retrato, colocado ante un espejo, la Stilla aparecía, por reflexión, tan «real» como cuando estaba llena de vida y en el esplendor de su belleza. Gracias a ese aparato, trasladado durante la noche al terraplén del bastión, Rodolfo de Gortz la hizo aparecer cuando quiso atraer a Franz de Telek, y gracias a ese mismo aparato el joven conde había vuelto a ver a la Stilla en la sala de la torre, mientras su fanático admirador se embriagaba con su voz y sus cantos.

Tales son, de manera sumaria, las informaciones que dio Orfanik con mucho más detalle en el curso de su interrogatorio. Y, todo hay que decirlo, se declaró autor de estas invenciones geniales —que había llevado al más elevado grado de perfección— con un orgullo sin par.

Sin embargo, aunque Orfanik había explicado materialmente los diversos fenómenos, o, mejor dicho, los «trucos», por emplear una palabra consagrada, lo que no se explicaba era por qué el barón de Gortz, antes de la explosión, no tuvo tiempo de huir por el túnel del desfiladero del Vulkan. Pero cuando Orfanik se enteró de que una bala había destrozado el objeto que Rodolfo de Gortz llevaba entre sus brazos, lo comprendió todo. Dicho objeto era el aparato fonográfico que encerraba el último canto de la Stilla, era lo que Rodolfo de Gortz había querido oír una vez más en la sala de la torre, antes de su derrumbamiento. Ahora bien, una vez destruido el aparato, la vida del barón de Gortz quedaba destruida también y, loco de desesperación, había querido sepultarse bajo las ruinas de la fortaleza.

El barón Rodolfo de Gortz fue enterrado en el cementerio de Werst con los honores debidos a la antigua familia que acababa en su persona. En cuanto al joven conde de Telek, Rotzko lo hizo trasladar al castillo de Krajowa, donde se consagró por entero a cuidar a su amo. Orfanik le cedió de buen grado los fonógrafos donde estaban recogidos los otros cantos de la Stilla, y, cuando Franz oye la voz de la gran artista, presta cierta atención, recupera su lucidez de antaño y parece que su alma intenta revivir en los recuerdos de su inolvidable pasado.

En realidad, unos meses después el joven conde recuperó la

razón, y gracias a él se conocieron los detalles de esta última noche en el castillo de los Cárpatos.

Y ahora digamos que la boda de la encantadora Miriota y de Nic Deck se celebró en la octava que siguió a la catástrofe. Cuando los novios recibieron la bendición del pope en el pueblo de Vulkan, regresaron a Werst, donde maese Koltz les había reservado la más hermosa habitación de su casa.

Pero aunque los diversos fenómenos han sido aclarados de forma natural, no hay que pensar que la joven ya no cree en las fantásticas apariciones del castillo. Por mucho que Nic Deck le razone —y también Jonás, pues quiere recuperar la clientela del *Rey Matías*—, no está nada convencida, como tampoco lo están, desde luego, maese Koltz, el pastor Frik, el maestro Hermod y los otros habitantes de Werst. Habrán de pasar muchos años, probablemente, antes de que esas buenas gentes renuncien a sus supersticiosas creencias.

Sin embargo, el doctor Patak, que continúa con sus fanfarronadas habituales, no deja de repetir a quien quiere oírle:

—¿Qué? ¿No lo dije yo?... ¡Genios en el castillo!... ¿Es que existen los genios?

Pero nadie le hace caso, e incluso le ruegan que se calle, pues sus burlas pasan de la raya.

Por lo demás, el maestro Hermod no ha cesado de basar sus clases en el estudio de las leyendas transilvanas. Durante mucho tiempo la joven generación del pueblo de Werst seguirá creyendo que los espíritus de ultratumba visitan las ruinas del castillo de los Cárpatos.



JULES VERNE. Jules Gabriel Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 - Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Es considerado junto a H. G. Wells uno de los padres de la ciencia ficción. Es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo al Index Translationum. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.

Notas

[1] Prólogo aparecido en Editorial Doncel, 1971. < <

[2] La milla húngara equivale a unos 7500 metros. < <

[3] Unos 150 kilómetros. < <

[4] Unos 3,60 francos. < <

[5] El Retyezatz se eleva a una altura de 2496 metros, y el Paring a una altura de 2414 metros sobre el nivel del mar. <<

[6] Incluso podían verse en unos espejos unidos por hilos, gracias a la invención del telefoto. < <